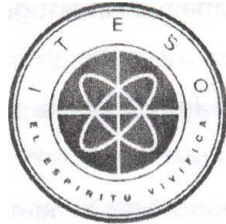


**INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE ESTUDIOS SUPERIORES DE
OCCIDENTE**

RECONOCIMIENTO DE VALIDEZ OFICIAL,
ACUERDO SEP. NO. 15018
PUBLICADO EN EL DIARIO OFICIAL DE LA FEDERACIÓN
EL 29 DE NOVIEMBRE DE 1976.



**DEPARTAMENTO DE SALUD PSICOLOGÍA Y COMUNIDAD
MAESTRÍA EN DESARROLLO HUMANO**

DESCUBRIÉNDOME INTERPERSONALMENTE

**TALLER DE AUTODESCUBRIMIENTO RELACIONAL EN UN
GRUPO DE SEMINARISTAS DESDE EL ENFOQUE CENTRADO
EN LA PERSONA**

**TRABAJO QUE PARA OBTENER EL
GRADO DE MAESTRO EN DESARROLLO HUMANO**

**PRESENTA:
LIC. ESVIN ROLANDO MARROQUIN SÁNCHEZ**

**ASESOR:
DR. ENRIQUE MANUEL LUENGO GONZÁLEZ**

**COMITÉ LECTOR:
MTRA. IRMA LORENA ZALDÍVAR BRIBIESCA
MTRO. BERNARDO ENRIQUE ROQUE TOVAR**

TLAQUEPAQUE, JAL., 18 DE JUNIO DE 2014



ITESO
Universidad Jesuita
de Guadalajara

**DEPARTAMENTO DE SALUD PSICOLOGIA Y COMUNIDAD
MAESTRIA EN DESARROLLO HUMANO**

Tlaquepaque, Jal., 27 de mayo de 2014

Lic. Esvin Rolando Marroquín Sánchez

PRESENTE

La presente tiene el objetivo de comunicarle que el Trabajo de Grado: **“DESCUBRIÉNDOME INTERPERSONALMENTE” TALLER DE AUTODESCUBRIMIENTO RELACIONAL EN UN GRUPO DE SEMINARISTAS DESDE EL ENFOQUE CENTRADO EN LA PERSONA**, que presentó para obtener el grado de Maestro en Desarrollo Humano, reúne los requisitos de aceptación. Por tanto, cuenta con la aprobación para entregar la versión definitiva y realizar los trámites correspondientes a su titulación.

El jurado estará integrado por los sinodales que a continuación se nombran y la fecha para la presentación del trabajo, será el miércoles 18 de junio de 2014 a las 15:00 horas, el lugar está por confirmar.

Presidente: Dr. Enrique Manuel Luengo González

Secretario: Mtro. Bernardo Enrique Roque Tovar

Vocal: Mtra. Irma Lorena Zaldívar Bribiesca

Suplente: Mtra. Martha Leticia Carretero Jiménez

Suplente: Dr. Gerardo Antonio Aguilera Pérez

Atentamente,

Mtra. Irma Lorena Zaldívar Bribiesca
Coordinadora de la Maestría en Desarrollo Humano
Tel. (33) 36 69 3455
Buzón electrónico: lorenaz@iteso.mx

RESUMEN

En la formación de los religiosos, se necesitan herramientas para poder acompañar a los jóvenes que están en este proceso, el taller ha sido una herramienta más para realizarlo. El objetivo del taller fue lograr que adquirieran confianza en su propio proceso formativo y que identificaran sus emociones y sentimientos, a través del conocimiento de sí mismos y de los demás. De igual manera, esta intervención buscó ser una herramienta para los seminaristas en sus relaciones interpersonales, a fin de que continuaran creciendo como personas y se reconocieran como seres humanos en desarrollo. Al final del taller se pudo lograr la ampliación de conciencia y confianza recíproca de los participantes, en la respuesta a su elección de vida libre y responsable. Este es el proceso que queda aquí registrado.

ÍNDICE

Introducción	1
I. Taller de autodescubrimiento relacional en un grupo de seminaristas desde el Enfoque Centrado en la Persona	5
1.1 Planteamiento y justificación de la intervención	5
1.1.1 Implicación personal con la intervención	7
1.1.2 Antecedentes y contexto de la situación	8
1.1.3 Contexto y características de la población	9
1.1.4 Proceso de detección de necesidades de desarrollo	9
1.2 Propósitos de la intervención	11
1.2.1 Propósito general	11
1.2.2 Propósitos específicos	11
1.3 Plan de acción	11
1.3.1 Lugar y sus condiciones	11
1.3.2 Recursos humanos, materiales y financieros	12
1.3.3 Programa de intervención	12
1.3.4 Recolección de información	21
II. Marco referencial	22
2.1 Estado actual del conocimiento	22

2.2 Las condiciones necesarias y suficientes en el contexto de la formación religiosa	27
2.2.1 La congruencia del formador como facilitador de desarrollo formativo	29
2.2.2 La comprensión empática en el proceso de formación del seminarista	30
2.2.3 La aceptación positiva incondicional en las organizaciones formativas	31
2.3 Una propuesta de formación de la persona en la vida religiosa	32
2.3.1 El joven y las etapas de formación	32
2.3.2 Ser joven y ser novicio	36
2.3.3 Cuatro dimensiones para una vida joven	39
2.3.4 Soy migrante y soy persona	42
2.4 La vida religiosa y las relaciones interpersonales	44
2.4.1 El desenmascaramiento del encuentro	44
2.4.2 La experiencia religiosa como posibilidad de cambio	46
2.4.3 El conflicto como oportunidad de crecimiento comunitario de la persona	49
2.5 La dimensión grupal constitutiva de la vida religiosa	51
2.5.1 Una normatividad que construye	51
2.5.2 Los desafíos de la interculturalidad desde la dinámica grupal	52
III. Narración de la intervención	54
3.1 Introducción y presentación del taller	54

3.1.1 Primera sesión	55
3.1.2 Segunda sesión	57
3.1.3 Tercera y cuarta sesión	59
3.1.4 Quinta sesión	65
3.1.5 Sexta sesión	68
3.1.6 Séptima sesión	72
3.1.7 Octava sesión	75
3.1.8 Novena sesión	79
3.1.9 Décima sesión	83
IV. Estructura metodológica	86
4.1 Organización de la información	88
4.2 Inmersión en los datos y preguntas de análisis	90
4.3 Proceso de estructuración de los datos	90
V. Alcances de la intervención	92
5.1 Avances de los participantes	92
5.1.1 Proceso y avance de Ciprés	93
5.1.2 Proceso y avance de Pino	106
5.1.3 Mi experiencia como facilitador	116
VI. Diálogo con los autores	120
6.1 Educar, formar, acompañar: tres realidades en diálogo	121

6.2 La experiencia de las relaciones humanas como crecimiento personal	124
6.3 Comunidad formadora de personas	125
6.4 El formador como agente de facilitación	126
6.5 Conclusiones y propuestas	127
Referencias bibliográficas	129

INTRODUCCIÓN

El vocablo educar se compone de dos palabras latinas: *ducere*, que significa *conducir*, y *ex*, *afuera*; por tanto, *ex-ducere* significa *conducir hacia afuera* o *sacar fuera* aquello que está adentro, es abrir o desenvolver aquello que está cerrado o en germen. Al aplicar esta etimología al ser humano, es pertinente señalar que la educación implica sacar las semillas que fueron puestas en el corazón del hombre y sacar a la luz aquello que está escondido en esas semillas. Este modo de hablar presupone que Dios puso en el corazón del ser humano algo parecido a las semillas, que al germinar dan flores de fragante aroma.

El educador, al hablar con propiedad, no saca nada fuera del alma del niño si no lo hace con amor y cariño atento y delicado, de modo que pueda llegar a los rincones más profundos del corazón, en donde se encuentran esas semillas de virtud natural; estas, a su vez, se ven enriquecidas con las virtudes sobrenaturales que sirven al ser humano para su desenvolvimiento en vivir la vida de manera auténtica.

En este trabajo se presenta este proceso de conocer y expresar la persona de nueve seminaristas que se preparan para ser religiosos. La formación religiosa es un proceso rico y complejo. Es difícil encontrar una palabra que defina la formación en todos sus aspectos. Una frase posible sería: “el desarrollo personal en comunidad”. En el momento en que una persona siente el llamado a ser religioso, experimenta un sinfín de emociones, que la mueven hacia el autoconocimiento personal. La consagración religiosa tiene su origen en el llamado que Dios hace a una persona. Sobre esta elección se desarrolla la formación de la persona. Pero esto es sólo una parte, porque la persona no sólo es la dimensión espiritual, sino también la humana.

Como lo dice el documento *Proyecto General de la Formación Scalabriniana* (PGFS), la formación del seminario es un camino en donde se ayuda a reconocer, interiorizar y desarrollar los valores y actitudes que constituyen la identidad vocacional a la vida religiosa, siendo signo la llamada y fruto la respuesta, permitiendo que el joven llegue a la libertad interior viviendo según los sentimientos

del Hijo de Dios. Apertura, acogida misericordiosa, aceptación, dialogo, unidad en la diversidad, son parte de los valores que se deben asumir en la complejidad del encuentro. (2006)

Responder a una llamada significa aprender, día tras día, a conocerse a sí mismo y a los demás, en todos los aspectos de la persona. Durante los primeros cinco años de la formación religiosa los candidatos son motivados a desarrollarse como personas consagradas a la misión de predicar el Evangelio. Los candidatos necesitan la formación para capacitarse y responder a los desafíos y retos de las personas que se encontrarán a lo largo de su misión, como agentes de cambio y liberación. Para llevar a cabo esto, es necesaria su preparación, a través de una formación integral de la persona.

Durante los años iniciales de la formación, los candidatos son acompañados por personas expertas en la formación, que les ofrecen las herramientas necesarias para que descubran en sí mismos las habilidades, capacidades, limitaciones y valores que poseen como personas en proceso de crecimiento. Todo esto se puede lograr a través del proceso de formación de la persona. En este trabajo se presenta este proceso de formación, que incluye algunos aspectos importantes que los formadores y formandos deben tomar en cuenta para que se cumpla con el objetivo de la formación religiosa. Según el (PGFS), los formadores comparten la vida de los seminaristas que le son confiados, con una presencia cordial; involucrando en las decisiones prácticas, sea en el camino personal o comunitario, a los jóvenes que están en el proceso de formación (2006).

En el primer capítulo se presenta el planteamiento y justificación del trabajo; allí se resaltan las causas por las que esta intervención se realiza con esta población y para qué les puede servir. También se expone el planteamiento y justificación de la intervención, y se rescatan los aspectos más importantes de los factores que intervinieron para realizar este proceso. La implicación personal con la intervención es otra parte, donde se exponen las motivaciones del autor de este trabajo. En el contexto y características de las personas se describe la población para comprender mejor la realidad en la cual se aplicará esta intervención. Se incluyen, asimismo, el

proceso de detección de necesidades, las metas y los objetivos a alcanzar, y las estrategias a seguir para lograrlo.

En el segundo capítulo se expone el estado actual del conocimiento sobre el tema, para ello se refieren otros trabajos que tienen relación con la intervención que se piensa realizar con los seminaristas; la fundamentación teórica presenta el Enfoque Centrado en la Persona y la relación que este guarda con la formación de los futuros candidatos a la vida religiosa; en el tema o problemática abordada por la intervención se argumenta por otros autores que tocan el tema de la formación tratado en esta intervención.

En el tercer capítulo se expone la narración de la intervención, sesión por sesión. Se informa aquí también de las actividades realizadas, acciones e interacciones; se reportan los logros, las dificultades, las limitaciones en relación a los propósitos planteados, los cambios que hubo en las actividades planeadas, el tiempo invertido. Se plantean las necesidades que surgieron durante la intervención y las decisiones que se tomaron para cumplir con el propósito del taller. Esta intervención es una propuesta de cambio y una herramienta para facilitar las relaciones interpersonales y el crecimiento y conocimiento humano.

En el cuarto capítulo se da a conocer la estructura metodológica. Esto se logró a través de la organización y sistematización de la información obtenida en el taller, lo que consistió en codificar todas las evidencias que se tenían de la intervención, y además se realizó la inmersión en los datos obtenidos y las preguntas de análisis que habían sido parte de los pasos metodológicos para realizar este proceso. Por último, también se expone aquí el proceso de estructuración de los datos, esto es, la estrategia que se siguió como parte de la observación metodológica de este trabajo.

En el capítulo cinco se ponen de manifiesto los avances de los participantes, sus procesos, las problemáticas encontradas, el proceso de cambio en cuanto a las preguntas de análisis y la actualización del autoconocimiento de tres participantes del taller.

En el capítulo sexto se expone el diálogo con los autores. Esto se refiere a la relación de lo que ocurrió durante el taller y lo que dice el marco teórico respecto a las referencias de la intervención realizada.

Termina el texto con las conclusiones y aportaciones de este trabajo de intervención.

I. TALLER DE AUTODESCUBRIMIENTO RELACIONAL EN UN GRUPO DE SEMINARISTAS DESDE EL ENFOQUE CENTRADO EN LA PERSONA

1.1 Planteamiento y justificación de la intervención

El conocimiento de sí mismo es necesario en cada persona, porque a través de ello se descubren las fortalezas y debilidades para romper los moldes rígidos de nuestras conductas, percibidos como hechos externos y no como vivencias significativas adquiridas por la experiencia. El proceso de autoconocimiento, como dice Rogers, implica una modificación en su manera de vivenciar las cosas (Rogers, 1961), esto no se da gracias a un cambio de circunstancias o de una ayuda dirigida, sino que,

“Los individuos tienen dentro de sí vastos recursos de autocomprensión y para la alteración de conceptos propios, actitudes básicas y conducta autodirigida. Estos recursos son susceptibles de ser alcanzados, si se logra crear un clima definible de actitudes psicológicas facilitativas. [...] En realidad, estas condiciones son aplicables a cualquier situación en que se fije como objetivo el desarrollo de la persona. [...] Al comprender y apreciar el sí mismo, este pasa a ser más congruente con la propia experiencia. Y de ese modo la persona pasa a ser más real, más auténtica. (Rogers, 1980: 61-62).

Por consiguiente, lo anterior se aplica a la formación de jóvenes que quieren ser sacerdotes, en el caso de que un joven llegue a ser religioso misionero, tiene que pasar por varias etapas de formación que le ayuden en este autoconocimiento. Las etapas serán resumidas a continuación, aunque el orden puede variar un poco, dependiendo de la comunidad religiosa:

Promoción vocacional. Consiste en motivar al joven a que descubra el llamado que Dios le está haciendo para servirlo en los migrantes. Este proceso se

hace a través de visitas periódicas del religioso encargado de esta área, de retiros que se imparten de manera mensual y de acompañamiento personal durante un año. Después de este tiempo, el aspirante puede decidir entrar o no a la comunidad.

Propedéutico. Durante esta etapa, el joven inicia la formación propiamente religiosa, que se divide en cuatro dimensiones: humana, espiritual, comunitaria y apostólica o misionera. Esta etapa tiene un periodo de duración de un año.

Filosofía. La dimensión intelectual es la que ocupa la mayor parte de las energías del formando, aunque no se descuidan las demás dimensiones. Tiene un periodo de duración de tres años.

Postulantado. Por seis meses los jóvenes seminaristas se preparan para la siguiente etapa, que es de un año.

Noviciado. Durante este tiempo los jóvenes se preparan para recibir su hábito religioso y profesan los votos temporales. Esto se hace al finalizar esta etapa. El noviciado implica la libertad responsable, la voluntad adecuada y una equilibrada respuesta. El noviciado es la etapa de la vida religiosa en que los novicios, por periodos de tiempo, deben vivir, como norma común, por espacio de doce meses en una comunidad cuya misión esencial se ordena a que los novicios conozcan mejor su vocación y al instituto, experimenten el modo de vida del mismo y se formen integralmente, bajo la dirección del maestro y conforme al programa de formación del propio instituto, a fin de que comprueben su intención e idoneidad. Hasta aquí, este proceso de formación se sigue en México.

Teología. El joven religioso continúa con su formación y es destinado a continuar en el extranjero con los estudios de Teología; esta etapa tiene un periodo de duración de cinco años. Durante este tiempo los jóvenes religiosos hacen votos perpetuos, que, como su nombre señala, serán para toda la vida.

Ordenación diaconal. Es un sacramento previo a la ordenación sacerdotal y por lo general se hace a la par que el último año de Teología.

Ordenación sacerdotal. Los jóvenes son ordenados sacerdotes en sus lugares de origen. Después de la ordenación, los religiosos son enviados a las misiones donde hay necesidad de asistir a los migrantes.

Es importante mencionar que durante todo este periodo los jóvenes seminaristas son formados en seis dimensiones que se aplican en todo momento, pero los modos dependerán de la etapa específica en que se encuentren. Con este recorrido formativo se considera que se está dando una formación integral al futuro sacerdote. En el Marco referencial (apartado 2.3) se amplía sobre la noción de estas dimensiones de formación.

Como puede apreciarse en las etapas de formación descritas, el noviciado es el momento óptimo para impartir talleres de autoconocimiento ya que es el tiempo donde debe decidir con mayor convicción el rumbo de su vida futura; es por ello que el taller se les impartió a este grupo específico.

1.1.1 Implicación personal con la intervención

Cuando terminé de estudiar el bachillerato en Teología pensé en alguna carrera en la que me pudiera especializar, porque para poder terminar la etapa de Teología en nuestra congregación es necesario estudiar otros dos años en una especialización; la propuesta que hice al rector de Teología fue estudiar Psicología, porque era algo que quería hacer desde hacía tiempo. Quería aportar, dentro de la vida religiosa, y prestar la ayuda necesaria para los aspirantes a esa vocación; en otras palabras, quería formarme para formar a los futuros religiosos. Sin embargo, no fue posible y el rector me pidió que pensara en otra alternativa.

Pensé que si no podía estudiar Psicología, al menos, quería estudiar una carrera afín, que me sirviera para prepararme mejor, con el mismo objetivo. Investigando en varias universidades, me enteré de que existía la especialización en Antropología teológica, y que en su currículo se incluían materias como Psicología y Espiritualidad. Me inscribí tan pronto como mi rector aceptó la propuesta. Una de las motivaciones por estudiar Antropología fue que, además del conocimiento de la Espiritualidad y de la Teología, me apropiaría de un conocimiento especializado en el conocimiento del ser humano, y eso es lo que se necesita para acompañar a los formandos en la integridad de sus diferentes etapas.

Así, a pesar de que mi primera propuesta había sido rechazada, quedé aún más satisfecho con mi segunda elección.

Durante mi tiempo de seminarista viví muchas experiencias, que me hacían pensar que las cosas no estaban marchando bien en la formación, los programas formativos eran viejos y no iban de acuerdo con las necesidades de los formandos. Todas estas situaciones, y otras más, me hacían pensar que en la formación de los religiosos se tenían que hacer algunos cambios, como poner más énfasis en la formación humana y proponer una formación personalizada. Lo anterior lo digo porque considero que la formación humana, en especial en aquéllos que se preparan para la vida religiosa, debe ser integral: debe considerar las diferentes dimensiones que contiene la estructura de la persona, porque estas hacen parte común de cada individuo que, como ser humano, lo involucra en el propio proceso de crecimiento.

Las experiencias mencionadas se convirtieron en un reto porque me animaron a obtener las habilidades y herramientas para tratar a los formandos como personas en proceso de crecimiento y hacerlos conscientes de esto; estoy lleno de esperanza porque ahora puedo ver en ellos grandes potencialidades que necesitan ser atendidas y motivadas para que puedan aprovechar estos procesos de vida.

1.1.2 Antecedentes y contexto de la situación

El taller se realizó en un grupo de nueve jóvenes en formación de la Congregación de los Misioneros de San Carlos/Scalabrinianos. Esta es una comunidad religiosa que se dedica a la atención de los migrantes y refugiados de todo el mundo; en la actualidad cuenta con la presencia misionera en 32 países de los cinco continentes.

El fenómeno migratorio es muy vasto y amplio. Los setecientos misioneros existentes son apenas una gota en el océano, ante esta situación social tan dramática para tantas personas que se viven frente al flagelo de emigrar. Para enfrentarlo, los misioneros de San Carlos tienen que hacer lo que se llama *promoción vocacional*, esto es, reclutar jóvenes que quieran ayudar para colaborar en este drama que exige una respuesta humanitaria—espiritual.

1.1.3 Contexto y características de la población

La población a la que se aplicó la intervención fue a un grupo de seminaristas que estaban en la etapa de noviciado. Se trató de diez jóvenes adultos, que procedían de diferentes partes de la República Mexicana y del extranjero: cuatro eran de Veracruz, uno de Michoacán, uno de Zacatecas, dos de Guadalajara, uno de Acapulco y uno de Italia. De las situaciones observadas al inicio, se pudo percibir falta de integración, de confianza, de apertura, de tolerancia y de comunicación, y la presencia de bromas a través de las cuales se ofendían y se agredían verbalmente. Los temas registrados fueron baja estima, comunicación, la necesidad de relaciones personales más profundas, unidad en la diversidad, solidaridad y empatía.

1.1.4 Proceso de detección de necesidades de desarrollo

Para detectar las necesidades sobre las cuales se trabajaría, se aplicó un cuestionario de cinco preguntas abiertas a la población objeto de la intervención; las preguntas tenían que ver con su opinión y expectativas sobre el proceso de formación religiosa en general, y ayudaron a detectar las necesidades que tenían los seminaristas en su formación; estas fueron hechas a nivel grupal y cada uno respondió el cuestionario (véase el anexo 1).

El cuestionario tenía como objetivo saber cómo los seminaristas ven la formación que están recibiendo; pedirles sugerencias o aportaciones para que la formación fuera más personalizada y provechosa; conocer las inquietudes que tienen los seminaristas al ser formados y acompañados en el proceso que están siguiendo para descubrir su verdadera vocación, y si la formación que reciben les está ayudando en este discernimiento, y por último, conocer su opinión sobre cómo debería ser el acercamiento del formador hacia el formando, con especial énfasis en la relación de persona a persona.

Las respuestas dieron las pistas suficientes para identificar las necesidades existentes en los seminaristas, por ejemplo, se pudo constatar que quieren tener mejores promotores vocacionales, gente que en verdad les ayude a discernir su

vocación, y, de igual manera, tienen interés por contar con mejores oportunidades para servir a los necesitados, a través de la formación adecuada en la etapa que se esté cursando. Mediante las respuestas de los cuestionarios se llegó a percibir que los seminaristas tenían la inquietud de que otros religiosos les ayudaran en las enseñanzas de la vida religiosa, a fin de sacar mayor provecho de este tiempo de preparación.

Los seminaristas manifestaron su interés por el conocimiento de sus compañeros, por el estudio y por la práctica de la oración; por ejemplo, pedían no establecer la formación con base en el miedo y la presión de los formadores. Expresaron que hacía falta una formación más humana, que exigiera a cada seminarista lo máximo, de acuerdo con sus propias posibilidades: una formación más integral, que les ayudara a descubrir sus cualidades y enfrentar sus miedos. Una formación no basada en la imposición, sino en la comunión.

Además del cuestionario, se aplicó la entrevista tipo likert (véase el anexo 2), que sirvió para cuantificar la identificación de necesidades.

De acuerdo con los resultados obtenidos en los cuestionarios de diagnóstico, se prosiguió a atender las necesidades identificadas, en particular, la de una formación integral más humana. Además se detectó lo siguiente: algunos formandos no están lo suficientemente maduros como para tomar la decisión de responder a una vocación específica; el seminarista necesita que le den confianza en su propio proceso de formación: una formación más retadora y radical, y una formación que los prepare para el reto de la vida.

1.2 Propósitos de la intervención

1.2.1 Propósito general

Que los seminaristas valoren una mayor confianza de sí mismos en el proceso formativo, para que logren una madurez adecuada a la etapa de seminario que están viviendo, al identificar las emociones y sentimientos personales estableciendo una mejor relación consigo mismos y con los demás, a través de la aceptación incondicional empática.

1.2.2 Propósitos específicos

- Explorar un espacio que facilite la mayor aceptación de sí mismos y de los demás, para llegar a una valoración de aceptación incondicional.
- Valorar la propia confianza y la libertad responsable para que se sientan más seguros de la decisión tomada personalmente.
- Apreciar el conocimiento de sí mismos y de los otros, para que se logren interrelaciones saludables.

1.3 Plan de acción

1.3.1 Lugar y sus condiciones

El lugar de la intervención fue el Seminario San Carlos, ubicado en Paseo de los Fresnos 400, colonia Paseos del Briseño, en Zapopan, Jalisco. Las instalaciones del seminario tienen aproximadamente unos 2,000 metros cuadrados: alrededor de 800 metros son de construcción y el resto de áreas verdes. El edificio consta de habitaciones, salones, biblioteca, una sala de computación y sala de recreación; los salones se usan para las clases de los jóvenes seminaristas. Las sesiones se realizaron en el salón del segundo nivel, de aproximadamente 96 metros cuadrados (8 x 12). Este salón fue diseñado para dar clases, por lo que estaba equipado con

escritorios, sillas, pizarras, proyector, etc. El lugar era bastante ventilado, ya que contaba con siete ventanas y era muy espacioso.

1.3.2 Recursos humanos, materiales y financieros

Los recursos humanos con que contó el taller fueron el facilitador y los nueve participantes; los materiales que se utilizaron fueron sillas, mesas, marcadores, pizarra, proyector, laptop, cuadernos, lapiceros, hojas y colores; los recursos financieros se obtuvieron de la Congregación scalabriniana.

1.3.3 Programa de intervención

A continuación se describen las actividades planeadas para llevar a cabo el taller de autodescubrimiento relacional en un grupo de seminaristas.

No.	Fecha	Objetivo	Temas	Actividades
1	5 de septiembre de 2012	Crear las condiciones para iniciar un conocimiento y aceptación de sí mismos, y propiciar la validación de su propia persona y de los demás.	“Conócete a ti mismo”.	Presentación del taller y sus propósitos. Reglas. Preguntas de inicio de taller. Pregunta generadora de la sesión. Exposición del propósito de la sesión de hoy.

				Exposición del tema: "Conócete a ti mismo". Experiencia personal con relación al tema. Ejercicio de relajación: Pregunta milagro. Experiencia compartida. Conclusión y cierre.
2	12 de septiembre de 2012	Que los participantes, a través de la pregunta "¿Quién soy yo?", generen un dialogo interno que los lleve a darse cuenta de quiénes son de verdad y cómo pueden conocerse mejor para una aceptación incondicional.	"¿Quién soy yo?".	Presentación de la sesión y sus propósitos. Pregunta generadora de la sesión. Exposición del tema: "¿Quién soy yo?". Experiencia personal con relación al tema.

				Ejercicio de relajación: La casa interior. Experiencia compartida. Conclusión y cierre.
3	19 de septiembre de 2012	Permitir a las personas conocerse y, sobre todo, tener una primera idea de la personalidad de los demás.	“Acercándome a los otros”.	Retomar la experiencia personal de la dinámica “¿Quién soy yo?”. Presentación del propósito de la sesión y la pregunta generadora. Exposición del tema: “Acercándome a los otros”. Experiencia personal con relación al tema. Conclusión y cierre.

4	21 de septiembre de 2012	Lograr una escucha activa y la aceptación de cada persona en el grupo. Aprender a comprender el punto de vista del otro.	“Escuchándome y escuchando a los otros”.	Presentación del tema y propósito de la sesión y la pregunta generadora. Exposición del tema. Experiencia personal con relación al tema. Técnica de conocimiento: “Enfoque de valores”. Revisión vivencial personal con relación a la técnica. Conclusión, evaluación y cierre de la sesión.
5	3 de octubre de 2012	Lograr una escucha activa y la aceptación de cada persona en el grupo.	“Escuchándome y escuchando a los otros”.	Presentación del tema y propósito de la sesión y la pregunta generadora.

		Aprender a comprender el punto de vista del otro.		Exposición del tema. Experiencia personal con relación al tema. Técnica de conocimiento: “Enfoque de valores”. Revisión vivencial personal con relación a la técnica. Conclusión y cierre.
6	10 de octubre de 2012	Permitir un mayor conocimiento interrelacional. Propiciar la apertura de la persona ante una realidad. Explorar el juego de papeles que las personas suelen realizar con sus semejantes.	“Conociendo mis máscaras”.	Presentación del tema y propósito de la sesión y la pregunta generadora. Exposición del tema. Experiencia personal con relación al tema.

				Técnica de conocimiento: “Las máscaras”. Revisión vivencial personal con relación a la técnica. Conclusión, evaluación y cierre de la sesión.
7	17 de octubre de 2012	Crear las condiciones para conocer las propias emociones y manejarlas de manera constructiva.	“Conociendo mis emociones”.	Dar la bienvenida. Exposición del tema. Exposición del propósito de la sesión. Experiencia personal con relación al tema. Pregunta generadora. Ejercicio: analizar una emoción.

				Revisión del ejercicio. Conclusión, evaluación y cierre de la sesión.
8	24 de octubre de 2012	Crear un clima adecuado para el manejo constructivo de las emociones, para canalizarlas y hacer uso apropiado de ellas, a fin de crear interrelaciones sanas y liberadoras.	“Manejo adecuado de las emociones”.	Dar la bienvenida. Exposición del tema. Exposición del propósito de la sesión. Experiencia personal con relación al tema. Pregunta generadora. Revisión vivencial personal con relación a la técnica. Ejercicio: analizar una emoción. Revisión del ejercicio.

				Conclusión y cierre.
9	24 de octubre de 2012	Que los seminaristas amplíen sus conciencias para tomar decisiones libres y responsables que los lleven a su realización como personas consagradas a Dios.	“Tomar decisiones con responsabilidad”.	Dar la bienvenida. Exposición del propósito de la sesión. Exposición del tema. Experiencia personal con relación al tema. Pregunta generadora. Ejercicio: historia de Marlene. Compartir experiencias del ejercicio. Responder a la pregunta generadora. Conclusión y cierre.
10	31 de octubre de 2012	Que los participantes puedan adquirir	“Sentido de vida”.	Dar la bienvenida.

		una conciencia más clara por encontrar sentido en un proyecto mayor con las motivaciones auténticas que experimentan en sus vidas.		Exposición del propósito de la sesión. Exposición del tema. Experiencia personal con relación al tema. Pregunta generadora. Dinámica de los cuadrados cooperativos. Revisión del ejercicio. Conclusión y cierre.
--	--	--	--	--

Cada tema tratado en las sesiones se expuso a través de actividades y ejercicios. Las actividades fueron planeadas y diseñadas de acuerdo con los temas a cubrir. De igual manera, en cada sesión se dedicó un tiempo para repasar lo aprendido durante el encuentro.

Al inicio del taller, en la primera sesión, se aplicó un cuestionario de dos preguntas. Al final se hicieron nuevamente esas mismas preguntas, para corroborar las reflexiones. Asimismo, al inicio de cada sesión los participantes trabajaban con una pregunta generadora, que al final se retomaba para evaluar la sesión.

1.3.4 Recolección de información

Las evidencias de la intervención fueron recabadas a lo largo de cada una de las sesiones del Taller, a través de bitácoras, grabaciones de audio, fotos, trabajos de los participantes, preguntas generadoras y entrevistas.

II. MARCO REFERENCIAL

2.1 Estado actual del conocimiento

Para dar una vista panorámica al estado actual del conocimiento sobre el asunto central de esta investigación, se presentan a continuación cuatro trabajos de grado de la Maestría en desarrollo humano del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y uno de la Universidad del Valle de Atemajac (UNIVA). Estos trabajos tienen en común el haber abordado una temática similar a la de la presente intervención, por lo que su revisión resulta de gran relevancia.

“La comunicación auténtica que lleva a las relaciones interpersonales de calidad en un grupo de seminaristas” es el título que encabeza la investigación de grado de la Maestría en desarrollo humano que presenta José Arturo de la Torre Guerrero (2007). Este trabajo parte de una intervención hecha con un grupo de seminaristas y responde a una pregunta fundamental: ¿cuáles son las actitudes y habilidades que intervienen, promoviendo u obstaculizando, una comunicación auténtica que lleva a las relaciones interpersonales de calidad en un grupo de seminaristas? De la Torre presenta una visión general y un análisis de la intervención.

En su marco teórico, queda claro que se sigue el Enfoque Centrado en la Persona por lo que coincide con el presente trabajo. De la Torre hizo un análisis de siete casos, a partir de los cuales surgen los elementos que responden a la pregunta fundamental, y así es como el autor llega a las siguientes conclusiones: la teoría del enfoque centrado en la persona que presenta Carl Rogers busca la realización de la persona mediante la puesta en práctica de condiciones fundamentales de empatía, consideración positiva y autenticidad, y de actitudes y habilidades que, de acuerdo con este trabajo de investigación, promuevan la comunicación para una formación adecuada a los formandos. Esto parte del presupuesto de que la persona posee una tendencia actualizante que le permite desarrollarse a partir de la interacción con los otros.

Otro trabajo de grado de esta Maestría fue el de Laura Patricia Morales García

(2006), con el título *Ser la persona que uno realmente es. Cambio en el autoconocimiento y relación consigo mismo y con los demás en un grupo de seminaristas de Guadalajara*. La autora refiere que los sacerdotes encargados de los jóvenes que se quieren consagrar a Dios se mostraron interesados en que se les impartiera a estos un taller de comunicación que les ayudara a relacionarse de mejor manera con los demás. Se dieron cuenta, a través de la observación y por comentarios de los feligreses, que los seminaristas tenían algunas dificultades para acercarse y comunicarse con las personas de la comunidad; se les percibía con cierta timidez al acercarse a la gente y, cuando llegaban a hacerlo, parecían más bien fríos y escuetos en la conversación. Con base en lo anterior se diseñó un taller de “Comunicación y lenguaje no verbal”, que tuvo como objetivo que los participantes reconocieran y desarrollaran sus habilidades naturales de comunicación y atención al lenguaje no verbal, como elemento indispensable de la comunicación humana.

Los logros obtenidos en esta intervención fueron varios, como el facilitar el desbloqueo de la tendencia actualizante, lo que permitió que cada seminarista confiara en sí mismo y empezara a comunicarse con mayor autenticidad. El proceso de autoconocimiento que se fue dando en los seminaristas generó en ellos mayor confianza en sí mismos y en los demás, y les dio la posibilidad de tener relaciones más verdaderas. Los seminaristas identificaron las “máscaras” que utilizaban para relacionarse con los demás, y se atrevieron a despojarse de ellas. Ellos vivieron un proceso de aceptación, de mayor confianza en la instructora, de mayor autoconocimiento, y este proceso propició que se despertara su capacidad de confiar en ellos mismos, en su expresión más verdadera, y de confiar en el otro.

En ese taller se buscaron las condiciones para que los seminaristas entraran en un proceso de cambio, quizá en un primer momento puede considerarse incipiente, pero que con un acompañamiento de mayor duración se puede potencializar y propiciar un mayor conocimiento de la persona. Los logros mencionados permitieron que los seminaristas en ese momento específico pudieran comportarse de una manera más auténtica; así, se sembró la semilla que pudiera

despertar en ellos el deseo de seguir en este camino de autoconocimiento y crecimiento.

Por otro lado, Javier Vargas Beal (2001) presentó el trabajo de grado de Maestría en desarrollo humano del ITESO titulado “El crecimiento del docente: beneficio que retorna de formar alumnos”. Este autor expone que la formación de alumnos es como un proceso personal que tiene como consecuencia la formación del propio docente. Esto tiene que ver con el proceso personal del profesor; en otras palabras, es el desarrollo existencial en todas su estructuras como ser humano: biológicas, cognitivas, socioculturales, y, sobre todo, espirituales.

Un aspecto destacado por el autor es el de la transformación de la propia práctica, es decir, de la conducta del profesor hacia los alumnos. También aborda cómo el alumno es el sujeto receptor de la práctica docente y de las estructuras que envuelven este proceso, ya no en función del profesor como individuo, ni de la institución como sujeto colectivo responsable de la formación humana. Las conclusiones a las que llega son que los maestros y alumnos crecen a través de la experiencia docente, al asumirse como personas, es decir, al dar por hecho que su existencia está vinculada necesariamente a otros seres humanos, que no son solo individuos ni sujetos, sino seres que aman y son amados.

El cuarto trabajado que se revisó fue de Gabriela Sierra García y Juan Luis Verduco Álvarez (1985), para el grado de Maestría en desarrollo humano en el ITESO, con el título “La educación personalizada y los grupos de encuentro: movimientos complementarios”. De acuerdo con los autores, esta tesis es fruto de una intuición y una búsqueda. El propósito era profundizar en esos dos movimientos, la educación personalizada y los grupos de encuentro, rastrear su historia, detectar las influencias y poner de manifiesto los principios básicos en que se apoyan, así como las principales técnicas que utilizan, y encontrar los aspectos en los que se complementan mutuamente.

La educación personalizada y los grupos de crecimiento confirman la potencialidad natural del hombre para aprender, capacidad que solo desarrolla mediante experiencias y conocimientos que son importantes para la persona, que enriquecen su autoconcepto y que le ayudan a sentirse más satisfecho con su vida.

Las conclusiones que se destacan apuntan a la idea de la complementariedad y ayuda; estos dos movimientos se pueden prestar entre sí, ya que tienen una misma concepción existencial positiva del hombre y confianza en su capacidad de aprender, crecer y desarrollarse, con tal que se pueda crear el ambiente apropiado para suscitar la confianza en las propias fuerzas. Se educa por contacto, y se despierta a las personas por evocación. En todos los procesos, la persona es el principio unificador.

Una investigación más que merece ser referida aquí es la presentada en el trabajo de tesis de la Licenciatura en psicología de la UNIVA, de Alejandro Vásquez Morales (2006), con el título “Causas del abandono de la vocación al sacerdocio desde la perspectiva de ex-seminaristas del seminario mayor diocesano de Guadalajara”. Este autor expone, desde un enfoque cualitativo, el fenómeno de la deserción de los seminaristas del Seminario Mayor Diocesano de Guadalajara y las causas que los llevaron a tomar esa decisión. También se revisa el proceso de la orientación vocacional, así como la congruencia vocacional para ubicar la vocación al sacerdocio, y se analiza el procedimiento de formación que en la actualidad se lleva en ese seminario.

El autor parte de las siguientes premisas: la vocación al sacerdocio es un estado de vida que requiere de una dedicada y profesional orientación; los procesos de orientación y selección que se llevan a cabo están influenciados por criterios poco claros, que confunden al joven en el momento de optar por la vida sacerdotal; la decisión vocacional que se toma está poco fundamentada en la personalidad del joven, y cuenta con un sustento poco realista que no se adecúa a las necesidades de la institución.

El autor concluye que entre las causas principales de abandono de la vocación sacerdotal están el no aceptar como propio el estado de vida del celibato, y su obvia exigencia de renuncia a una vida de pareja y a una familia propia; el no aceptar un estilo de vida que se manifiesta en muchos sacerdotes, y que es percibido como negativo por los sujetos entrevistados; que este estilo les parece una vida solitaria, de sumisión a una autoridad, de incompreensión por parte de las demás personas y pocas veces autorrealizada.

Otra causa es la necesidad expresa de los sujetos a tener una vivencia que no estuviera limitada por las exigencias del sacerdocio, así como la necesidad de madurar aspectos, sobre todo en el área afectiva, que en el seminario, por el estilo de vida y carencias de la formación, no siempre se logran. Asimismo, se encontró como causa la constante presencia de dudas vocacionales e inseguridad a lo largo de la formación de los sujetos en el seminario (y que gracias a un adecuado proceso de orientación solicitado por ellos, que los llevó al conocimiento personal y a un mejor discernimiento, descubrieron varios que la vida del sacerdocio no es adecuada para ellos). Y como última, pero no menos importante, se habló de la experiencia de la rutina en la mayoría de las actividades que se llevan dentro del seminario: consideran que esto les llevó a una pérdida de sentido en las acciones que realizaban y a la necesidad de buscar alternativas más atrayentes.

Y en la exploración de los aspectos relacionados con cada una de las causas, se encontró que los sentimientos negativos que por lo general se vivían, como el temor a equivocarse, la angustia, la soledad, etcétera, y las experiencias no gratas, como las constantes crisis vocacionales o los choques con algunos formadores, por ejemplo, alimentaban cada vez más la determinación de abandonar su deseo de ser sacerdotes.

Con estos trabajos de grado se ha buscado presentar ideas generales que dan a conocer los planteamientos que se han hecho antes en investigaciones similares a la que se llevará a cabo en este texto. Así, se cuenta con una muestra de algunas realidades que se presentan en el campo de la formación de personas.

La aportación de estos trabajos revisados ha facilitado el tema que se está tratando en este trabajo, porque se puede visualizar que en todos se atiende a la persona en su contexto y que toman en cuenta su proceso de desarrollo.

2.2 Las condiciones necesarias y suficientes en el contexto de la formación religiosa

Sin duda alguna, uno de los autores que mejor expone planteamientos amplios, sistemáticos y fundamentados sobre el ser humano y su desarrollo personal es Carl Rogers (1902–1987). Rogers fue un psicólogo estadounidense que influyó mucho en la psicología del siglo xx, y es considerado como uno de los mayores representantes de la psicología humanista. Su pensamiento no está de acuerdo con la corriente psicológica rigurosa experimental, que no veía al sujeto humano como autoconsciente y libre. El sistema de Rogers es abierto y tiene como centro a la persona y su autorrealización. Esto no se dio desde el inicio, sino fue un proceso hasta llegar al Enfoque Centrado en la Persona. Rogers planteó la necesidad de un proceso de autoconocimiento de las personas, que lleve al individuo a adquirir un cambio de personalidad que le permita avanzar en su autorrealización. Postuló seis condiciones necesarias para el desarrollo de la persona en el proceso de autoconocimiento, que no solo se pueden aplicar en un proceso psicoterapéutico que promueva el cambio, sino, como él mismo lo menciona, “a cualquier situación en la que tiene lugar un cambio constructivo de la personalidad, ya sea que pensemos en el psicoanálisis clásico o en cualquiera de sus descendientes modernos, en la terapia adleriana o en cualquier otra” (Rogers, 1957: 86). Rogers aseguró que si estas condiciones se dan en cierto tiempo, no son necesarias otras: las seis primeras son suficientes para motivar el cambio. Tales condiciones son:

1. Dos personas están en contacto psicológico.
2. La primera, a quien denomina cliente, se encuentra en un estado de incongruencia, por lo que es vulnerable o se encuentra angustiada.
3. La segunda persona, a quien se denomina terapeuta, es congruente o integrado en el marco de la relación.
4. El terapeuta experimenta una consideración positiva incondicional por el cliente.

5. El terapeuta experimenta una comprensión empática del marco de referencia interno del cliente y pretende comunicar esta experiencia al cliente.
6. El terapeuta consigue comunicar su comprensión empática y su consideración positiva incondicional (Rogers, 1957: 86).

Estas seis claves rogerianas, pensadas para que una psicoterapia sea exitosa, independientemente de la orientación teórica del terapeuta, se hicieron mundialmente famosas. Esta cita del proceso de convertirse en persona refleja fielmente lo esencial de su filosofía:

La experiencia es, para mí, la mayor autoridad. La prueba final de la validez es mi propia experiencia. Ni las ideas de otras personas —y ni siquiera las mías propias— son tan definitivas como mi propia experiencia. Debo retornar una y otra vez a la experiencia para descubrir una mirada más cercana a la verdad, tal como se está manifestando en mí. Ni la Biblia, ni los profetas, ni Freud, ni la investigación, ni las revelaciones de Dios o del hombre pueden ser más determinantes que mi propia experiencia directa. Mi experiencia no es perentoria porque sea infalible. Constituye la base de la autoridad porque siempre puede ser verificada de nuevas formas. De esta manera, sus frecuentes errores o falibilidades se hallan siempre abiertos a la corrección (Rogers, 1993: 32).

Asimismo, elaboró una teoría de las relaciones interpersonales, que tuvo implicaciones directas en la educación, las relaciones parentales, las relaciones laborales, la vida de pareja, la psicología y los grupos de encuentro. En verdad, las “condiciones terapéuticas” no pueden adaptarse a voluntad —como quien se pone o se quita un delantal de médico—, sino que exigen del terapeuta un cambio total en el modo en que percibe a la otra persona y se relaciona con ella.

A continuación se presentan tres de estas condiciones que ayudan a ver el proceso de la persona como sujeto de cambio interrelacional.

2.2.1 La congruencia del formador como facilitador de desarrollo formativo

En su trabajo, Rogers (1957) descubrió que una de las características de la relación terapéutica que él mismo había establecido como clave para promover el crecimiento de las personas es la congruencia de al menos uno de los participantes en la relación, llámese terapeuta, profesor, superior jerárquico, padre/madre, u otro. Por ejemplo, el formador que es capaz de expresar con libertad sus sentimientos, como producto del proceso educativo, ayuda también a que las personas tengan una relación más transparente.

Para entender mejor esto, dice Rogers: “Cuando las experiencias relativas al yo son adecuadamente simbolizadas e integradas en el yo, se produce un estado de congruencia entre el yo, la experiencia y el funcionamiento del individuo es integral y óptimo” (1957: 38). Esto es parte de la relación que se da en el proceso de formación, donde formador y formando tratan de caminar juntos y siguen un proceso en el que ambos, a su ritmo, se involucran dentro de esta dinámica que permite que se desarrolle la aptitud necesaria para acompañar.

Hay que resaltar, entonces, que cuando el formador es una persona auténtica, se muestra como lo que es y se comunica con el formando sin ponerse una máscara, es mucho más probable que el acompañamiento resulte eficaz. Esto, sin duda, invita a la persona que es acompañada o formada a confiar en sus propias capacidades. En otras palabras, “significa que viene para un encuentro directo, personal, con el que aprende, a quien se acerca de persona a persona. Se hace presente al estudiante” (Rogers, 1985: 85).

Como se puede observar, esta actitud es necesaria para la persona que es acompañada en la formación, para crear un clima de confianza y aceptación, lo que hace del proceso formativo un verdadero acompañamiento entre personas auténticas. La formación no solo consiste, pues, en decir qué es y no es, sino también en acompañar al formando de manera que él mismo sea el protagonista de su propio proceso. Para que se lleve a cabo esto, se necesita que el formador ponga

en práctica la congruencia de vida, indispensable para que la formación sea eficaz, personalizada y de confianza.

Esta es la primera de las condiciones para que se dé el proceso de acompañamiento en el formando. A continuación se expone la segunda condición, que también involucra a la persona en formación.

2.2.2 La comprensión empática en el proceso de formación del seminarista

La comprensión empática idealmente sucede cuando un sujeto se sitúa como si no conociera a la persona que está frente a él, por lo que la que escucha y dialoga por “primera vez”, mientras deja fuera los prejuicios y las experiencias previas de situaciones parecidas. “El estado de empatía, o de comprensión empática, consiste en percibir correctamente el marco de referencia interno de otro con los significados y componentes emocionales que contiene, como si uno fuera la otra persona, pero sin perder nunca esa condición de ‘como si’” (Rogers, 1957: 45).

No solo se trata de que el formador trate de ser comprensivo y empático, sino que el formando perciba este ambiente de comprensión empática. Cuando él lo experimenta, el proceso de formación puede ser más auténtico y liberador, pues se habrá orientado a una mejor adecuación al contexto de la persona en formación.

El seminarista en formación debe contar con los elementos necesarios que puedan ayudarlo a darse cuenta del camino que inicia en su propia elección de vida, y hay que hacerle ver esto desde el principio. La confianza es otro elemento decisivo. Se trata de aceptar al otro, se trata de “una creencia de que esa otra persona es, de alguna manera fundamental, digna de confianza” (Rogers 1985: 85).

La confianza es necesaria para emprender cualquier proyecto que implique a la persona, debido a que cuando la persona se siente en confianza, cambia de perspectiva. Con lo antes expuesto se puede comprender mejor el proceso terapéutico que la persona en formación está invitada a hacer. Un tercer momento se expone a continuación.

2.2.3 La aceptación positiva incondicional en las organizaciones formativas

La aceptación positiva incondicional es de gran importancia. La aceptación que aquí se señala se refiere a reconocer en el joven a alguien igual al educador y, al mismo tiempo, distinto. Se es igual en la medida en que todos, formador y formandos, son seres humanos; se es distinto en tanto cada uno tiene su propia historia, su cultura familiar, sus intereses, sus necesidades y su forma de ver el mundo, que varían de acuerdo con cada individuo. Rogers define la aceptación positiva incondicional de la siguiente manera:

Si todas las experiencias de otra persona relativas a sí misma son percibidas por mí como igualmente dignas de consideración positiva, es decir, si no hay ninguna que yo considere menos digna de consideración positiva incondicional, decimos entonces que experimento una consideración positiva incondicional hacia esa persona (Rogers, 1957: 41).

Esta aceptación positiva es una actitud general que puede ayudar a todas las organizaciones que se dedican a la formación de las personas, en especial a aquellas que se dedican a ayudar a los demás. A este respecto, Rogers (1985) se hace una pregunta: ¿será posible introducir cambios en tales instituciones? La respuesta es sin duda afirmativa por dos razones: primero, porque hoy es posible seleccionar candidatos que muestren un elevado potencial para la autenticidad, la consideración y la comprensión empática en sus formas de relación; segundo, porque hoy estas actitudes pueden ser cada vez más desarrolladas. Con esto se puede decir que también en los procesos formativos se puede aplicar esto, sobre todo en las organizaciones religiosas, en donde las personas sirven a otras, más necesitadas.

Hasta aquí se ha dado un panorama del tema, y se han expuesto las condiciones que promueven el cambio en los formandos, candidatos a la vida religiosa. Se continúa con la exposición de la propuesta.

La tendencia actualizante en el proceso de formación ayuda a la persona a integrarse y ser más eficiente en las relaciones interpersonales. Le ayuda a vivir en

armonía y a mejorar su percepción de sí mismo y de los demás. Valora más, adquiere mayor confianza y mayor capacidad de adoptar sus propias decisiones. Es más abierto a la experiencia de sí mismo y de los demás. Comienza aceptar mejor sus actitudes hacia los otros. Esto es necesario y fundamental para la persona que quiere vivir un estado de vida religioso, pues le ayudara adaptarse y ser capaz de enfrentar situaciones nuevas, con actitudes originales.

2.3 Una propuesta de formación de la persona en la vida religiosa

En este apartado se presenta el tema de los jóvenes y la formación de los mismos, pues no cabe duda que estos representan hoy un auténtico reto para la vida consagrada; por ello, vale la pena tratarlos como personas y tratar de responder a algunas de sus exigencias.

2.3.1 El joven y las etapas de formación

En estos tiempos posmodernos, de experiencias más que de teorías, de búsqueda más que de seguridades, se ha de aprender de los jóvenes a experimentar y vivenciar antes que a formular conceptualmente; a vivir a fondo lo que se quiere vivir. Vivir lo que se cree (no solo repetirlo de palabra), vivir lo que se lleva en el corazón y es lo más precioso para cada uno. El joven vive en un mundo caótico, lleno de incertidumbre y pensamiento posformal. ¿Qué quiere decir esto de posformal? “El pensamiento posformal es flexible, abierto, adaptable e individualista. Recurre a la intuición y a la emoción así como a la lógica para ayudar a las personas a afrontar un mundo aparentemente caótico. Aplica los frutos de la experiencia a situaciones ambiguas” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 435).

La etapa que el joven está viviendo es muy importante. Él debe tomar conciencia de que se trata de un momento de hacer alto y revalorar la vida; hay que enfrentarla con vigor, con fuerza y con frescura. A esta edad, el joven es capaz de hacer juicios morales porque es capaz de pensar: “Los jóvenes avanzan en el juicio moral a medida que se liberan del egocentrismo y adquieren capacidad de pensar

de manera abstracta” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 440). Esto es real de cierta manera, porque si el joven no cimienta bien su vida, con buenos fundamentos morales, éticos y espirituales, la experiencia dice que cuando llegue a los cuarenta o cincuenta años tendrá muchas probabilidades de que lo único que le importe sea el dinero, sentirse bien y realizado; pero muy posiblemente habrá perdido muchos de sus ideales y el sentido profundo de su vida.

La juventud es, entonces, una época especial, porque durante ella es posible sentar las bases de lo que será la vida adulta. Lo que se va a hacer de adulto tiene mucho que ver con lo que se hizo y decidió cuando se era joven: “Los adultos jóvenes ya no adquieren el conocimiento en aras del conocimiento mismo; lo utilizan para alcanzar metas, como una carrera y una familia” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 437). Por lo tanto, el adulto joven en esta etapa tiene que asegurarse de fundamentar bien su vida, en buenos principios. El joven es idealista, tiene metas en la vida, tiene alegría de vivir y no le interesa mucho ser un ganador de millones o una persona materialmente próspera; tan solo le interesa vivir con alegría y darle sentido a su existencia. Y esto es muy bueno para su formación.

Cuando el joven abraza el ideal misionero, inicia con un camino formativo que lo lleva de manera gradual al conocimiento de sí mismo, de la congregación y de las personas a quienes desea servir. Las etapas fundamentales de este camino, desde la animación y orientación vocacional hasta la formación permanente, deben conducirlo poco a poco al desarrollo humano de sí mismo, a tomar conciencia de su llamado a la vida religiosa y al progresivo desarrollo de sus facultades personales, de manera que vaya asimilando los valores personales y comunitarios de esta elección de vida.

Todo proyecto educativo ha de contemplar y articular una *serie convergente de dimensiones y niveles*, es decir, debe prestar atención a diversas áreas y contenidos que han de estar presentes en el camino formativo. Formar significa, cambio, disponer de un modelo preciso, de una forma o de un modo de ser que la persona aún no tiene pero que debe ir adquiriendo poco a poco, y que constituirá su nueva identidad (Cencini, 2000: 12–13).

El joven que decide entrar en el seminario tiene que seguir un camino formativo que lo llevará a realizarse en la vida como religioso. Las etapas formativas se desarrollan a través de periodos determinados, con objetivos formativos bien definidos. Son tiempos de diálogo entre el formando y los formadores encargados de las diferentes etapas. El formando asume en este periodo una actitud de libertad en cuanto él es el primer responsable de su propia formación. Este tiempo es momento de decisiones personales cada vez más exigentes, de diálogo e interacción con la comunidad y con los formadores.

Estos momentos comprenden evaluaciones, síntesis del camino recorrido y de renovación de compromisos adquiridos libremente, que sirven de confrontación personal. Dado se trata de una transformación de la persona, el proceso formativo no se puede reducir a una formación inicial, sino que requiere de una formación continua. Como lo dice el documento de la Iglesia *Vita consecrata* (VC):

El joven que se consagra no puede decir que ha completado la gestación del hombre nuevo, en cada circunstancia de la vida, si primero no experimenta dentro de sí el cambio que le trae Jesucristo hecho hombre. Por lo tanto, la formación inicial se debe saldar con la formación permanente de la persona, creando en el sujeto la disponibilidad a dejarse formar cada día de la vida (vc, 1989: 69).

La formación consiste en el esfuerzo constante de conversión y de renovación del crecimiento humano, con apego y fidelidad al fundador de la organización, a fin de responder creativamente a las exigencias del fenómeno de la movilidad humana, sin miedo de hacer las cosas con generosidad y entrega. La formación es un camino que se realiza según las condiciones de vida de cada uno. Así, las etapas que se viven dentro de la formación específica religiosa, según el Proyecto de Formación Scalabriniana (PGFS) (2006: 375) son:

1. Animación vocacional.
2. El pre–noviciado.

3. El noviciado.
4. Profesión temporánea: pos–noviciado, experiencia pastoral.
5. Profesión perpetua.
6. Formación permanente.

La formación es un proceso subjetivo que posee una mayor amplitud que el aprendizaje de una profesión o la capacitación para el aprendizaje de algunas técnicas; mediante la formación, la persona realiza una transformación permanente de sí misma, a fin de alcanzar la madurez de sus capacidades espirituales y corporales. De esta manera, gracias al trabajo armónico de formación, la persona puede lograr llevar un modo de vida que le resulte satisfactorio y desde el cual contribuya, de acuerdo con sus propias posibilidades, a la construcción del mundo al que pertenece.

En este sentido, Scheler define la formación como una categoría ontológica que tiene que ver con la constitución del ser humano, de la persona: “formación es una categoría del ser, no del saber y vivir. Formación es un carácter que ha devenido, transformación de la totalidad humana” (Scheler, 1947: 5).

Con relación a la formación de los candidatos a la vida religiosa, ésta requiere de una capacidad de abstracción o de toma de distancia respecto de la manera como se ofrece el objeto inmediatamente a la experiencia, lo cual permite, gracias al horizonte en que éste aparece, pensar lo no dado, lo que no aparece: las posibilidades propias del objeto en relación con su contexto.

Esta mirada amplia es la que le permite a la persona formada tener una visión de mayor alcance que las prácticas especializadas de su profesión u oficio; una mirada amplia que, sin embargo, no está desarticulada de este saber propio de la profesión; por eso, de lo que se trata es más bien de un ascenso a la totalidad, de una apertura al mundo. Este proceso no debe confundirse con la erudición. Consiste en el reconocimiento de las propias posibilidades en relación con el todo, en identificar los alcances de la propia perspectiva o del “conócete a ti mismo”.

Queda claro que el itinerario que se les propone a los candidatos a la vida religiosa durante su proceso formativo es para que puedan elegir en libertad el estilo

de vida que quieren vivir para servir. Con lo expuesto, se comprende mejor el proceso que los formandos tienen que pasar para llegar a ser religiosos. En este proceso se consideran tanto las características generales como las particulares de los jóvenes, y el panorama general en que estarán inmersos durante su formación.

2.3.2 Ser joven y ser novicio

La juventud es una etapa de la vida que se caracteriza por los cambios que vive la persona desde su estado vital; en esta etapa hay mucha energía, ideales, ilusiones, fuerza para vivir la vida, y se toman las decisiones que sirven de plataforma para el futuro. “La mayor parte de los jóvenes se sienten cercanos y positivos acerca de sus padres, comparten opiniones similares sobre los temas importantes y valoran su aprobación” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 405). La etapa de la juventud es positiva, pero el individuo suele mostrarse renuente a aceptar las responsabilidades de la vida. Ser joven implica también tener responsabilidades y actitudes serias delante de la escuela de la vida.

En la juventud se tiene el entusiasmo por la vida para hacer cosas, emprender viajes, estudiar, conocer y hacer todo lo que se quiere; eso ayuda para que cuando lleguen los momentos difíciles de la edad se pueda llegar a puerto seguro. Los seminaristas también han pasado por este proceso, llegando hasta donde están actualmente.

Los adolescentes más seguros tienen fuertes relaciones de apoyo con los padres que están en sintonía con la forma en que los jóvenes se ven a sí mismos, permiten y estimulan sus esfuerzos por lograr la independencia y ofrecen un puerto seguro en tiempos de estrés emocional (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 404–405).

Hay que disfrutar la juventud y saber sacar provecho; algunos jóvenes desperdician esta oportunidad al vivirla en desorden, de manera disoluta, y corren el riesgo de no aprovecharla de verdad, pues es la etapa propicia para edificar la

vida futura. En este caso, “cada día los jóvenes toman decisiones que ayudan a determinar su salud, su profesión y su estilo de vida. Sin embargo, cada vez son más los adultos jóvenes que no sientan cabeza de inmediato” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 421). A manera personal, considero que a la juventud le falta desarrollar ciertas actitudes que las personas mayores poseen por su experiencia; a los jóvenes les falta la sabiduría de los años.

El joven se siente fuerte y vigoroso, siente que la vida está por delante. “Se trata de una etapa exploratoria, una época de posibilidades, una oportunidad para probar nuevas y diferentes formas de vida, un momento en que los jóvenes ya no son adolescentes pero todavía no se han asentado en los roles adultos” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 423). Cuando se es joven, importa más el triunfo que el dinero; vivir los ideales de la vida —darle sentido a su existencia— que el tener.

La juventud es una etapa crucial, donde se tiene la oportunidad para diseñar un proyecto de vida, donde la persona puede dar lo mejor de sí y, si lo intenta, realizar lo que se proponga en la vida. Las elecciones educacionales y vocacionales después de la preparatoria, por ejemplo, pueden presentar oportunidades de crecimiento cognoscitivo. “La exposición a un nuevo ambiente educativo o de trabajo ofrece la oportunidad de afinar habilidades, cuestionar supuestos sostenidos durante mucho tiempo y probar nuevas formas de mirar el mundo” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 443).

Bien se podría decir que lo que el hombre siembra en su juventud es lo que cosecha en su vejez. En la juventud se pueden cultivar los valores, fundamentarlos con buenos principios y buenos hábitos, proponerse metas y vivir los ideales propuestos para vivirlos en la edad adulta. “La gente de edad media usa la mente para resolver problemas prácticos asociados con su responsabilidad con otros, como los miembros de la familia o los empleados” (Papalia, Olds y Feldman, 2011: 437).

El joven, que se prepara para la etapa adulta, debe desarrollar ese sentido de responsabilidad, el gusto por trabajar y apoyar a otras personas. Ahora bien, el novicio, que es un joven que quiere consagrar su vida a Dios, está en ese momento preparándose para dar un paso muy significativo en su camino vital. Según el

Código del Derecho Canónico (CIC), en el numeral 646: “El noviciado se caracteriza por su finalidad, en el que se inicia la vida en un instituto de vida consagrada”. Así, el noviciado es la etapa formativa, particular de la vida religiosa, que introduce a los candidatos a este estilo de vida de un instituto, a través de la pertenencia libre a esa familia; los jóvenes son dirigidos por un formador, llamado *maestro de novicios*, que los acompaña durante esta etapa de formación.

A propósito, el PGFS señala: “La formación ofrecida en el noviciado conecta progresivamente el conocimiento con el ejercicio práctico y la propuesta comunitaria con el acompañamiento personal, tanto así que los contenidos transmitidos lleguen a ser experiencia y sean asimilados de modo personal” (2006: 612). De este modo, la formación requiere de trabajo, pero no en el sentido artesanal o industrial del término; es decir, no se emplea el término para referirse a la actividad que obedece a un modelo o plan estratégico dirigido a lograr metas, sino al arte de formar que ha de atender a observar el desarrollo pleno de toda persona.

Por eso, no es del todo acertado representar el proceso de formación desde la imagen del artesano que construye una escultura, pues la formación es un proceso cuyo fin y consecuencias son en cierta medida desconocidas, y además son parte constitutiva de la formación en tanto busca construir, mediante el trato con el objeto, una nueva representación de éste y, por eso mismo, gracias a que se amplía la visión sucede simultáneamente el fortalecimiento de la persona.

Se gana el conocimiento de lo esencial, de lo importante, y por eso la persona formada tiene carácter, porque sabe lo que quiere: distingue lo esencial, lo relevante, de lo superfluo, de lo que lleva a la dispersión.

Como señala el PGFS: “El noviciado es la preparación inmediata y específica a la entrega completa de sí mismo a Cristo y a la Iglesia en la Congregación Scalabriniana. Esto viene actuado en una decisión personal y única, válido para todos los aspirantes” (2006: 611). La tarea de formación de los novicios compete al instituto entero, es decir, a todos sus miembros, que han de colaborar por su parte con el ejemplo de vida y con la oración. De modo especial, esta tarea se confía al maestro de novicios y a sus colaboradores inmediatos, que han de ser cuidadosamente preparados para que puedan cumplir su misión con fruto y de

manera estable, sin que sean impedidos por otras tareas que los distraigan. Al respecto, dice el PGFS:

Todas las dimensiones de la formación son relevantes; en esta etapa, se subraya la formación humana. El candidato se dejará ayudar y acompañar de los formadores (rector, director espiritual, animador y psicólogo) a través del diálogo personal que lo llevará a conocer más profundamente su historia personal y familiar, a aceptarlas e iniciar un camino de desarrollo de sus recursos humanos (2006: 471).

Entonces son los novicios mismos quienes, conscientes de su propio compromiso y responsabilidad, de su propio empeño de fidelidad y de personalidad, han de colaborar de manera activa, con la ayuda del maestro, en su propia formación, de manera que respondan con fidelidad al llamado al que quieren responder. Durante esta etapa de formación el joven novicio recibe las herramientas necesarias para dar una respuesta a lo que está llamado, con coherencia y veracidad en el compromiso que ha adquirido como persona que está en formación para servir a sus semejantes. Pero no todo queda aquí, se tienen que dar otros pasos para que la formación continúe dando sus frutos. Para esto se continúa con el siguiente punto.

2.3.3 Cuatro dimensiones para una vida joven

La propuesta formativa del candidato a la vida religiosa presta atención a las dimensiones espiritual, humana, comunitaria y misionera, profundizando el carisma del instituto, sin dejar fuera otras dimensiones de la formación de los formandos.

La dimensión humana

Durante el noviciado, esta dimensión es orientada a hacer comprender y vivir la vida religiosa como experiencia radical, según Jesucristo pide a quien es llamado a seguirlo más de cerca; por esta razón se favorece que el novicio en esta etapa de formación

[...] profundice el conocimiento y la aceptación de sí mismo, cultive el dominio de sí, consolide la capacidad de elegir y sea disponible para el trabajo; obtenga capacidad crítica y una justa autonomía personal que le permitan expresar con sinceridad y responsabilidad opiniones, dificultades y propuestas, en comunión con los otros, evitando actitudes opuestas al proyecto de formación (PGFS, 2006: 613).

Como se puede observar, la formación desde esta dimensión intenta brindar los elementos que necesita el joven para vivir la etapa del noviciado de la manera más congruente posible. Además, continúa diciendo este documento que se requiere que

[...] el novicio en esta etapa oriente positivamente la afectividad y sexualidad en línea con la opción religiosa por la que ha optado libremente; también que sepa insertarse en la vida comunitaria, cultivando las relaciones interpersonales impregnadas de cordialidad, acogida, hospitalidad, compartir y generosidad (PGFS, 2006: 613).

A esto se pueden sumar las capacidades que tiene la persona para aprovechar como recurso de todo lo que tiene a su disposición y así llevar adelante esta etapa de formación que es decisiva para responder al llamado que ha recibido.

La dimensión espiritual

La dimensión espiritual es la que caracteriza a esta etapa de noviciado por los objetivos que se propone. Se trata de un clima especial, porque invita al novicio a hacer un alto en su camino y a dejarse llevar por el Espíritu de Dios. Según el PGFS, “el novicio es invitado a asumir en la totalidad de su persona un proceso de conversión y de transformación evangélica. En el esfuerzo ascético que vive, el novicio experimenta la alegría de poner a Cristo como centro de su vida y de experimentar la generosidad de servir al más necesitado” (2006: 616).

Éste es un camino de autotranscendencia, donde la persona alcanza la verdadera realización personal en Cristo.

La dimensión comunitaria

Porque la formación también tiene que ser comunitaria, su lugar privilegiado es la comunidad. En la comunidad viene la iniciación de las dificultades y alegrías de vivir juntos. Según lo que dice VC, “es en la fraternidad donde cada uno aprende a vivir con aquél que Dios le ha puesto junto a él, aceptando las características positivas y resolviendo las diferencias y límites juntos” (1989: 67).

El formando vive la experiencia gradual de dejar la familia y el ambiente de vida que lo ha acompañado desde su nacimiento. El PGFS (2006) señala que el formando aprende un nuevo modo de relacionarse con sus familiares, amigos y sociedad, y experimenta paulatinamente la pertenencia a la comunidad en la cual entra a vivir su vocación.

La dimensión pastoral o misionera

Esta dimensión le ofrece al formando en la vida cotidiana múltiples ocasiones para crecer en la caridad fraterna, en la paciencia y en superar las dificultades en las relaciones personales. Mientras enriquece su conocimiento y amor por la misión en sus múltiples expresiones, el formando se ve motivado a una mayor entrega a la

experiencia pastoral, según su preparación, al poner a disposición de los migrantes su generosidad de servicio y hacer uso de todos los recursos que ha adquirido en las diferentes etapas de formación. “Son experiencias pastorales significativas, para los formandos, como por ejemplo, la colaboración en la animación de grupos juveniles migrantes, las diferentes actividades catequistas y el trabajo misionero” (PGFS, 2006: 594).

En breve, desde este punto de vista, la formación, si quiere decir algo interesante al joven, tiene que recuperar y poner en práctica estas dimensiones, pero también tiene que atreverse a proponerlas nuevamente, con términos y formas originales.

2.3.4 Soy migrante y soy persona

Nuestro carisma específico es servir al migrante en todas las áreas que él necesita. Los formandos siendo parte de nuestra comunidad, hacen también parte del carisma, pues ellos son migrantes y desde su formación se les motiva a que vivan el carisma desde sus propias experiencias, por eso ellos siendo migrantes con el migrante, están invitados a tratar al migrante como persona y manifestarles el compromiso de servirlos dignamente.

El misionero es llamado y enviado por Dios para encontrarlo en el migrante y esforzarse en promoverlo en su integralidad, y esto no es posible si al migrante no se le ve como persona. El migrante, antes que todo, es ser humano, porque tiene esa dignidad intrínseca. Él no es una cosa rara o extraña al que tenerle desconfianza o miedo. En primer lugar, el migrante es una persona, con todas las capacidades que se refieren a cualquier sujeto sobre la tierra. No obstante, antes “los seres humanos de las diferentes clases no eran concebidos como personas, con derechos y deberes de ciudadanía. El esclavo, la mujer o el extranjero por ejemplo, no eran considerados personas” (Moreira, 2001: 149). En segundo lugar, tiene dignidad de creatura de Dios y goza de respeto e igualdad como toda creatura en el mundo. Dice Moreira: “La noción de persona surge, de esta manera, entrañada

por el misterio y multiplicidad de un hombre descentrado de sí mismo, que oscila entre lo divino y lo sub-humano” (2001: 157).

Estas ideas se aterrizan cuando se reconoce que la persona tiene derechos y obligaciones como cualquier individuo. Por ejemplo, cuando la persona migrante decide dejar su familia, patria, amigos y pertenencias, lo hace ejerciendo el derecho a emigrar. El migrante es un individuo libre y único porque “la noción de persona está asociada directamente a la noción de individuo en el sentido común, encontrado en el diccionario: Individuo significa el que no puede ser dividido, la propia persona u otra, con abstracción de las demás, lo que hace recordar la visión de hombre centrado” (Moreira, 2001: 154).

Decía el fundador de los Misioneros de San Carlos Scalabrinianos: “Libertad de emigrar, pero no de hacer emigrar, porque tan buena es la migración espontánea, como dañina es la incitada” (Scalabrini, 2004: 437). El formando está invitado a vivir el ideal del fundador, por eso es fundamental que el seminarista tenga presente esto dentro de su formación y él primero sea capaz de reconocerse como persona, para también hacerlo con el migrante. En la Congregación se pone en práctica “el ser migrante con los migrantes” (Reglas de Vida de los Misioneros de San Carlos, 1999, núm.2), porque son los primeros en vivir el desarraigo familiar. Esto inicia desde la formación con los candidatos a la vida religiosa:

Nuestra formación traduce en vida las líneas fundamentales de la misión y naturaleza de la Congregación. El religioso llamado al servicio de los migrantes de las más diversas procedencias, adopta un espíritu de plena disponibilidad y adaptabilidad a sus exigencias, y cultiva una mentalidad universalista. Completa su formación con una preparación psicológica, técnica y sobre todo pastoral, fundada sobre el conocimiento y la experiencia práctica de la realidad humana, social y religiosa de las migraciones (RV, 1999, núm.16).

Por eso la importancia de que la formación de los candidatos a la vida religiosa sea personalizada y puesta en práctica desde las primeras etapas.

Simplificando las cosas, una formación religiosa basada en las relaciones interpersonales es necesaria para ser congruentes con la misión que se tiene con los migrantes, en la que se les trata como personas.

2.4 La vida religiosa y las relaciones interpersonales

2.4.1 El desenmascaramiento del encuentro

Todo lo desconocido da miedo. Cuando no se conoce, el otro produce miedo e incertidumbre. Para afrontar estos miedos muchas veces nos enmascaramos, como una forma de protegernos. Pero quitarse la máscara permite el encuentro con el otro. Rogers escribió:

En mi experiencia, he observado que la utiliza [la libertad] para acercarse a sí mismo. Comienza a abandonar las falsas fachadas, máscaras o roles con que ha encarado la vida hasta ese momento. Parece tratar de descubrir algo más profundo, más propio de sí mismo y empieza por despojarse de las máscaras que usaba conscientemente (1993: 104).

Cuando se descubre al otro como persona, caen las máscaras e inicia la relación con el otro que es igual a mí. La máscara “representando una categoría humana, una clase social o una figura heroica, conlleva un amplio contenido simbólico, que se refiere a un contexto social específico, con un fuerte énfasis en las funciones y roles sociales” (Moreira, 2001: 143). El desenmascaramiento es un proceso, porque no sucede de manera espontánea. Cuando la relación es liberadora, crea las condiciones para superar las fronteras de las máscaras.

[...] la máscara es utilizada para entablar la relación entre el espectador y el personaje, quien encarna un rol social fuertemente determinado: el rey, el sacerdote, el mensajero, el pastor, el criado, el corifeo. La función social de cada uno de estos personajes aparece claramente explicita. La máscara

individualiza al personaje, pero no lo hace un sujeto psicológico, una persona individual (Moreira, 2001: 144).

Como menciona la autora, la máscara sirve para crear la relación, lo que habla de movimiento, y éste, a su vez, promueve el cambio. Por eso, en el crecimiento humano las relaciones interpersonales son relevantes para el cambio del joven que está en formación. Al inicio de la relación sí hay máscaras, pero conforme se van dando la confianza y la apertura, éstas desaparecen y se da una relación más auténtica y genuina.

El contexto social se hace de relaciones interpersonales que se vuelven encuentro: “sin embargo, no se puede descuidar que la máscara impide la representación más espontánea o realista, provocando lo teatral, por el distanciamiento entre el actor y el personaje” (Moreira, 2001: 144). Es un reto quitarse la máscara, para que se dé el encuentro. Quitarse las máscaras ayuda a tener mejores relaciones con los demás, y eso hace mejores personas.

La persona que se prepara para servir a sus semejantes se tiene que preparar manteniendo sanas y buenas relaciones interpersonales. Esto le servirá para poder interactuar con los demás sin prejuicios y en libertad, sin máscaras.

Es posible crear relaciones interpersonales también en la vida religiosa. Sobre todo para el joven que se prepara para ser religioso, la propuesta es que a través de las relaciones las personas pueden promover el cambio de la persona y, por ende, de la comunidad.

2.4.2 La experiencia religiosa como posibilidad de cambio

El rol del formador es muy importante, porque es él quien puede proporcionar en mayor medida la ayuda adecuada para una formación integral del candidato a la vida religiosa. Rogers, en un ejercicio de claridad, responsabilidad profesional y honestidad, planteaba esta pregunta: “¿Poseo los conocimientos, los recursos, la fuerza psicológica y la habilidad necesaria para ser útil a este individuo?” (1993: 39). Sin duda, en la formación de los novicios el formador se debe hacer el mismo cuestionamiento cuando está delante del formando: ¿poseo los conocimientos, los recursos, la fuerza psicológica y la habilidad necesaria para ser útil a este novicio? Se trata, pues, de que el propio formador asuma de manera consciente y equilibrada sus reales posibilidades de colaborar o facilitar el camino formativo del formando. Por eso, el formador del seminario se tiene que dar cuenta de esta realidad en la que está inmerso, a fin de que sea capaz de formar a los futuros religiosos.

Una persona puede sostener el camino de identificación vocacional y ser capaz de vivir con serenidad y plenitud la consagración religiosa. De esta manera, sin una oportuna formación humana la entera formación se vería privada del necesario fundamento, no sólo para una adecuada y justa maduración, sino también para satisfacer los requerimientos de la misión.

En el contexto actual, la maduración humana adquiere una particular importancia y la formación debería ser adecuadamente asistida, por eso se considera que el fin de la preparación es aprender acerca del proceso de formación, en otras palabras, el “proceso de formación es un proceso de liberación, por el cual se produce el cambio de personalidad” (Rogers, 1985: 20).

Cuando el formando experimenta este proceso, empieza vivir de manera paulatina el cambio. El individuo que se encuentra en esta etapa de fijeza y se halla alejado de la vivencia no solicitará espontáneamente la ayuda del psicoterapeuta. “Las relaciones íntimas y comunicativas se consideran peligrosas. En esta etapa no se reconocen ni perciben los problemas. No hay deseos de cambiar” (Rogers, 1985: 25). Una experiencia de consagración que preste atención a la dimensión antropológica de todos los elementos de la persona, que ayude a vivir una

humanidad rica y profunda, se convierte en profecía de verdadera humanidad y representa la mejor respuesta de quien vive la consagración como conversión de la persona y de realización.

La madurez humana es una tarea permanente, que implica valores y actitudes que se expresan en modo diverso, según las diferentes fases de la vida y en los diferentes contextos culturales. La particular vocación del candidato a la vida religiosa y el estilo de la relación comunitaria en la acción apostólica en medio del pueblo migrante requiere poseer un adecuado equilibrio psíquico, una adecuada imagen de sí mismo, capaz de hacer crecer sentimientos y actitudes positivos frente a la vida, serenidad de quien posee dominio de sí mismo, que tiene confianza y que es capaz de elegir la unidad de vida para su propia experiencia. Se vive en la actualidad una realidad que lleva a la fragmentación y a la fragilidad psicológica. Por eso el equilibrio psíquico se hace fundamental y necesario. Esto se logra a través de la progresiva integración de varios elementos que actúan positivamente entre ellos.

Sobre esta base, las “habilidades de la persona” maduran. Estas son las capacidades que contribuyen a la eficacia en el trato con los demás; aquí los déficits conducen a la ineptitud en el mundo social o a los desastres interpersonales repetidos. En efecto, es precisamente la ausencia de estas habilidades lo que puede hacer que incluso los más brillantes intelectuales fracasen en sus relaciones, apareciendo como arrogantes, desagradables o insensibles (Goleman, 2008: 141).

Dios está presente en la persona y en toda situación, pero también el ser humano necesita crecer teniendo en cuenta el contexto en el que vive. Tiene importancia la razón y la fe en la vida de la persona. Desde el punto de vista de la fe la valoración del acompañamiento se asocia a la necesidad de los jóvenes adultos y, un modo de personalizar la fe. La fe no niega la realidad de la persona sino que la asume. El novicio es llamado a vivir en comunión fraterna y en actividad pastoral las misiones más diversificadas, según el carisma. El carisma se refiere a la misión

específica por la cual se consagra la persona; en este caso, es una consagración a Dios a través del más necesitado, por lo que el futuro religioso tiene que poseer una madurez humana efectiva para responder a este llamado específico. Él ama su vocación, y ama según su vocación con libertad. “En el deseo humano hay siempre un elemento divino, porque el acto creador de Dios no sólo ha realizado estática y acabadamente la voluntad creadora divina, sino que ha hecho a la criatura semejante al Creador, y por tanto capaz de desear su propios deseos, de querer lo bueno y lo bello” (Cencini, 2003: 89).

El novicio, sabiendo que su vida es un don recibido de Dios, tiene que vivir en el ámbito donde la vida puede ser transmitida a los demás y encontrar su realización en el donarse especialmente a los más necesitados. Se hace capaz de amar de manera gratuita, de establecer relaciones humanas positivas, personales, auténticas, de dar y recibir afecto con simplicidad, aunque no sea en la medida esperada.

Su amor es profundo y personal, hecho de sinceridad, fidelidad y calor humano; sabe entrelazar verdaderas y profundas amistades, libres de actitudes posesivas; vive con equilibrio la soledad, y es capaz de medir su desenvolvimiento afectivo con las personas, en particular en las relaciones con las personas que entran en contacto con su persona; se esfuerza en vivir con los hermanos de comunidad una amistad sincera, capaz de comprender y sostener; logra perdonar sin resentimiento, y no se deja arrastrar de simpatías o antipatías en las relaciones comunitarias.

Asimismo, es capaz de gozar las situaciones felices de su elección, hace propias las alegrías de los semejantes, es capaz de sufrir con valentía las normales situaciones penosas de la vida, hace propios los sufrimientos de los hermanos. Este modo maduro de vivir el afecto y el amor sólo será posible con la gracia de Dios, con el cultivo de la disciplina de los sentidos, sentimientos, deseos, pensamientos y buenos hábitos personales.

Amor joven es lo mismo que pasión, sentimiento intenso, a veces arrollador, siempre sincero y seguro de sí, aunque sin experiencia de la vida. Es el amor

primero, fresco y lleno de vitalidad, quizás algo idealista y por eso mismo puede parecer ingenuo y poco fiable (Cencini, 1999: 888).

El sacrificio positivo en de la virtud de la castidad canaliza las tendencias y las potencialidades afectivo–sexuales del individuo en la armonía de la entera personalidad, lo que hace posible el don alegre.

2.4.3 El conflicto como oportunidad de crecimiento comunitario de la persona

Es importante que el formador se dé cuenta de sus sentimientos y tenga conciencia de los límites propios y de los demás, en el respeto del misterio de cada persona, porque esto ayuda a formar a la persona coherentemente. La capacidad de testimoniar a los jóvenes la diversidad de los diferentes puntos de vista de la formación no les impide a ellos vivir en sintonía y comprensión recíproca.

En la formación se debe dar el máximo respeto a la persona en formación, en especial, el mayor respeto a su libertad: “Una vez que una persona, niño o adulto, ha experimentado una libertad responsable, ella continuará luchando por eso” (Rogers, 1980: 130). Dios mismo no viola la libertad del hombre ni, mucho menos, impone su proyecto. El hombre se encuentra en este conflicto de tomar una decisión delante de la vida y no sólo eso, sino que tiene que afrontar la realidad que vive en el conflicto del grupo.

Demasiado a menudo las mayores fuentes de tensión y de conflicto son evitadas por completo (negadas o pasadas por alto). Si las fuentes de tensión reales no son descubiertas y manejadas, es muy probable que se difundan hacia otras áreas de la experiencia del grupo (Rodney, Napier y Matti, 1983: 201).

En otras palabras, los novicios tienen que ser preparados para solucionar sus conflictos y ayudar al grupo a que se resuelvan los desacuerdos. Entre los elementos esenciales de la formación, resalta el PGFS (2006) algunos valores

humanos, como la aceptación y el conocimiento de sí mismo, la disponibilidad, la capacidad de elegir, la capacidad crítica y la justa autonomía personal, así como algunas virtudes, como la templanza, la prudencia, la fortaleza y la justicia.

Todo esto puede ayudar a construir el edificio humano, de manera que lleguen a ser personas reales, auténticas y libres. Si todo esto se da en un clima de libertad, “pienso que, en la atmósfera de confianza y apertura que creamos, todos nosotros descubrimos más capacidades de las que creíamos posible, en nosotros mismos y en los demás” (Rogers, 1980: 141).

En la formación, los candidatos tienen que ser ayudados a aprender y demostrar con sus propias actitudes que la belleza de la naturaleza humana es decorar el propio aspecto de la persona con la gentileza, la bondad, la sinceridad, la honestidad, el mantenimiento de los acuerdos, el respeto por los otros, la paciencia, el entusiasmo, la obediencia como elección, la recta intención, elegir libre y personalmente el dominio de la propia voluntad y de los sentidos, en consonancia con la elección, la lealtad a la palabra dada, la firmeza de ánimo, la constancia y la perseverancia, la docilidad y la conciencia del propio cuerpo, como uno de los medios para que descubran su identidad como personas.

Con todo, el espíritu de la autodeterminación, de la libertad y del crecimiento (como la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad) vive en la gente como fuego esperando ser encendido por una chispa de confianza, comprensión, compasión o consciencia (Rogers, 1980: 142).

Si todo esto se da en las etapas de formación, será más viable solucionar los conflictos que se dan durante este recorrido de la vida, siempre y cuando la persona quiera afrontar las dificultades que tiene con los otros. Los conflictos son oportunidades para crecer como individuos y grupo. El ser humano no se puede realizar aislado y solitario en su propio mundo. Existen los otros con características similares.

Esto hace que el hombre sea parte de un grupo, comunidad, organización o como se quiera llamar. El caso es que se necesita de los otros para ser, porque el

hombre es un ser en relación. Esta premisa prepara para pasar al siguiente tema de la dimensión grupal que se tratará en este trabajo.

2.5 La dimensión grupal constitutiva de la vida religiosa

2.5.1 Una normatividad que construye

El novicio, la comunidad y el equipo formativo asumen juntos las tareas del desarrollo propio de las fases formativas y las verifican de manera periódica. El novicio toma su propia responsabilidad de formarse según sus capacidades, habilidades, destrezas y aptitudes. “Las implicaciones políticas de la educación centrada en el estudiante son claras: el estudiante mantiene su propio poder y el control sobre sí mismo; él participa en las decisiones y elecciones de responsabilidad; el facilitador provee el clima para este fin” (Rogers, 1980: 50).

La comunidad crea un clima donde se puedan desarrollar los novicios como seres humanos en relación. Los formadores, en actitud de confianza y aceptación, acompañan al novicio para que se ponga a la disposición de Dios y evalúe si posee las actitudes y disposiciones de base que se requieren para la vocación de la vida religiosa. Las fases formativas tienen la tarea de ayudarlo al joven candidato a que adquiera la confianza en sí mismo, de modo que se propicie el cambio, como lo dice Rogers: “El aumento de la confianza en sí mismo, de la creatividad, de la capacidad para tomar decisiones sensatas, de la disciplina en el estudio, todas estas cosas eran de mayor trascendencia para él. En efecto, a través de estos aprendizajes, la personalidad cambia” (1961: 20).

Los formadores tienen que estar atentos a desarrollar en sí mismos las competencias pedagógicas, psicológicas y espirituales que se requieren para realizar un acompañamiento personal responsable, a fin de poder tener el conocimiento de las problemáticas que presentan los jóvenes, en especial aquéllos envueltos en situaciones de vulnerabilidad.

Los alumnos no son autómatas y los maestros tampoco; pero con las exigencias de la sociedad en cuanto a mermas en el presupuesto y puntuaciones más altas en los exámenes, se nos escapa que estamos tratando con alumnos que se sientan cabalmente seres humanos (Rogers, 1961:22).

Por eso, el formador, con una discreta comprensión de los dinamismos humanos de crecimiento, de los procesos y vivencias que la persona experimenta en la vida, tiene que ser capaz de acompañar a la persona en su totalidad. La capacidad de escucha, la empatía y el manejo adecuado de las emociones ayuda a identificar eventuales dependencias o conflictos en la relación personal. “Los formadores tienen la doble tarea de reconocer mejor los propios sentimientos y de los estudiantes” (Moreno, 2001: 74).

Las normas que se establecen entre las personas las tienen que llevar a unas relaciones más auténticas y sanas. Poner límites ayuda al buen funcionamiento de las relaciones interpersonales y también hace más libre a la persona.

2.5.2 Una nueva grupalidad misionera

El fenómeno migratorio es una realidad dinámica que exige la búsqueda de respuestas siempre nuevas. Es importante, sobre todo para los jóvenes que viven la búsqueda de un sentido que dar a la vida y de un modo para actualizarlo, comprender la misión esencial de su misma existencia como camino en el tiempo y como búsqueda de un corazón peregrino.

La primera decisión importante que hay que vivir, que parece la más descontada y banal, consiste en la recuperación, hasta el fondo, de la decisión y las motivaciones para ponerse en camino. Cada camino, sobre todo si se entiende como una peregrinación en la vida, es una vocación, una llamada a la cual cada uno se adhiere libremente con su respuesta. Esto es, en realidad, una metáfora del camino de la vida, allá donde cada uno busca libertad y felicidad. Si cada individuo inicia con esta búsqueda, involucra a otros a hacer lo mismo. Se puede decir que

esto es parte de la realidad de la comunidad en camino. A propósito, dice Napier que “el grupo efectivo está determinado subjetivamente para cada miembro: aquellos que tienen sentido para él, aquellos que parecen estar en contacto con la realidad, aquellos con quienes se identifica el sujeto” (Napier, Rodney y Matti, 2006: 61). Los religiosos están llamados a estar en contacto con la realidad, una realidad de una nueva grupalidad misionera, a asumir los retos que implica este camino. Para hacer esto se necesita asumir con audacia y creatividad la propuesta de la dinámica grupal.

En una relación en crecimiento, no obstante, se configura una mayor disposición para el riesgo que viene determinada por el impulso a superar límites frente a la costumbre de mantener un falso equilibrio relacional en virtud del cual nos acostumbramos a desempeñar ciertos papeles (Barceló, 2003: 54).

La relación grupal implica crecimiento. Como postula Barceló (2003), es la perspectiva nueva del grupo porque en una relación transformada se diluyen las fronteras y los límites de las áreas del compartir relacional y se hace mutuamente un camino por donde se puede ir, siendo inspirados por una nueva grupalidad misionera. Los religiosos que emprenden este camino transforman su vida y la de los demás, porque se sienten inspirados y animados, cuando la fuente de sus existencias está dentro de ellos y fluyen sin cesar emociones y sentimientos de una persona libre, con lo que se recrean y rejuvenecen sus personas, para una nueva misión con los migrantes.

Los jóvenes religiosos hoy más que nunca tienen que ser auténticos en los procesos de formación, a fin de crear un cambio significativo en el mundo contemporáneo, como lo dice Lafarga: “la autenticidad parece ser el valor supremo de la juventud contemporánea” (2013: 237). Este proceso de renovación revitaliza y anima a muchos formandos en su proceso de desarrollo. Se trata de responder con nuevos aires y nuevos impulsos a los desafíos de caminar en grupo.

III. NARRACIÓN DE LA INTERVENCIÓN

La intervención comenzó el 5 de septiembre y terminó el 31 de octubre de 2012. El encargado de los seminaristas dio la autorización para llevarlo a cabo en ese periodo, en que no hay muchas actividades y ellos se encuentran más tranquilos. Se pretendía que el taller fuera un espacio y momento que preparara a los seminaristas para la recta final de esta etapa de formación en la que se encontraban. A continuación se presenta la descripción de las sesiones, de las intervenciones como facilitador, de la participación de los seminaristas, de las actividades realizadas y de los resultados.

3.1 Introducción y presentación del taller

La primera sesión se llevó a cabo en el seminario, donde en ese momento residían los participantes del taller. Fue en los meses de septiembre y octubre de 2012. Se inició con una breve introducción y explicación del taller, se dieron a conocer los propósitos y se les pidió a los participantes que firmaran el consentimiento informado, que es el beneplácito de las cosas que autorizaron realizar durante las sesiones y algunas informaciones que se podrían dar a conocer, con su aprobación. Se propusieron, asimismo, las reglas del taller: respeto, apertura, disponibilidad, paciencia, comprensión, confianza, concentración y puntualidad. En seguida, se plantearon las dos preguntas de inicio, a fin de que se pudieran responder al finalizar, y la pregunta generadora (se presentaron en cada inicio de sesión para responderlas al final, como evaluación).

3.1.1 Primera sesión

En la sesión se expuso el tema “Conócete a ti mismo”, para lo cual se presentó una breve introducción y exposición en PowerPoint. Al terminar la presentación, se pidió la opinión de los asistentes sobre el tema. Hubo buenos comentarios. Después, se hizo el ejercicio de relajación, enseguida se habló de la experiencia vivida de este ejercicio y se consideró que se había alcanzado el objetivo propuesto. Concluido este momento, se retomó la pregunta generadora para la evaluación y se concluyó con el cierre de sesión.

Todo esto se hizo para que se cumpliera el propósito de la sesión: que se conocieran ellos mismos a través del tema y el ejercicio de relajación, y que empezaran a tener confianza e hicieran conciencia de que se pueden conocer más y mejor como personas en proceso de crecimiento. Teniendo presente que se trató de la primera sesión, se consideró que había existido apertura, sinceridad, confianza, disponibilidad, seriedad y respeto, de acuerdo con las evidencias que lo demuestran, esto es, los comentarios de los participantes —que fueron bastante congruentes—, la evaluación con la pregunta generadora, las fotos y las grabaciones.

Al inicio de la sesión, se pudo observar que los participantes se encontraban tensos, un poco nerviosos, inquietos e incluso un poco temerarios, según lo escribió un participante en la pregunta generadora, manifestando un ligero cambio de actitud, que se mostró a través de lo que decían: que se sentían tranquilos, libres, relajados, con energía y con un cambio de actitud. De los aprendizajes que se obtuvieron, comentaron que habían sentido algunas sensaciones que se manifestaban en algunas partes de sus cuerpos y que con el ejercicio se relajaron y liberaron. Dijeron que conociéndose más, se sentían mejor y con deseos de cambiar algunas cosas que deseaban modificar y mejorar en sus vidas.

En el plano personal, uno de los obstáculos iniciales fue que al inicio me sentía nervioso e inseguro, ya que no sabía cómo iba a resultar la primera sesión e ignoraba las reacciones de los seminaristas por ser su formador quien daba este taller; en un momento pensé que ellos estaban siendo obligados a asistir y no sabía

si ellos lo consideraban de la misma manera. Por esta razón, les dije que se sintieran libres y en confianza para permanecer y participar en el taller, que si ellos querían quedarse, se sintieran libres y sin ningún compromiso. Esto funcionó para lograr un clima de confianza y apertura. A final, me sentí tranquilo, y conforme se fueron dando las cosas empecé a sentirme más relajado.

Se logró el objetivo o el propósito marcado, porque al final hubo un cambio de actitudes en los seminaristas y se hizo evidente que es un arte el poder acompañar, y que implica una preparación integral del acompañante, a fin de que consiga hacerlo con profesionalidad y responsabilidad. Resultó de utilidad poner en práctica las actitudes de escucha atenta, empatía, congruencia y aceptación incondicional; estos elementos por parte del acompañante ayudaron a que ellos fluyeran libremente.

Así pues, en esta primera sesión se alcanzó el propósito de empezar a trabajar en un conocimiento más profundo de su ser, pues a pesar de que estos jóvenes venían caminando juntos desde hacía dos o cuatro años, y de que ya tenían un conocimiento inicial, ahora, en esta etapa de formación, las exigencias en este rubro eran más profundas. Al escuchar lo que decían los participantes durante el cierre, se pudo constatar que estaban motivados y entusiasmados de conocerse a sí mismos y a los demás, e incluso se plantearon otras necesidades al respecto. Por ejemplo, dijo un joven: “Necesito un tema que me ayude en reafirmarme como soy. Soy muy susceptible a las críticas de otros e incluso me preocupo por quedar bien”. Otro dijo: “Me gustaría tratar acerca de mi persona y el compromiso que tengo con los votos [pobreza, castidad y obediencia]”. Otro manifestó: “¿Cuál es el rostro debajo del antifaz? No hay uno. El rostro es cambiante al igual que el antifaz. Busco tener el rostro del soñador y a veces me siento solo en la búsqueda”. Éstos son algunos ejemplos de lo que salió en esa sesión y con ellos se hizo manifiesto que estas personas tenían el deseo de seguirse conociendo a sí mismos y a los demás, por lo que este taller les proporcionó mucha ayuda.

3.1.2 Segunda sesión

En la segunda sesión, que se llevó a cabo se inició con la bienvenida y se les preguntó en seguida a los jóvenes cómo estaban y cómo se sentían. La respuesta en general fue positiva: comentaron que se sentían tranquilos y animados. Se continuó con la exposición del tema de la sesión: “¿Quién soy yo?”, se explicó el propósito y se planteó la pregunta generadora. Después de esto, se les preguntó su opinión sobre el tema y el propósito, y hubo varias respuestas. Siguió el ejercicio de relajación de la casa interior (véase anexo) y en seguida se dio una pausa para escuchar la experiencia de este ejercicio, aunque no hablaron todos.

Como todavía había tiempo, se dio inicio a la dinámica “¿Quién soy yo?”. Este ejercicio lo aprendí en la clase del maestro Héctor Sevilla. Se hizo un intercambio de experiencias en subgrupos y se dejó la conclusión para retomarla en la próxima sesión. Esto se hizo para continuar con el taller y darle seguimiento al propósito de la sesión de hoy, para que los participantes prosiguieran un conocimiento más personal y profundo, y para que se dieran cuenta del potencial que poseen y se cuestionen si se conocen lo suficiente como para que los conozcan también los demás. Los resultados fueron evidentes porque pudieron contactar con ellos mismos, en especial en el ejercicio de relajación de la casa interior en el momento del espejo, donde uno de los participantes pudo acercarse con su yo interior y eso le hizo conocerse más profundamente.

Se detectó desde el inicio de la sesión que con la pregunta “¿Quién soy yo?” se movieron algunas cosas en el interior de los participantes, porque lo reflejaron en sus rostros. Mencionaron que tenían muchas interrogantes desatadas frente a esa pregunta. Al parecer, se amplió la conciencia cuando empezaron a darse cuenta de que se pueden conocer mejor; además, estaban experimentando el cambio por medio del autoconocimiento personal. Se observó también que a través de esta pregunta aprendieron que conocerse más les da seguridad y confianza.

En esta segunda sesión no hubo muchos obstáculos, los nervios estaban disminuyendo y había una sensación general de tranquilidad y seguridad. Un obstáculo a enfrentar fue que durante los momentos de compartir más bien hubo

mucho silencio: sólo tres personas hablaron y eso causó ansiedad e inseguridad, aunque esto también fuera parte del proceso. Los participantes parecían estar metidos en sí mismos, reflexionando sobre sus propias inquietudes, y ese silencio hablaba de que buscaban contactar con ellos mismos. Esta segunda sesión fluyó de mejor manera que la primera.

Al frente del trabajo, me sentí tranquilo y los nervios disminuyeron; los chicos se dieron cuenta de mi nerviosismo y uno de ellos me lo comentó, lo que me hizo sentir parte del grupo. Al final de la sesión me sentía contento, estaba tranquilo y me fui con muchas preguntas.

Al finalizar esta segunda sesión me sentí satisfecho y contento de cómo se estaba desarrollando el taller. Percibí la misma sensación en los participantes, ya que manifestaban un mayor contacto con ellos mismos en sus comentarios, y se seguían sintiendo en confianza y libertad. El clima del taller fue agradable y se vivía un ambiente de acogida. Ellos comenzaron a sentir que este espacio era para ellos y que podían manifestar sus interrogantes personales; por mi parte, me sentía motivado y contento de poder dar este taller, sobre todo porque sentía que este espacio les estaba ayudando en la decisión de consagrarse a Dios de manera más consciente y concreta.

3.1.3 Tercera y cuarta sesión

“Acercándome a los otros” y “Escuchándome y escuchando a los demás” fueron los temas de estas dos sesiones, que se hicieron una, ya que a los participantes les interesó tanto el tema, que se llevó el tiempo de dos sesiones. Los objetivos fueron permitir a las personas conocerse y, sobre todo, tener una primera idea de la personalidad de los demás; lograr una escucha activa y la aceptación de cada persona en el grupo, y aprender a comprender el punto de vista del otro. Al final se alcanzaron estos propósitos, pues los temas eran afines al conocimiento personal.

Al inicio de la sesión se les dio la bienvenida a los participantes y se les preguntó cómo estaban, cómo se habían sentido desde la última sesión hasta este día, cómo les había ido con el ejercicio que habían iniciado la sesión anterior, cuando respondieron respondían a las dieciséis preguntas, y cómo estaban después de compartir con sus compañeros. Esto se hizo para crear un clima de acogida y para darle continuidad a la confianza en el proceso que estaban experimentado en el taller; además, se buscó hacerlos conscientes de que iniciar con un conocimiento personal y de los demás beneficia a todos. Después de escuchar sus impresiones, se plantearon los propósitos de estas sesiones y se continuó el ejercicio de las dieciséis preguntas, porque había quedado inconcluso.

En esta sesión se observó la manera en que poco a poco los participantes del taller habían ido tomando conciencia de la importancia de conocerse para aceptarse. Estaban aprendiendo a darse cuenta de que el conocimiento personal es parte de las relaciones interpersonales, porque mientras más se conoce alguien como individuo, mas puede mejorar sus relaciones con él mismo y con los demás. Esto se vio reflejado en cada uno de los participantes a través de los cambios y las relaciones que iban creando con los demás miembros del grupo.

Unos de los obstáculos que seguí enfrentando fue el silencio. Los chicos hablaban poco, esto no era común porque en otros momentos ellos hablaban y se expresaban bastante, pero puedo entender que en este taller se sentían comprometidos y expuestos a sus compañeros, o también porque se encontraban interiorizando lo que estaban viviendo; al inicio esto me generaba algo de

incomodidad, pero comprendía que estaban siguiendo su proceso y que se tomaban su tiempo para hablar, pero no hacerlo era también parte del sentirse libres. A lo largo de estas sesiones me sentía tranquilo y con confianza en el proceso personal que estoy siguiendo junto con los participantes. Estaba aprendiendo a confiar en los propios procesos de las personas, porque cada uno camina a su propio ritmo y paso. Esto me daba tranquilidad y seguridad. Sentía que estaba siendo congruente con lo que me pasaba e incluso lo notaban ya los muchachos: mientras que en las primeras sesiones me sentí nervioso e inseguro, porque era mi primera experiencia como facilitador de un taller, en estas sesiones ya conseguí compartir mis sentimientos y ellos se mostraron comprensivos. Para mí fue un alivio poderlo expresar. Me sentí a gusto de poder compartir mi experiencia y acompañar a los participantes en sus procesos. Como facilitador, seguí desarrollando la escucha atenta, la empatía y la congruencia. Algunos de ellos me buscaban para hablar sobre asuntos que se les había movido la sesión. Pude darme cuenta de que me tenían confianza y de que sentían miedo de abrirse ante sus compañeros.

Estas dos sesiones se realizaron el mismo día, pues el ejercicio fue continuación de la segunda sesión. Valió la pena darle tiempo al ejercicio “quien soy yo” ya que dio muchos frutos para los participantes y para lograr el propósito de las sesiones. Resultaba muy claro y evidente que el taller, conforme se iba avanzando, iba tomando forma, porque a través de dinámicas, trabajos y ejercicios los participantes iban encontrándose consigo mismos. Por el momento el proyecto caminaba sobre ruedas y se estaban logrando los propósitos del taller. A continuación se presentarán algunos de los resultados de estas sesiones a través de las preguntas y respuestas generadoras que los mismos participantes se hacían al inicio y al final de cada sesión.

¿Quién soy yo?

- “Soy mis defectos y cualidades, lo que puedo llegar a ser y lo que puedo ser”.
- “Lo más importante para saber quién soy es ser sincero conmigo mismo”.
- “No frustrarme por los defectos que encuentro en mí”.

Al ver estas respuestas me doy cuenta que es importante el conocimiento persona, con esta pregunta que es muy simple se pueden cuestionar toda la vida y hacer que el ser humano salga de sí mismo. Esto hace que se busque una mayor relación con los otros.

¿Podré aceptarme incondicionalmente?

- “A medida que me conozco más y más, logro asimilar ciertos aspectos que lejos de hacerme caer en conformismo me sirven de plataforma para generar esta aceptación. No es un fin a alcanzar, es un camino (proceso) que hay que vivir, disfrutar. Al final de cuentas, habré podido ser feliz y lo otro ya se habrá dado”.

Esta aseveración deja ver que la inquietud del ser humano por conocerse siempre estará presente. Todos necesitamos ser aceptados, esto no se da de la noche a la mañana, sino es un proceso de toda la vida.

¿Cómo me enriquece la personalidad del otro (con sus defectos y virtudes) para mi conocimiento y crecimiento personal?

- “El otro me ayuda a fortalecer y a desarrollar capacidades que desconocía que poseía en mi persona”.
- “Me ayuda a ejercitar la paciencia y a descubrir que somos diferentes y podemos convivir sin algún problema”.

La persona es un ser en relación, no podemos vivir aislados, necesitamos de los otros para crecer y confrontarnos para desarrollarnos como seres humanos.

¿Qué es lo que soy?

- “Soy mis expresiones, mis emociones, mis pasiones, soy un conjunto de muchísimas cosas que ni yo mismo puedo conocerlas todas, sino solo Dios. Soy lo que soy y me gusta. Tener conciencia de ser, pues es un paso para el cambio, ser consciente es estar contigo mismo, es tratar de conocerte y después amarte y aceptarte”.

El conocimiento personal es básico para las relaciones interpersonales, entre más se conoce la persona y se tiene más conciencia de sí mismo, se mejoran y crecen las personas, se enfrentan los conflictos y se solucionan los problemas.

¿Soy mis emociones, problemas, sentimientos, miedos, triunfos y fracasos?

- “Muchas veces pienso que soy como me siento, reacciono, actúo o vivo mi día; sin embargo, creo que lo que soy, mi yo mismo, va mas allá de estas circunstancias a manera de actuar o reaccionar a ciertas circunstancias que la vida me da. Partiendo de esta pregunta me hago consciente de la tarea tan difícil, pero importante, de conocerme, de saber quién soy yo. Todo esto, triunfos, miedos, virtudes, fracasos, defectos, emociones, sentimientos físicos, y mucho más, hacen parte de mi ser y creo que la palabra clave para madurar y conocerme más es aceptación”.

La aceptación es fundamental para lograr mejores relaciones personales e integración de la persona. No es fácil la aceptación es un proceso que conlleva invertir tiempo, esfuerzo y apertura hacia las circunstancias de la vida.

¿Por qué hay miedo o timidez frente a alguien o un grupo desconocido?

- “Creo que el acercarse a otro desconocido o a un grupo de desconocidos da miedo o timidez por falta de confianza y seguridad en mí mismo. Si yo no me acepto tal cual soy, difícilmente voy a aceptar a los demás. Creo que en la medida que me voy conociendo y crece la seguridad y la confianza en mí, soy capaz de acercarme a los demás. Acercarme a otro

siempre es un reto, o pararme delante de un grupo desconocido, por miedo al ridículo, al rechazo, al equivocarme, al no ser aceptado”.

Me doy cuenta que salen las emociones que están presentes en los participantes a este taller, es parte del proceso que están llevando en esta etapa de formación y que manifiestan en este espacio que sienten que es propicio para hacerlo.

¿Qué es lo que más miedo me da del otro?

- “El rechazo, que no me acepte, que me haga menos, que me critique, que se burle o, por el contrario, que me sea invasivo en demasía; sin embargo, me gusta hacer nuevos amigos y no me siento acomplejado al acercarme a los otros, me siento muy seguro al entablar nuevas relaciones”.

En esta respuesta se refleja el sentir de lo que nosotros seres humanos padecemos el miedo al rechazo y que nos da inseguridad, pero cuando nos damos cuenta de esa vulnerabilidad se puede buscar el cambio.

¿En qué me ayuda la convivencia con el otro a mi propio conocimiento y crecimiento?

- “En que el otro me señala actitudes que desconozco, me hace consciente de mis límites y posibilidades. Me ayuda para gozar de su compañía, es alguien que me escucha. Me brinda la posibilidad de reconocer mis errores y defectos, así como potenciar aquello que me sale bien”.

Cuando el verdadero yo se encuentra con otro, cambia y se convierte en un ser diferente del yo, antes de la relación con el tu. Vive nuevos aspectos de sí mismo y se abre no solo ante el otro sino ante sí mismo.

¿De qué forma soy, en tanto que acepto que el otro sea?

- “En la medida que me acepto como soy, soy capaz de hacer parte de mí al otro tal como es. En el otro me descubro yo. Es quien hace capaz que me vea cual soy cuando me relaciono. Incluso mi relación con el otro será en la medida del

reconocimiento del yo y del otro. Si no hay otro, no puedo haber un yo, porque necesariamente soy en relación con el otro”.

En esta respuesta se comprueba como el ser humano está en constante relación y que las relaciones interpersonales son fundamentales para el desarrollo humano.

Estas son algunas respuestas que los participantes al taller dieron, se lee entre líneas que lo que intentan decir es consolidar la propia vocación el cual supone un paciente trabajo que abarca todas las dimensiones de la vida.

3.1.4 Quinta sesión

El tema de la sesión fue “Conociendo mis límites” y el propósito fue “Aprender a percibir una situación desde el punto de vista de otra persona. Iniciar un acercamiento a la otra persona empáticamente”. Esta sesión dio inicio con la dinámica de las lanchas, como estrategia para crear un poco de movimiento, dado que se había identificado en las sesiones anteriores que algunas personas casi siempre se quedaban en los mismos lugares; después se les preguntó cómo estaban y cómo se habían sentido desde la sesión pasada hasta este día. Esto dio pauta para seguir con el clima de confianza que se había venido manteniendo.

El grupo no era ya el mismo que cuando inició el taller. Habían ampliado sus conciencias, contaban con más herramientas para mejorar sus relaciones interpersonales y conocerse más como personas. Los seminaristas estaban aprendiendo a manejar los conflictos personales que tenían con ellos mismos y con los demás. Era claro que estaban profundizando en su conocimiento personal y las relaciones con los demás habían mejorado. Se notó un cambio cualitativo y cuantitativo.

Algunos seguían viniendo a hablar conmigo y otros más comenzaron a hacerlo. Uno de los obstáculos que enfrenté es que casi no hablaban de ellos, parecía que tenían miedo de exponerse ante sus compañeros, que sentían miedo del qué dirán. La interpretación que puedo hacer de esto, es que a medida que se iban conociendo, se sentían más en confianza de poder hablar conmigo y que no tenían la suficiente con el grupo. Esto me hizo entender la razón de los silencios. Comprendí esto porque no es fácil hablar de uno cuando no hay un conocimiento personal profundo.

Llevando a cabo esta experiencia de conocimiento personal, a mí también me llevó a conocerme más, a recibir muchos beneficios de los participantes de este taller. Uno de estos beneficios fue descubrir las capacidades que tengo como facilitador en el trabajo con los seminaristas. Esto puede sonar sencillo, pero no lo fue, porque yo representaba para ellos la autoridad y no podía dejar de ser su formador; este asunto me causó conflicto, porque me puse a pensar que podría ser

un obstáculo para que ellos compartieran libremente, sin sentirse observados o juzgados por su formador, y que esto les podría perjudicar en su proceso formativo. Pero todo esto sucedía en mis pensamientos, provocado por mis propios miedos. Me tranquilizó el hecho de que algunos de los seminaristas comenzaran a buscarme para pedirme que los acompañara en algunas cosas que habían descubierto a raíz del taller. Ello me permitió acompañar a los participantes en sus procesos.

Esta sesión fue muy interesante porque los participantes descubrieron que poner límites ayuda a tener relaciones humanas sanas. El tema generó un diálogo, a continuación se presenta como evidencia y resultado de la sesión:

¿Tú que piensas de las barreras son exageradas?

- “No, son justas, son necesarias, son viables para mantener una sana relación. Los límites se crean con respeto, con sinceridad, con generosidad, con caridad. Aquél que no respete mis límites me violenta, no me respeta, no es cercano a mí. Siempre debe haber una apertura más profunda con alguien (no con todos) para intimar y dejarse enriquecer por esa otra persona”.

¿Crees que poner límites ayuda al crecimiento?

- “Sin duda, siendo claro y asertivo al colocar los límites. Ser capaz de expresarme sin miedo al juicio, sino con el anhelo de ser maduro y crecer”.
- “No esperar a las últimas estancias para poner mis límites de forma violenta, por el contrario, propiciar un ambiente de libertad, diálogo y respeto”.
- “Saber que no somos una comunidad de ángeles, somos seres humanos con las circunstancias que esto implica”.

¿Cuáles son los límites apropiados para mantener una buena relación con los demás?

- “Es difícil dar una respuesta objetiva y definitiva, pues influye la cultura, sin embargo, creo que la asertividad, es decir, la capacidad para decir lo que me disgusta en el momento apropiado, es una herramienta valiosa para una sana

convivencia. Establecer el respeto y la comunicación como reglas para descubrir qué es lo que me gusta y disgusta”.

¿Es saludable o rentable poner límites en tu persona y ante los demás?

- “Más que saludable, trae consigo un sin número de ventajas tanto ponerte límites a ti mismo, como ponerles límites a los demás. Lo digo porque en la dinámica vivida me di cuenta que al poner límites la otra persona se encuentra como atada de manos, por tanto eso le permite también a ella darse cuenta de la barrera o le tiene que decir algo forzosamente este límite; es decir, le ayuda a poner de su parte y hacer un camino, ya sea con los demás o consigo mismo. Además, creo que es saludable porque eso te enseña a ser tú mismo y a que el otro te conozca, evita a la vez un montón de malos entendidos y hace más llevadera la convivencia”.

En toda relación personal se necesita poner límites. Poner límites no significa rechazar a la persona, sino que sirve para tener una sana convivencia consigo mismo y con los demás.

3.1.5 Sexta sesión

El tema de esta sesión fue “Mis máscaras” y sus propósitos se definieron como permitir un mayor conocimiento interrelacional, propiciar la apertura de las personas ante la realidad y explorar el rol de papeles que las personas suelen tener con sus semejantes. Se les dio la bienvenida a los participantes y se llevó a cabo la dinámica de la canasta revuelta a fin de generar un poco de movimiento. Se les preguntó en seguida cómo se sentían después de la quinta sesión, se expuso el tema y su propósito, y opinaron acerca del tema y la pregunta generadora. Después de esto, se realizó la dinámica de las máscaras.

En este taller se estuvieron aportando aprendizajes que les sirvieran a los participantes como herramientas para que se produjera el cambio en sus actitudes. Se hizo evidente que éstos seguían ampliando su nivel de conciencia, dado que había cuestionamientos que se hacían como personas, en búsqueda de una libertad total. De igual forma, poco a poco continuaban con el conocimiento personal y la aceptación de sí mismos, lo que les permitía relacionarse con ellos mismos y con los demás. En esta sesión vivieron la experiencia de poderse sentir ellos mismos, a pesar de las situaciones que habían vivido de su historia personal.

En esta sesión sucedió algo curioso. Al cierre, cuando se les preguntó a los muchachos cómo se sentían, cómo estaban y cómo se iban, se notó que un participante iba enojado y molesto. Comentó que él no terminaba como todos, que no se sentía a gusto; dijo incluso que no le habían dado ganas de participar en los ejercicios, que si lo había hecho, era porque no le había quedado de otra. Al parecer, se trataba de una situación que había tocado él en su interior. Como facilitador, me preocupé, porque creí que tenía que ver con el tema o con algo que yo había dicho o hecho.

Al inicio de esta situación me sentí desconcertado y aproveché la ocasión para trabajar con él. Le dije que el hecho de que sus compañeros terminaran así, no quería decir que todos tenían que terminar igual, que podía llegar a suceder y que no pasaba nada, lo importante era ser congruente con lo que estaba pasando y si queríamos decir algo, lo podíamos hacer con toda libertad. Vi que cambió su

postura física y lo noté más tranquilo. El taller me fue sirviendo mucho para mi crecimiento personal. Sentía que estaba aprendiendo a ser facilitador, que tenía la oportunidad de poner en práctica lo que había ido aprendiendo en la Maestría. Los participantes se sentían motivados por el proceso que estaban llevando a cabo en esta intervención y esto me hacía sentir que esta contribución que se les estaba brindando, al acompañarlos, tendría resultados positivos para la vida de ellos y para la mía.

Esta sesión fue una de las mejores, ya que los participantes pudieron contactar con ellos de una manera empática, porque cada uno manifestó que así como se sentía el otro, también se sentía él, y que le daba miedo hablar porque no sabía cómo iba a reaccionar el grupo; señalaron que se habían dado cuenta de algunas situaciones que supuestamente ya estaban resueltas en sus vidas y que ahora, al tocarlas nuevamente, tenían oportunidad de mejorar e incluso transformarlas, en busca de que se diera un cambio congruente y liberador en sus vidas. Cada vez resultaba más claro que en verdad se estaba llevando a cabo un proceso de conocimiento personal e interrelaciones auténticas. Hasta este punto, el taller les estaba sirviendo como herramienta y plataforma para mejorar sus relaciones personales y su crecimiento como personas en proceso de desarrollo. Los temas y las dinámicas habían sido el medio para poder lograrlo.

A continuación se presentan algunos comentarios de los participantes sobre las cuestionantes que se hicieron durante esta sesión; reflejan su sentir y vivencia de cómo piensan de ellos mismos y las realidades que los rodean en el contexto religioso en que se mueven. Estas reflexiones muestran como se puede acompañar, no solo en cada circunstancia dada, sino en muchas; pero la peculiar forma por la que Dios lleva a cada uno exige diferenciarla y personalizarla. Esto es parte del proceso de discernimiento vocacional de estos candidatos a la vida religiosa. El conocimiento personal es parte fundamental del proceso vocacional.

¿Son muchas las máscaras que utilizo para que el otro no me conozca?

- “Las máscaras no podemos evitarlas, son parte de lo que soy, de lo que tengo, de lo que vivo, la expresión en plenitud de mi ser sólo la conoce Dios. El problema para mí sería ponerme una máscara para tratar de engañarme a mí mismo, por miedo a expresarme o por cualquier otra razón. O también utilizar una misma máscara siempre, amargándome la existencia, sin vivir la diversidad del mundo”.

¿Cuál es mi máscara preferida y cuál oculta más?

- “La que me muestra fuerte, seguro, decidido, la que no llora, la que está segura y no mira atrás, pero esta misma se va posesionando como parte de mí mismo y se va adhiriendo a mi personalidad y la va cubriendo (ya no soy yo, es otro)”.

Hay un deseo de romper las máscaras, ¿pero qué queda si logro una aceptación incondicional, ya no necesito más máscaras?

- “Creo que la aceptación incondicional es fundamental, pues sólo así lograré mostrarme tal cual soy y sin miedo e inseguridades”.
- “Conocerme y aceptarme me ayudará a presentarme ante los demás tal cual soy y me permitiría ser una persona abierta, alegre, entusiasta. Una persona con la capacidad de controlar emociones e impulsos”.
- “Para mí, las máscaras nos llevan a correr el peligro de no aceptarnos y de nunca conocernos y caminar por la vida sin ser felices y auténticos”.

¿Qué aspectos de mi vida necesitan ser tratados? ¿Por qué?

- “Aquéllos que repercuten en mis relaciones personales y, en especial, aquéllos que me impiden actuar con transparencia y asertividad. Cuando me siento humillado, utilizado por los demás”.
- “Creo que es importante estar reconciliado y en paz con nuestro pasado, de manera que veamos cicatrizado aquello que fue una

herida, al grado de recordar sin dolor aquello que fue un obstáculo. Es interesante notar que las heridas que más duelen son aquéllas que provienen de quienes más queremos o fueron significativas para mí”.

¿En qué momentos de mi vida me escudo en máscaras para no mostrar verdaderamente como soy? ¿Me ha funcionado?

- “Por supuesto que me ha funcionado, por eso sigo haciéndolo. Considero que hay ocasiones en que son necesarias, pero otras tantas estorban”.
- “En lo personal, al sentirme vulnerable me escudo en ellas, al no sentirme seguro, y en momentos de ira y tristeza. Quisiera mostrarme más espontáneo, y así eliminar rigidez en mi persona, sentirme más alegre y libre, que determinado o predecible. Auténticamente necesito mostrar más flexibilidad, así quitaré algunas máscaras caracterizadas por ser rígidas, estructuradas, establecidas”.

Mi situación actual, ¿necesita la misma actitud de mi parte para salir adelante o necesita otra actitud?

- “No, necesita hacer un cambio de perspectiva; pasar del pesimismo al optimismo y desarrollar la capacidad de asimilación de lo bueno y canalización de lo malo”.

¿Quieres crecer como persona?

- “Sí quiero, pero no de la manera como lo estaba haciendo, como muy atrabancado, sino más pausadamente, con mayor conciencia y más determinación y constancia. Con más prudencia y mayor libertad. Con fuerza en tiempos de flaqueza, más ordenado, con humildad y alegría, contento conmigo mismo, y [con] coherencia”.

3.1.6 Séptima sesión

El tema en esta séptima sesión fue “Conociendo mis emociones” y su propósito se enunció como: Crear las condiciones para conocer las emociones y manejarlas constructivamente. Se comenzó el taller con una dinámica de movimiento, que se llama “El barco se hunde”. En seguida, se les preguntó a los participantes si sabían o tenían alguna noción de las emociones, a lo que respondieron que sí, era un tema que habían visto someramente. Después de la dinámica, se expuso el tema acerca de las emociones y se les pidió que se hicieran la pregunta generadora. Junto con el tema también se habló del propósito de esta sesión.

Se llevó a cabo la dinámica para generar movimiento, para que se despertaran y se cambiaran de lugar algunos participantes. El tema fue dirigido para que empezaran a conocer o a profundizar sus emociones, y que se hicieran conscientes de que era importante poner atención a cómo se sentían y cómo estaban viviendo sus emociones, así como a que ampliaran su conocimiento de diferenciar las emociones de los sentimientos. Los participantes de este taller dijeron que con este tema habían ampliado más su conocimiento de sus emociones, y eso les hacía tener más herramientas para saber canalizarlas; se sentían más seguros y con confianza de llamarlas por su nombre. Desde el inicio de las sesiones hasta ésta, se habían dado cambios paulatinos en sus actitudes e interrelaciones, y se habían asimilado aprendizajes. Uno de los aprendizajes más significativos que estaban adquiriendo fue la ampliación de conciencia y el conocimiento profundo de emociones.

Uno de los límites y obstáculos enfrentados fue el tiempo. Se alargaban mucho las sesiones porque mis intervenciones eran largas —hablaba mucho—, y esto quizá se debía a que quería llenar los silencios, que eran también largos y profundos. El darme cuenta me llevó a cambiar de actitud y tratar de controlar más los tiempos. A lo largo de estas sesiones me fui dando cuenta de que así como estaba poniendo en práctica algunas habilidades facilitadoras, me hacían falta otras, como ser concreto y saber confrontar. Quiero aprender más y ponerlo en práctica para ser un facilitador efectivo y congruente con los procesos humanos. También

creo que el trabajo interno les generaba ansiedad y, por eso, se prolongaban más los silencios. En los procesos de la persona el tema de las emociones debe ser tratado, pues éstas son una parte esencial de todo ser humano. Es importante conocerlas e identificarlas para darles una mejor canalización. Todo esto se vuelve necesario para atender de manera adecuada los diferentes momentos que se experimentan en la vida, a fin de responder congruentemente. A los participantes les sirvió porque estaban ampliando su conocimiento de las emociones. Se dieron cuenta de que había que atenderlas y que, al hacerlo, las podían manejar de mejor forma.

La sesión estuvo motivada por la participación de los jóvenes y por el entusiasmo que transmitieron a través de sus intervenciones. A continuación se presenta el diálogo a través de una pregunta generadora y que los participantes respondieron activamente.

¿Cómo reconoces tus emociones?

- “Un camino puede ser el de volver atrás en mi historia y buscar momentos en que viví situaciones análogas (o emociones análogas) a las que estoy viviendo”.
- “Hasta este momento creo que puedo conocer mis emociones auténticamente. Sin embargo, la que me cuesta más es la ira, considero innecesario el conflicto que puedo generar, y por ello callo y guardo; no obstante, al pasar del tiempo termino por explotar y hacer o crear más conflicto que el posible inicial”.
- “Considero poner atención a esta emoción en mí para encontrarle una sana expresión, creo de aquí poder sacar la fuerza o el impulso para emprender nuevos proyectos”.
- “Claro que me doy cuenta de la importancia que tiene conocer y canalizar las emociones. Es de gran herramienta poder controlarlas y en cierto sentido, superarlas. Me doy cuenta de que nos beneficia en mucho, tanto personalmente como socialmente, somos seres de emociones y canalizarlas nos ayuda a ser plenos, ya sea positivas o negativas, el canalizarlas será una muy buena y postura ideal”.

- “En primer lugar, con mi propio cuerpo, que se mueve según la sensación y que de manera se concretiza en alguna parte (alegría = manos) tristeza (pecho), etcétera. Pero luego con algunos pensamientos y esto me lleva a tener cierto comportamiento ante los otros, sobre todo cuando no las controlo”.
- “A veces muy poco, y a veces mucho. En ocasiones creo que no deseo darme cuenta de lo que estoy sintiendo porque quizá no sepa qué hacer con ello. Ahora creo que estoy un poco más preparado por enfrentar la encrucijada situación de la identificación de las emociones”.
- “Sí, como seres humanos nunca perdemos esa capacidad, nunca debemos negárnosla, sientes y ya, no hay más. Yo me permito siempre sentir emociones, lo que me falta es trabajar en mi reacción, en mi respuesta”.
- “Con manera propositiva, sin estancarme en el miedo, la tristeza, la ira, sino salir a flote, y dejarlas correr, para que mi corazón se halle libre y no cargar por mucho tiempo cierta emoción. El tema de las emociones me dejó reflexivo, pues creo que hay mucho que trabajar en mi vida. Creo que aún me falta conocerme más y debo darme el permiso de experimentar las emociones y no verlas como buenas o malas”.

3.1.7 Octava sesión

El tema de esta sesión fue: “Manejo constructivo de las emociones”, y su propósito, crear un clima adecuado para el manejo constructivo de las emociones, canalizarlas y hacer uso apropiado de éstas para crear interrelaciones saludables y liberadoras.

Se dio inicio a la sesión con una dinámica de movimiento, tras lo cual se expuso el propósito y el tema a tratar. Se les preguntó a los participantes su opinión acerca del tema, y ellos participaron y dieron a conocer sus ideas al respecto.

La propuesta del tema tratado es continuación de la anterior, sólo que en esta ocasión se hizo más énfasis en cómo manejar las emociones, con el objetivo de continuar el recorrido de este taller. Se continuó siempre con el clima de confianza, apertura y trabajo personal y grupal. Con este tema los participantes ampliaron su conciencia acerca de las emociones. Comenzaron a aprender cómo manejarlas de manera adecuada, a darles un uso constructivo que los llevara a una mejor convivencia. Como grupo se había ido fortaleciendo la aceptación, porque ya conocían mejor sus emociones como individuos y esto en sus relaciones interpersonales los hacía más auténticos y les permitía enfrentar aquellas situaciones que, aunque dolorosas, podían ser de beneficio para su desarrollo personal.

Un límite u obstáculo que se presentó en esta sesión fue el poco tiempo que se tuvo para ampliar más este tema. Como ya se había comentado en la sesión anterior, se buscaba cuidar el tiempo, iniciar y terminar puntualmente. Sin embargo, a pesar de esto, se logró el propósito acordado al inicio.

En lo personal, me sentía tranquilo y a gusto impartiendo este taller. Me mantenía aprendiendo de los participantes, cada vez era más congruente con mis sentimientos. Me sentía en la libertad de decirles cómo me sentía y cómo estaba con esta experiencia que estaba llevando a cabo. Sentía que estaba creciendo como persona. Percibía que los participantes se sentían a gusto y motivados por el proceso que estaban siguiendo haciendo en esta intervención, y eso me hacía sentir bien, porque me podía dar cuenta de que estaba colaborando al crecimiento de estos jóvenes, futuros religiosos.

Los participantes poco a poco se iban interesando más por su crecimiento personal y grupal. Este taller parecía que les sería útil como herramienta de relación con las futuras comunidades a las que serían destinados.

Este tema fue la columna vertebral de este taller, porque vino a tocar una parte fundamental de la persona en cuanto la vivencia personal de las emociones. Se pudo notar que algunos hicieron comentarios como éste: “Si se conocen mejor las emociones, se puede mejorar las relaciones interpersonales y se puede dar una mejor convivencia entre las personas y los grupos, por eso es necesario que toda persona aprenda a manejar sus emociones”. Esto era claro no solo para los jóvenes participantes del taller, sino también para mí, como facilitador, porque estaba aprendiendo a relacionarme mejor con ellos. Conseguí ser cada vez más congruente con lo que sentía y lo podía manifestar asertivamente cuando era necesario.

En seguida se exponen las respuestas a las preguntas generadoras, que reflejan lo afirmado anteriormente:

- “Escuchando este tema, brotan en mí una serie de emociones que distorsionan mi lectura de la realidad y me llevan a no ser asertivo y hasta ser opresor de mí mismo”.
- “Hoy en esta sesión, primero que nada, me doy cuenta de que hay que vivirlas (las emociones). Controlarlas nos ayuda a ayudarnos en primer lugar, y en segundo lugar, ayudar a otros. Cuando yo vivo y controlo mis emociones ya en una etapa racional, eso me permite controlarlas, darme cuenta de, y trabajarla. Porque esto me acompaña a lo largo de toda mi vida, manejarlas me ayudará tanto mental, física y fisiológicamente, y tener una vida más plena”.
- “Con la sesión de hoy del manejo de las emociones comprendí que “Permite construir relaciones efectivas, mantiene un estado de ecuanimidad y estabilidad. Es importante saberlas vivir íntegramente y vivirlas con intensidad. Un elemento que me ayudaría a mi persona es descubrir el origen (en especial, las emociones negativas) para saber relativizar esa experiencia que me desagrada. También

permitirme sentir aquellas emociones que me brindan bienestar y analizar cómo las puedo seguir desarrollando”.

- “El tema propuesto de hoy me lleva a aceptarlas (las emociones), vivirlas, disfrutarlas, asimilarlas, resignificarlas, no reprimirlas, no negarlas y tratar de sacar algo positivo hasta de los momentos difíciles, y yo mismo no boicotearme mi existencia, sino hacerme los momentos de la vida como buenos momentos. Ver mi pasado, los buenos momentos, proyectarme en el futuro como alguien feliz y en el presente, realizado. Que sean una motivación para emprender cosas”.
- “El tema me ha hecho reflexionar a que muchas veces he estado reaccionando instintivamente, pero poco a poco, por mi propia formación, he ido aprendiendo a canalizarlas, dándome espacio para preguntarme el porqué de ello. Ahora puedo decir que tiendo más a relativizarlas y a vivirlas tal cual son momentáneas. Sin embargo, habrá algunas que me cuesta más asimilarlas, y que además forman parte de mi historia”.
- “Hoy me di cuenta que antes reaccionaba al instante y sin pensar, no medía consecuencia alguna. Ahora lo siento, lo vivo y no reacciono yo solo, en un momento donde no afecte al otro. Me doy cuenta de que expresarlo, decirlo, compartirlo, me ayuda mucho”.
- “Aprendí que para mí, controlar mis emociones es un poco complicado y por más que busco la forma de que éstas no dominen mis reacciones a la hora de relacionarme, muchas veces son ellas las que mueven mi actuar y mi forma de expresar. La más complicada es la ira, ya que ésta me controla muchas veces y termina pasando a ser un sentimiento que me fatiga y me cansa”.
- “Hoy soy consciente que creo me permito vivirlas, sin embargo, en ocasiones no las expreso de la mejor manera. He descubierto mi capacidad, aunque a veces puede llegar a jugar un papel de verdugo, de racionalizar mis emociones, lo que me permite quizá disminuir intensidad y responder prudente y correctamente; aunque tengo que

admitir que en ocasiones me impide actuar oportunamente y me reprimo".

3.1.8 Novena sesión

El tema de esta sesión fue “Decidir con responsabilidad” y se buscó, como propósito, que los seminaristas ampliaran sus conciencias, de manera que fueran capaces de tomar decisiones libres y responsables para su realización como personas consagradas a Dios. Comenzó esta sesión con la bienvenida a los participantes. Se les preguntó cómo se habían sentido desde la última sesión. El tema a tratar en esta ocasión tocaba en especial a estos jóvenes, que querían decidir con responsabilidad su consagración religiosa. Se expuso el propósito y se buscó hacer énfasis en el proyecto de vida de estos futuros religiosos, para que los participantes fueran conscientes de la decisión que ellos mismos estaban tomando, de manera que lo hicieran con responsabilidad y firmeza. También se trabajó para que los jóvenes se dieran cuenta de las capacidades que poseen para llevar adelante un proyecto de vida de manera responsable.

Se les invitó a que hablaran de su experiencia personal. Algunos tenían dos años y otros cuatro de estar en este proceso vocacional. Contaban con cierta experiencia en lo que respecta al tema de tomar decisiones con responsabilidad. Todo esto resultó útil como base para introducir el trabajo de la sesión. Se llevó a cabo esto para que los jóvenes pudieran darse cuenta de que eran capaces de tomar decisiones con responsabilidad y que también esto es parte del conocimiento y desarrollo de la persona. Además, se buscó que conocieran las capacidades que ya poseían como personas en crecimiento y que supieran que toda decisión, sea positiva o negativa, genera consecuencias en la vida.

Tan sólo con exponer el tema se pudo notar un cambio de actitud físico. Los participantes estaban aprendiendo a poner en práctica su responsabilidad sobre ellos mismos, lo que implicaba que ya tenían conocimiento del tema y ahora, al tratar la decisión con responsabilidad, podían reafirmar algunos aspectos que no eran muy firmes en su vivencia personal. Manifestaron que este tema les hacía comprender mejor la responsabilidad que tenían de su crecimiento personal. El obstáculo que enfrenté en esta sesión, como facilitador, fue que sentía miedo de no ser coherente conmigo mismo. Pensé en qué podrían opinar los seminaristas si

decía esto o aquello, pero decidí correr el riesgo y pude lograrlo, de manera que funcionaron mejor las cosas. Esto me sirvió para darme cuenta de que tengo que enfrentar mis límites y usarlos como recursos.

Otro límite fue la autoridad que represento, pero conforme pasó el tiempo me di cuenta de que no era así. A pesar de que para ellos seguía siendo su formador, se creó un clima de confianza y apertura. Este taller lo viví con tranquilidad, sintiéndome identificado con el proceso que los participantes estaban viviendo. También yo viví, en su momento, la etapa que ellos estaban pasando. Es diferente ver las cosas del otro lado del río. Todo esto representó una oportunidad que me sirvió para crecer como persona. Fue una experiencia gratificante porque fui aprendiendo mucho a partir de la experiencia de los demás; se convirtió en casi una recompensa del esfuerzo, la entrega y la disponibilidad con la que había preparado las sesiones y el plan que me había propuesto para que se dieran las condiciones necesarias para crear un clima de confianza y apertura. Me encontraba experimentando un sentimiento de agradecimiento hacia cada uno de los participantes, porque me habían enseñado con su proceso a darme cuenta de que es posible seguir desarrollando habilidades para facilitar grupos.

Las habilidades que seguí desarrollando a través de este trabajo fueron la escucha atenta, la aceptación incondicional y la congruencia. Considero que me faltó acompañar más de cerca a las personas, tratar de ser respetuoso con cada una, sin ser invasivo, y también ser más concreto y confrontar. Asimismo, me di cuenta de que al ponerme en camino de crecimiento personal junto con los participantes fue una manera de involucrarme y crear un clima de aceptación y congruencia.

Este taller les resultó útil a los participantes para su conocimiento personal y grupal. Según testimonio de algunos jóvenes participantes, se estaban mejorando las relaciones interpersonales y se conocían mejor como personas. Se notaban algunos cambios, como la apertura, la sinceridad, el conocimiento de la historia del otro para comprenderlo mejor, la aceptación y la comprensión. Hasta este punto, habían mejorado las relaciones entre los participantes, porque se atrevían a hablar de sus emociones y a expresarlas responsablemente.

A continuación se presenta algunas reflexiones que hicieron los participantes de la sesión. Tocando el tema de decidir con responsabilidad, manifestaron lo siguiente.

- “Siendo sincero, no le doy la importancia que a veces creo que le tendría que dar, creo que yo, como parte del mundo, me he acostumbrado a vivir este proceso diario en el ser humano como algo que se da por sí solo, sin ponerle mucha importancia. Sin embargo, estoy consciente de este proceso fundamental en la vida de todo ser humano, si no, no sería ser humano. El “yo” como parte de un conjunto parte de una comunidad, estoy invitado a valorarme, a mostrarme, a dar a conocer mi verdad. Yo tengo mi verdad, tú la tienes, nosotros tenemos la verdad, mi verdad, que ayuda a comprender la verdad de la realidad”.
- “Creo que el camino empieza en un reconocimiento de la imperfección personal para aceptar entonces la imperfección comunitaria. Esta imperfección no es temporal, sino que es parte de mí, me constituye y entonces constituye a la comunidad”.
- “Para mí este tema me ayudó a reflexionar y a darme cuenta de que yo soy el propio responsable de mi vida y de mis actos. En verdad muchas o algunas circunstancias influyen en mi estado, pero aprendí que debo asumir completamente la responsabilidad de lo que soy y hago. Creo que asumiendo esta responsabilidad lograré a medida que pasa el tiempo encontrar mi felicidad y no estresarme por todo lo que pasa en la vida”.
- “Ésta es una situación que se complementa, que crece y decrece recíprocamente, es decir, si soy responsable de mí, seré responsable de los demás, y en la medida en que soy responsable de los demás y con los demás, mi comunidad, soy responsable de mí”.

- “Para mi ser responsable significa escuchar, compartir, acceder, aceptar, cooperar, discutir, asimilar, entender, desentender, actuar... pero nunca ser indiferente”.

3.1.9 Decima sesión

El tema de esta sesión fue “Sentido de vida” y su propósito, que los participantes pudieran adquirir una conciencia más clara, amplia y madura para encontrar sentido a su proyecto de vida, de manera que esto los lleve a la realización de sí mismos. Se dio comienzo a la sesión explorando cómo se sentían y cómo habían estado en la última sesión del taller. Se recordó el tema del taller, el propósito general y los propósitos específicos, se hizo un resumen del recorrido del taller y los alcances que había tenido. Se les entregó a los participantes un cuestionario acerca de la responsabilidad y la dinámica de los cuadrados comparativos, con objeto de que éstos se sintieran en confianza y en un ambiente de aceptación.

Recordar el tema del taller sirvió para ver el camino que se había recorrido a lo largo de diez sesiones; retomar el propósito, para ganar claridad sobre lo que se había alcanzado. Además, se buscó que los jóvenes ampliaran su conciencia acerca de la responsabilidad que tienen delante, en la opción que quieren aceptar en sus vidas, y que se apoyen los unos a los otros como compañeros de camino.

Desde que comenzó el taller se empezó a ampliar la conciencia de los participantes, porque iniciaron con un conocimiento personal más profundo de ellos mismos y eso los llevó a acercarse a los otros. Fueron aprendiendo a expresar sus sentimientos, a tener seguridad en sí mismos, a tener confianza en sus procesos y a darse validez como personas. Uno de los obstáculos enfrentados durante el proceso fue que para los seminaristas yo represento la autoridad, lo que para mí significó, además de un límite, un reto, porque para ellos era el formador y no el facilitador. Sentía que eso podría ser una barrera que impediría que ellos se sintieran en confianza y que eso generara resistencia para abrirse. Sin embargo, al final esos límites fueron enfrentados y se lograron los propósitos del taller.

En este taller me di cuenta de que debía conocerme más. Hubo situaciones que los participantes hablaron y que a mí me hicieron ruido. Fortifiqué mi vocación, me di cuenta de que queriendo enseñarles yo a ellos, he aprendido más de ellos a ser congruente, empático y a poner en práctica la aceptación incondicional. También me di cuenta de que he tenido algunos cambios, por ejemplo, antes del taller, yo

sentía enojo por la actitud de un seminarista. A través del taller descubrí que este joven tenía algo que me reflejaba y que yo no aceptaba. Cuando me di cuenta, empecé a aceptarme y también acepté a este joven, cambiaron las cosas y me sentí más tranquilo y sereno en la relación con esta persona. Todos estos cambios los he notado porque he cambiado de conducta. También he aprendido que tengo que ser más concreto en mí hablar, pues considero que hablé mucho y escucho poco.

Al concluir esta última sesión, me sentí satisfecho y contento por el trabajo realizado. Al inicio me sentía inseguro y nervioso, incluso me lo dijeron, y en el transcurso de las sesiones fui ganando seguridad y tranquilidad. Me ayudaron mucho las supervisiones que me hicieron el profesor y las retroalimentaciones de los compañeros, porque eso me hizo sentir confianza en mí mismo y en los participantes del taller. Fue una experiencia que nos ayudó a todos, tanto a los participantes como a mí, como facilitador. Asimismo, este taller sirvió para brindar herramientas y ayuda a los participantes —y a mí—, porque permitió que nos acercáramos a conocernos mejor y comprender al otro como persona que es. Al término del taller, ellos se quedaron agradecidos y contentos de haber experimentado este taller como una ayuda a sus procesos.

Se presentan a continuación las reflexiones que salieron de los participantes al tocar el tema del sentido de vida. Este tema va muy ligado a la vida religiosa. Una consagración implica una decisión y elección que se plantean desde el sentido de vida para cada persona que emprende un camino que involucra a toda la persona y la invita hacer una opción fundamental. Esto se hizo a través de una pregunta generadora.

¿Qué significa para mí el sentido de la vida?

- “Sin duda, el puerto seguro al que deseo llegar. La satisfacción que siento al saberme querido y pleno con las opciones que he tomado. El crecimiento que he logrado y la confianza que me da el sentirme seguro. El sentido de mi vida es ser feliz, luchar por alcanzarlo y disfrutar cada momento que constituye poco a poco esta felicidad”.
- “Significa quiero vivir el Evangelio en un contexto comunitario y abierto a la relación con los demás. Porque quiero ser libre para amar y espero

poder vivir esta experiencia de amor en la consagración como religioso”.

- “Esta pregunta tiene sentido en cuanto yo le doy sentido, porque la vida religiosa (la comunidad) está formada por individuos que le ponen sentido y éste se da en la medida que cada uno es responsable desde lo que le toca, en función de una responsabilidad mayor, pero si además se pone un plus, los resultados serán mejores”.
- “Para mí significa ser feliz, edificarme como persona, aprender más sobre los demás, llenarme de distintas experiencias, conocer diferentes tipos de personas, servir al prójimo, continuar relacionándome con Dios, motivar a otros, vivir la aventura, intensificar mi vida y mucho más”.
- “El sentido de vida consiste en tomar la responsabilidad que nos lleva a tener y a ocupar nuestro lugar en el mundo. Es estar conscientes de que nuestro obrar es fundamental en mi vida y en la vida de los demás. Es hacerme responsable no sólo de lo que me toca, sino del plus que me lleva a sentir y obrar bien, en bien propio y en bien del que me rodea”.
- “Muy simple, si tomo sentido a la vida podré hacerme responsable de la misma, tener sentido a lo que hago, a lo que vivo día a día me ayudará a hacerme responsable de disfrutar cada momento y al hacerme responsable de cada momento, podré disfrutar y vivir la vida con plenitud. Sentido de la vida y responsabilidad creo que siempre van unidas y eso me permitirá tener una vida de calidad. Al encontrarle sentido a mi vida también me hago responsable de otro y lo ayudaré a que encuentre su sentido”.
- “Aquello que me impulsa, que me mueve, lo que me empuja a actuar, pero que a la vez se presenta o manifiesta como fin, como meta, como logro; mi sentido forma parte de un común de sentidos que juntos hacen un sentido más grande, superior”.

IV. ESTRUCTURA METODOLÓGICA

Terminado el taller se hizo una recopilación de la información obtenida por los diversos recursos. Se revisó el material que se tenía y se reconoció aquél que pudiera resultar útil para identificar los cambios que se habían presentado en los participantes del grupo, así como para clarificar lo que sí se había hecho y lo que se había omitido durante la intervención. En este procedimiento se siguió el método fenomenológico.

La fenomenología es un método de conocimiento que explora la consciencia y su relación con el objeto, pero no se trata de un conocimiento exacto, objetivo y neutro; sino más bien cuestiona el método experimental como único camino válido para investigar al ser humano. Lo que vale para la fenomenología es la experiencia de lo vivido. El fenómeno es aquello que se manifiesta a la conciencia, lo que se muestra y lo que acontece. El objeto del conocimiento para la fenomenología no es ni el sujeto ni el mundo, sino el mundo vivido por el sujeto (Martínez, 1998).

En los apartados siguientes se dará cuenta de la forma en que se organizaron los datos, en busca de captar los cambios manifestados por las personas participantes en el taller. Más adelante se llevará a cabo la descripción de la estrategia de codificación de los datos, en el entendido de que ésta facilita la presentación y el procesamiento de la información. Después, se plantearán las preguntas inspiradas de manera directa en la experiencia de intervención, con especial atención a los criterios de relevancia y pertinencia para los fines propuestos en el taller. Por último, se explicará la forma de estructuración y sistematización de los datos obtenidos. Organizar esto no fue fácil, se tuvo que elegir un método que ayudara a dar un orden al material obtenido, por ello los pasos sugeridos por Martínez (1998) resultaron de gran ayuda.

4.1 Organización de la información

Como ya se comentó antes, para organizar la información y dar una estructura lógica al trabajo se seleccionó el método fenomenológico. Este método orientó la recolección de los datos sobre los cuales se hizo la descripción que más adelante se presentará (Martínez, 1998: 173).

De los nueve sujetos que participaron en este trabajo, se escogieron dos para su análisis. Según la intencionalidad de la intervención y las características del proceso, estas personas resultaron ser las más significativas dentro del análisis de la intervención. Cada uno de ellos fue denominado con un seudónimo, a fin de respetar su identidad. Ellos son: Ciprés (s1) y Pino (s2).

Las evidencias disponibles en esta intervención se obtuvieron de las bitácoras, audiograbaciones, transcripciones de las audiograbaciones, productos de los participantes y fotografías. Todas estas evidencias fueron codificadas anticipadamente, con el propósito de hacer un análisis objetivo del trabajo. A continuación se presenta una tabla en donde se da a conocer la codificación de las evidencias.

Sesión	Bitácoras	Audiograbaciones transcritas completas		Audiograbaciones	Actividades individuales	Fotos
s1	B1		AG1		F1	
s2	B2		AG2		F2	
s3	B3		AG3		F3	
s4	B4		AG4		F4	
s5	B5		AG5		F5	
s6	B6		AG6	AI6	F6	

S7	B7	AGTC7	AG7		F7
S8	B8		AG8	AI8	F8
S9	B9		AG9		F9
S10	B10	AGTC10	AG10	AI10	F10

Como se puede apreciar en el cuadro anterior, cada una de las columnas tiene un código; éste indica las diferentes fuentes de donde se está tomando la información de la intervención. En cada fila están colocados códigos que facilitan su identificación. A cada código se le ha asignado un número, dependiendo del orden de la información que se quiere obtener. Así pues, por ejemplo, el código (S1, B1, AGTC 7, AG1, AI1 , F1) se refiere a la sesión 1, de la bitácora 1, audiograbación transcrita completa 7, audiograbación 1, actividades individuales 1, foto 1, que contiene toda la información.

Esta información se clasificó con el objetivo de lograr óptimos resultados de la intervención. El proceso se realizó como se indica en el método fenomenológico: “Lógicamente, una descripción con estas características exige mucha atención y cuidado, y bastante trabajo: no es tarea que se puede realizar con decisiones del tipo más o menos; por ello, las investigaciones de esta naturaleza deben centrarse en un número reducido de casos” (Martínez, 1998: 175). De esta manera, se llevó a cabo el análisis y la sistematización de la información, lo que permitió llegar a las unidades temáticas.

Para el análisis se plantearon algunas preguntas que sirvieron de guía en la búsqueda de las evidencias. Las preguntas de análisis fueron las siguientes:

- ¿Cuáles fueron los cambios en el autoconocimiento, la identificación de emociones y en las interrelaciones de los participantes?
- ¿Qué habilidades puse en práctica para propiciar los cambios en el autoconocimiento, identificación de emociones e interrelaciones

personales de los participantes, y cuál fue mi contribución como facilitador?

Estas preguntas surgieron del proceso realizado anteriormente, consistente en identificar las unidades temáticas que permitieron obtener los temas que se trabajaron durante toda la intervención. Es importante mencionar que estas preguntas son la guía para orientarse en el cambio de información que los participantes pudieron expresar.

4.2 Inmersión en los datos y preguntas de análisis

El siguiente paso metodológico consiste en buscar evidencias para responder a las preguntas de análisis, pues éstas ayudaron a profundizar en la manera en que estos cambios habían sido experimentados, vividos y percibidos por los participantes en el taller. Para llegar a esto, se tuvo que pasar por varias etapas previas, que implicaron la elaboración de las unidades temáticas, en las que se registra la información de cada una de las personas seleccionadas, a fin de analizar los cambios en sus sentimientos, emociones en relación con ellos mismos y con los demás.

4.3 Proceso de estructuración de los datos

Según el método seguido, sugerido por Martínez (1998), corresponde en esta parte de la investigación presentar cuáles serían las estrategias de análisis que se había decidido emplear en función del objeto de indagación. Además, se describen las formas de estructurar y sistematizar los datos recabados. De esta manera, según el autor citado, será factible responder con la mayor claridad, orden y rigor posibles a las preguntas que se plantearon al respecto, de manera tal que se pueda hacer una valoración crítica de la medida en que fueron alcanzados los objetivos previstos en la intervención.

En el método fenomenológico elegido se soslaya cualquier presupuesto teórico y preconcepción que sesgue la percepción de la información, para tratar de dar cuenta de su estructura objetiva, en el sentido de ser una estructura experiencial, vivencial.

En esencia, la observación fenomenológica, en sus diferentes formas, consiste en observar y registrar la realidad con una profunda concentración y una “ingenuidad disciplinada”. Abrir bien los ojos y mantenerlos bien abiertos, mirar y escuchar con toda atención y poner todos los sentidos en el asunto (Martínez, 1998: 174).

Como se menciona, durante el proceso para reunir los datos se tienen que abrir bien los ojos y atender —poner todos los sentidos en acción—, con el propósito de captar aquello que podría resultar útil en la observación fenomenológica. Por otro lado, es necesario considerar que los datos deben ser tratados con mucho cuidado, ya que se está trabajando con personas que están involucradas en este proceso. Como lo dice Martínez: “El método fenomenológico se centra en el estudio de esas realidades vivenciales que son poco comunicables, pero que son determinantes para la comprensión de la vida psíquica de cada persona” (1998: 169).

Al llegar a este punto, todo parece indicar que se cumplieron las expectativas planteadas al inicio, al realizar esta intervención. El seguir un método de investigación fue de gran ayuda, ya que sirvió de guía para que la información pudiera manifestar los cambios de los participantes, lo que al fin de cuenta constituyó el propósito del taller.

V. ALCANCES DE LA INTERVENCIÓN

En el presente capítulo se buscará dar respuesta a las preguntas de análisis planteadas anteriormente. Para esto, este trabajo se divide en diferentes apartados: el proceso y los avances de los dos participantes, la problemática y el cambio en el autoconocimiento, la identificación de las necesidades y las interrelaciones. A fin de conseguirlo, se siguieron, como una guía, las siguientes preguntas de análisis: ¿cuáles fueron los cambios en el autoconocimiento, en la identificación de emociones y en las relaciones personales de los participantes? y ¿qué habilidades se pusieron en práctica para propiciar los cambios en el autoconocimiento, identificación de emociones y relaciones personales de los participantes?, y ¿fue la contribución como facilitador?

Para esto, se eligieron a dos de los participantes que en la intervención vivieron con mayor intensidad y mostraron cambios significativos a lo largo del grupo de encuentro. Ellos son Ciprés y Pino.

5.1 Avances de los participantes

Se presenta a continuación el proceso de dos de los participantes al taller con la intención de narrar lo que cada uno manifestó en torno a su autoconocimiento, sus sentimientos y emociones. A través de esta presentación se puede observar cómo sus cambios fueron significativos y evidentes a la luz de los cambios manifestados.

Al inicio de cada caso se presenta una breve descripción de éste, a fin de contar con un panorama general de estas personas; así se puede entender mejor el proceso que experimentó cada uno de los participantes, como producto de su propio desarrollo. Después, se expone una narración del proceso de cambio que se evidenció en los novicios.

5.1.1 Proceso y avance de Ciprés

Ciprés era un joven de 26 años de edad, mexicano, soltero, seminarista. Sus papás eran emigrados, vivían en Estados Unidos. Tiene dos hermanos —uno más grande que él y otro más chico—. Ciprés estuvo por un tiempo en Estados Unidos, viviendo con sus papás y sus hermanos.

Antes de entrar a la Congregación, estuvo en el seminario diocesano en Zacatecas, porque de allí era originaria su familia. Mientras estaba en el seminario se enfermó y su papá se lo llevó para Estados Unidos, esto causó que Ciprés viera truncado su sueño de seguir en el seminario y llegar a ser sacerdote. Estando en Estados Unidos se puso a estudiar y a trabajar, y llevó una vida normal, como cualquier joven de su edad.

En 2006 conoció en Los Ángeles, California, la Congregación y fue invitado a entrar en el seminario de esa ciudad. Ciprés aceptó la invitación y continuó con su proceso vocacional. En julio de 2007 fue enviado a la Ciudad de México, para que continuara con sus estudios filosóficos. En 2010 fue enviado a la ciudad de Guatemala, para hacer una experiencia de un año, a fin de que pudiera tomar distancia de algunas situaciones que estaba viviendo en el seminario y que le estaban afectando. En 2011 regresó y retomó sus estudios, que finalizó en junio de ese mismo año.

En julio de 2011 fue enviado a Tijuana a continuar con su itinerario formativo, y en noviembre fue trasladado a Guadalajara, para que cursara la etapa del noviciado. Fue en esta etapa en donde tuvo la oportunidad de participar en el taller.

Problemática

Ciprés llegó al taller con toda una carga biográfica que se agudizó desde que su papá se lo llevó a Estados Unidos. A través de esa experiencia, él empezó a vivir una situación difícil en la relación familiar, en especial con su papá. Según Ciprés, la relación con su papá no era fácil. Parece que desde pequeño había vivido situaciones de imposición y sometimiento. Se notaba que Ciprés tenía mucho enojo,

vivía una tristeza profunda, algunas veces se notaba introvertido, sus compañeros casi no se juntaban con él, explotaba por cualquier cosa y se veía muy solitario. Sus relaciones interpersonales no eran satisfactorias, casi no dormía, se notaba cansado y algunas veces hasta deprimido.

Proceso de cambio en lo que respecta al autoconocimiento de sí mismo

Este joven novicio inició su proceso de cambio en lo que concierne a su autoconocimiento. A pesar de su problemática, se pudo ver desde el inicio que Ciprés tenía el deseo de salir de esa situación.

El primer día del taller, Ciprés habló muy poco e incluso se veía que estaba incómodo. No obstante, en algún momento de la sesión comentó: “Sin embargo, creo que a causa de no aceptarme y de no comprender muchas de mis reacciones o formas de expresarme, no he logrado un auténtico conocimiento de mi persona” (Ciprés s1, B1, R212 05/09/12).

Como ya se señaló, en Ciprés existía el deseo de conocerse, parecía que se sentía culpable de cómo reaccionaba ante las situaciones de incompreensión, que desembocaban, muchas veces, en la no aceptación. En el diálogo que se mantuvo con él, expresó que su padre había sido muy duro, y él siempre le había dicho a todo que sí, aunque no estuviera de acuerdo con lo que estaba haciendo.

Un hecho significativo fue cuando su papá se lo llevó a Estados Unidos, aunque él no quería irse, porque estaba estudiando en el seminario. Ciprés estaba viviendo un momento de angustia y vulnerabilidad, como lo explica Rogers: “la primera persona, a la que denominaremos cliente, se encuentre en un estado de incongruencia, de vulnerabilidad o de angustia” (Rogers, 1985: 49). Fue notorio que desde la primera sesión Ciprés empezó a elaborar su autoaceptación. Como él mismo lo manifestó:

Creo que el conocerse es un proceso de vida, pues cada día voy reafirmando y descubriendo nuevas cosas. Estoy seguro de que es una pregunta que en lo personal me es difícil responder, pero que genera en mí el deseo de buscar

una respuesta en lo más interior de mi persona. Es una pregunta que me mueve, que me motiva a buscar a ir adentro de mí y descubrirme (Ciprés, s2, B2, R169, 12/09/12).

Existe una notable sed de autoconocimiento en este sujeto. Al inicio del taller se partió del supuesto de que los participantes no iban a contactar con ellos mismos, pues existían algunos prejuicios al respecto; sin embargo, conforme se avanzaba fue evidente que “desde el momento en que se produce la primera percepción selectiva, en función de la valoración condicional, se establece cierto estado de incongruencia entre él, el yo y la experiencia, y aparece cierto grado de inadaptación psicológica y de vulnerabilidad” (Rogers, 1985: 52).

Durante la intervención, Ciprés hablaba poco y escribía mucho. El cambio que este participante iba teniendo era bastante notorio. En su proceso ayudó, como lo comenta Rogers, que “la segunda persona, a quien denominaremos terapeuta, sea congruente en la relación con el cliente” (Rogers, 1985: 49).

Esta tercera condición, que Rogers aconseja para todo proceso terapéutico, hizo que Ciprés fluyera, pues se sintió en confianza para manifestar lo que pensaba e, incluso, cómo se sentía.

Muchas veces pienso que soy como me siento, reacciono, actuó o vivo mi día, sin embargo, creo que lo que soy, mi yo mismo, va más allá de estas circunstancias, la manera de actuar o reaccionar a ciertas circunstancias que la vida me da. Partiendo de esta pregunta, me hago consciente de la tarea tan difícil, pero importante, de conocerme, de saber quién soy yo (Ciprés s3, B3, R150, 19/09/12).

Como se puede observar, este sujeto estaba en un punto de aceptación. Al parecer, él ya venía siguiendo un proceso antes del inicio del grupo de encuentro y, en el taller, continuó actualizando su yo. Al avanzar en su propio desarrollo personal, Ciprés se sintió recibido y aceptado. Según Rogers, esta persona había pasado la cuarta etapa del proceso: “cuando el cliente se siente comprendido, aceptado, con

agrado y recibido, tal como es en los diferentes aspectos de su experiencia, los constructos de la tercera etapa adquieren gradualmente más flexibilidad y los sentimientos comienzan a fluir con mayor libertad” (Rogers, 1964: 126). Este proceso ayuda a la vocación de la persona, pues se enfoca mejor en lo que persigue, como lo dice Cencini (1999): lo decisivo es que el joven empiece a ver que puede edificar su nueva vida y su libertad en Cristo y que vea, también, que ser libre no equivale a ser independiente de todos y no tener ningún vínculo, sino a depender en todo de aquel a quien se ama y por quien se ha sido llamado a amar.

En lo que concierne al reconocimiento y expresión de sus emociones

En lo que respecta a la quinta etapa, Rogers explica: “Si en la etapa anterior el cliente ha llegado a sentirse recibido en sus expresiones, conductas y experiencias, ello determina un aumento de la flexibilidad, de la libertad y del flujo orgánico” (1964: 129). Ciprés se había sentido recibido y eso determinó que se sintiera en libertad de expresar sus sentimientos. De hecho, este sujeto fue el que más expresó sus sentimientos y emociones, lo que se refleja en lo que él mismo manifestó en sus bitácoras. “Todo esto, triunfos, miedos, virtudes, fracasos, defectos, emociones, sentimientos, físico y mucho más, hace parte de mí ser y creo que la palabra clave para madurar y conocerme más es aceptación” (S3, B3, R155, 19/09/12).

“Los sentimientos ‘surgen espontáneamente’, se filtran. El cliente también ‘se abandona’ a sus sentimientos, a menudo con cautela y temor” (Rogers, 1964: 121). Ciprés se encontraba en esta etapa, en este punto. Era clara su necesidad de expresar sus sentimientos y emociones. Y estaba viviendo esta experiencia porque se sentía en un clima de confianza y aceptación, aunque todavía existía cierto temor, manifestado por él, en especial en las interrelaciones personales.

Creo que al acercarse a otro desconocido o a un grupo de desconocidos da miedo o timidez por falta de confianza y seguridad en mí mismo. Si yo no me acepto tal cual soy, difícilmente voy a aceptar a los demás. Creo que en la medida en que me voy conociendo y crece la seguridad y la confianza en mí,

soy capaz de acercarme a los demás. Para mí, acercarme a otro siempre es un reto, o pararme delante de un grupo desconocido, por miedo al ridículo, al rechazo, al equivocarme, al no ser aceptado (S4, B4, R161, 21/09/12).

Ciprés, a través de lo que decía, manifestaba sus emociones y sentimientos, lo que no es fácil para un joven de su edad. Se corrobora que tenía la necesidad de exteriorizar lo que sentía en su interior; sin embargo, lo dice y, al parecer, lo hace con libertad.

Se percibe que Ciprés reconocía todos aquellos sentimientos y emociones que, al parecer, por mucho tiempo, no había tomado en consideración. Cencini (1999) toca el tema de los sentimientos diciendo, que, los sentimientos desvelan; por un lado la vertiente débil del hombre, y por otro, su lado más fuerte. Con la intervención, Ciprés comenzó a ser consciente de que era necesario prestar atención a esa parte de su vida. Él mismo manifestaba lo que sentía cuando se le ofrecía un clima de confianza.

Creo que dependiendo la circunstancia y el individuo será mi forma de reaccionar. En ocasiones, estará un sentimiento de “me vale madre” o “qué importa. Pero, en otras ocasiones, sí hay tristeza o coraje. Creo y siento que debo encontrar la manera de aceptar las decisiones del otro y que muchas veces el rechazo es poner límites (S5, B5, 3/10/12).

En Ciprés había movimientos internos y esto manifestaba el cambio: “Momentos de movimiento, momentos de los cuales el cambio parece estar produciéndose efectivamente” (Rogers, 1964: 121) Había movimiento porque, al inicio del taller, él no se sentía como se sentía en esta sesión. Con lo que comentó Ciprés se evidencia que se encontraba contactando con sus emociones y sentimientos; es visible el cambio que había tenido hasta este momento.

Es fuerte lo que experimentaba este novicio, pues llegar a confrontarse uno mismo no es una experiencia fácil de reconocer ni de compartir. Ciprés experimentó esto y habló de la aceptación incondicional, que es un tema que Rogers expone:

“Para que se dé el proceso terapéutico, el estado de congruencia del terapeuta en la relación es de importancia primordial, pero ese estado debe incluir la experiencia de consideración positiva incondicional y de comprensión empática” (Rogers, 1985: 52).

Para Ciprés era importante la aceptación incondicional, pues le hacía capaz de mostrarse tal como era y le hacía sentirse más seguro:

Creo que la aceptación incondicional es fundamental, pues sólo así lograré mostrarme tal cual soy, y sin miedo e inseguridad. Conocerme y aceptarme me ayudará a presentarme ante los demás tal cual soy y me permitiría ser una persona abierta, alegre, entusiasta. Una persona con la capacidad de controlar emociones e impulsos. Para mí, las máscaras nos llevan a correr el peligro de no aceptarnos y de nunca conocernos, y caminar por la vida sin ser felices y auténticos (S6, B6, 10/10/12).

En este punto Ciprés aceptó que las máscaras no le servían para encontrar la felicidad, tener máscaras no le hacía auténtico y provocaba que disminuyeran aquellas oportunidades que cada uno tiene en la vida de conocerse y aceptarse tal como es. El poseer máscaras no lo hacía libre, e incluso lo hacía sentirse, más bien, una persona insegura. Rogers explica al respecto: “Comienza a abandonar las falsas fachadas, máscaras o roles con que ha encarado la vida hasta ese momento.

Parece tratar de descubrir algo más profundo, más propio de sí mismo y empieza por despojarse de las máscaras que usaba conscientemente” (Rogers, 1964: 104).

Se reconoce que Ciprés tiene una historia personal que lleva como equipaje. Esto también en el sentido vocacional religioso. En este aspecto se puede captar lo que respecta el discernimiento vocacional. “La perspectiva integral pide adoptar una actitud de discernimiento como talante desde donde escuchar lo que va aconteciendo en la persona a través del tiempo, y descubrir, ahí, las constantes que se van dando en su historia, y en cada una de la situaciones” (Arrieta, 1998: 50).

Ciprés, conforme iban pasando las sesiones, inició un reconocimiento y aceptación, cada vez más profunda, de sus emociones y sentimientos. Tanto así,

que los aceptaba en congruencia con su intención de manejarlos de manera constructiva: “Con manera propositiva, sin estancarme en el miedo, la tristeza, la ira, sino salir a flote, y dejarlas correr, para que mi corazón se halle libre, no cargar por mucho tiempo cierta emoción”(Ciprés, s7, B7, 17/10/12). Sobre este punto, comentaría Rogers: “Los sentimientos del sí mismo se reconocen como propios cada vez en mayor medida; hay un deseo de ser esos sentimientos, de ser el ‘yo verdadero’” (1964: 131).

“El tema de las emociones me dejó reflexivo, pues creo que hay mucho que trabajar en mi vida. Creo que aún me falta conocerme más y debo darme el permiso de experimentar las emociones y no verlas como buenas o malas” (Ciprés, s7, B7, 17/10/12). Con esta expresión, estaba siendo honesto frente a lo que siente. Era notorio que lo comunicaba con libertad y de manera consciente. Como bien señala Rogers: “En algunas oportunidades se expresan sentimientos en tiempo presente, que irrumpen casi en contra de los deseos del cliente. Hay una tendencia a experimentar los sentimientos en el presente inmediato; esta posibilidad va acompañada de desconfianza y temor” (1963: 127). Lo que dice Rogers ayuda a comprender que el proceso que va teniendo la persona es el resultado de tomar conciencia de sus emociones y de hacerse responsable de ellas. Esto facilita el desarrollo de la persona, pues empieza a ser consciente de sus emociones, las reconoce y adquiere la capacidad para manifestarlas y tratarlas. Sin embargo, vivir esta experiencia no quiere decir que desaparezca por completo el temor o la incertidumbre que las personas tienen.

Para comprender la siguiente intervención del sujeto que se está analizando, se puede tomar a Rogers como apoyo, cuando habla de la sexta etapa del proceso:

Ahora el cliente puede experimentar como inmediatos los sentimientos que antes estaban “atascados”, inhibidos en su cualidad de proceso. Estos sentimientos fluyen hasta sus últimas consecuencias. Un sentimiento del presente es experimentado directamente, de manera inmediata y rica. Se acepta esta cualidad inmediata de la experiencia y el sentimiento que la

constituye. Ya no hay temor, necesidad de negarlo o luchar contra esto (Rogers, 1963: 135).

Por su parte, Ciprés comentó:

Para mí, el controlar mis emociones es un poco complicado y por más que busco la forma de que éstas no dominen mis reacciones a la hora de relacionarme, muchas veces son ellas las que mueven mi actuar y mi forma de expresar. La más complicada es la ira, ya que ésta me controla muchas veces y termina pasando a ser un sentimiento que me fatiga y me cansa. La verdad, mi pregunta en estos días es: “¿de qué me sirve esto?”. ¿De qué me sirve?, me sirve para llevar un proceso. Si nunca hay la oportunidad de seguir trabajándolo, creo que muchas veces se quedan los caminos truncados y he llegado a creer que esto afecta, más que nunca, trabajar situaciones de la vida (Ciprés s8, B8, 19/10/12).

A partir de lo comentado Ciprés, podría parecer que se dio un retroceso, sin embargo, más bien parece formar parte del proceso que él llevaba. Ya se había llegado a la sesión ocho y el proceso de Ciprés había sido progresivo, porque habló de que el cambio que experimentaba lo estaba llevando a relacionarse mejor con él mismo y con los demás.

Hasta este punto eran notables los avances que este sujeto había tenido. Desde el inicio del taller fue claro que él tenía una necesidad fuerte de expresar lo que interiormente le estaba pasando. Su experiencia interna fue importante. “El marco de referencia interno es el mundo subjetivo del individuo. Sólo él conoce ese mundo plenamente. Ningún otro puede llegar a conocerlo como sea por medio de una inferencia empática, sin que nunca tal conocimiento llegue a ser complejo” (Rogers, 1985: 45). Como lo dijo él mismo:

Para mí este tema (ser responsable) me ayudó a reflexionar y a darme cuenta que yo soy el propio responsable de mi vida y de mis actos. Es verdad,

muchas o algunas circunstancias influyen en mi estado, pero aprendí que debo asumir completamente la responsabilidad de lo que soy y hago. Creo que asumiendo esta responsabilidad lograré a medida que pasa el tiempo encontrar mi felicidad y no estresarme por todo lo que pasa en la vida (Ciprés, S9, B9, R163–170, 24/10/12).

Como se puede ver, esta persona había llegado a tomar conciencia de su situación y se hacía cargo de ésta. Tanto así, que pareciera que había una motivación que le daba el deseo de ser feliz. Hasta aquí se ha seguido el proceso de Ciprés y se ha comprobado cómo fue conociendo y expresando sus emociones. Este sujeto ha arribado a la madurez, según el transcurso de lo que ha vivido durante el taller.

El individuo revela madurez en su conducta cuando percibe de manera realista y discriminativa, cuando no está a la defensiva, cuando acepta la responsabilidad de ser diferente de los otros y, por ende, la de su propia conducta, cuando evalúa la experiencia en función de los elementos de prueba que percibe por medio de sus propios sentidos, cuando modifica su evaluación de una experiencia solamente en presencia de nuevos elementos de prueba, cuando acepta a los otros como seres individuales, diferentes de él mismo, cuando se valora a sí mismo y valora a los demás (Rogers, 1985: 41).

Lo anterior ayuda a comprender lo que dice Ciprés de sí mismo en este proceso de cambio:

Muy simple, si tomo sentido a la vida podré hacerme responsable de la misma, tener sentido a lo que hago, a lo que vivo día a día, me ayudará a hacerme responsable de disfrutar cada momento, podré disfrutar, vivir la vida con plenitud. Sentido de la vida y responsabilidad, creo que siempre van unidas y eso me permitirá tener una vida de calidad. Al encontrar sentido a

mi vida, también me hago responsable de otro y lo ayudaré a que encuentre su sentido (Ciprés s10, B10, R157–164, 31/10/12).

Todo esto deja la impresión de estar escuchando a una persona que se encuentra en proceso de libertad. Al seguir su desenvolvimiento en el taller, se podía constatar que se iba sintiendo cada vez más libre. Esto lo confirma Rogers cuando dice: “una vez que una persona, niño o adulto, ha experimentado una libertad responsable, ella continuará luchando por eso. Puede ser completamente suprimida en la conducta mediante el uso de cualquier tipo de control posible incluyendo la fuerza, pero no puede ser eliminada ni extinguida” (Rogers, 1980: 130). Se había sembrado la semilla de la libertad, ahora dependía de él si continuaba con su crecimiento personal. El hombre religioso cuando experimenta la libertad en el proceso de formación, exige que sea formado en este mismo paso de libertad (Cencini 1999).

Actualización en su autoconocimiento

Ciprés mostró grandes avances desde el primer día del taller, se evidenció un proceso de actualización en su autoconocimiento. No le resultó fácil, pero tampoco fue una tarea imposible, como él mismo lo manifestó: “Creo que el taller me llevó a descubrir varios aspectos de mi persona que nunca había contemplado. Creo que me conocí un poco más y por eso pienso que el taller sí me ayudó” (Ciprés, evaluación final, 31/10/12).

Ciprés se encontró en un ambiente que le permitió actualizar su autoconocimiento y por eso descubrió lo que señala Rogers: “gracias a la seguridad y a la libertad que ofrece la relación terapéutica pueden ser vivenciadas con plenitud y con conocimiento de los límites que representan” (1964: 107). Esto lo comentó también Ciprés, en sus propias palabras: “he llegado a la conclusión de que quizá hay muchas cosas que no conozco bien de mí, pero lo que me falta es aceptar e integrarlos para ser feliz” (Ciprés, evaluación final, 31/10/12).

Actualización en sus emociones

Aunque era evidente desde el primer día del taller que Ciprés tenía la necesidad de hablar de sus emociones, casi no lo hizo, pero sí lo escribió: “Creo que desde el primer tema me llevo a ir adentrándome, pero creo que los últimos temas vistos son los que me provocaron más ruido en mi interior” (Ciprés, evaluación final, 31/10/12).

Con este comentario se puede entender cómo se sentía y lo que interiormente estaba pasando en él. En cuanto la actualización de sus emociones, Ciprés manifestó: “Todo esto, triunfos, miedos, virtudes, fracasos, defectos, emociones, sentimientos, físico y mucho más, hacen parte de mi ser y creo que la palabra clave para madurar y conocerme más es aceptación” (Ciprés, s3, B3, R150, 19/09/12). Cuando inició el taller, Ciprés no decía esto. Fue hasta la tercera sesión que pudo manifestar su sentir.

Probablemente hubo primero un movimiento interno en Ciprés, que lo llevó a conocer mejor sus emociones, lo que le permitió que las actualizara y las pudiera encausar. Al respecto, dice Rogers:

En nuestra vida cotidiana existen mil y una razones que nos impiden experimentar plenamente nuestras actitudes: razones originadas en nuestro pasado y en el presente, y otras surgidas de la situación social que hacen que parezca demasiado peligroso y potencialmente nocivo experimentarlas de manera libre y completa (1964: 106).

Aunque Rogers habla aquí de actitudes, se refiere también a las emociones, que son parte fundamental de los comportamientos de la persona.

Por otro lado, que la persona descubra sus emociones también es una actualización, porque está poniendo atención a lo que antes sentía y ocultaba. “Al expresar sus aspectos antes ocultos, descubre que el terapeuta manifiesta respeto positivo e incondicional hacia él y sus sentimientos” (Rogers, 1964: 66). Ciprés lo manifestó de la siguiente manera: “Descubro que hay un miedo. Sé quién soy, pero prefiero no mostrarlo por miedo al rechazo y a las burlas” (Ciprés, evaluación final,

31/10/12). Con lo expresado, se puede concluir que sí hubo actualización de emociones, lo que favoreció el crecimiento y proceso de desarrollo de esta persona.

Finalmente, para reforzar estas ideas anteriores, dice Arrieta (1998), que, cuando tenemos interés por la vida tenemos que dejar que aflore, lenta y pacientemente, primero los hechos, luego los sentimientos, mas tarde las significaciones, poco a poco, se llega al fondo; estamos ante la verdad que hace libres, ante el Espíritu que fortalece y empuja hacia adelante la vocación.

A continuación se presenta una tabla en la que se evidencian los cambios producidos durante esta intervención y que dan a conocer el movimiento de Ciprés.

	Problemática manifestada durante el taller		Proceso de cambio	Avances en su proceso de actualización	
	En relación consigo mismo	En relación con los demás		En relación consigo mismo	En relación con los demás
Ciprés	*No aceptación. *Poca conciencia de sí mismo. *Inseguridad de su yo interno. *Indiferente a sus emociones y sentimientos. *No controla sus emociones. *Frustración.	*Desconfianza. *Miedo a los demás. *Falta de conocimiento. *Rechazo de los otros. *Se siente no aceptado por los demás. *Miedo al ridículo.	*Inicio de la autoaceptación. *Aumento de su conciencia de sí mismo. *Conocimiento de emociones y sentimientos. *Mejor manejo de emociones. *Conocimiento personal.	*Creció su aceptación consigo mismo. *Se aceptó como persona. *Aumentó su seguridad en sí mismo. *Atendió más sus emociones.	*Enfrentó los conflictos relacionales. *Abierto al diálogo. *Mejoró la relación con sus compañeros. *Mayor tolerancia hacia los demás.

5.1.2 Proceso y avance de Pino

Pino es un adulto joven. Su familia está conformada por papá, mamá y 16 hermanos. Él ocupa el lugar trece de sus hermanos. Hacía cinco años había entrado a la Congregación. Antes de entrar en el seminario, trabajaba con su papá de albañil. Ellos han desempeñado este oficio desde que él tiene memoria. La relación con su mamá era aceptable y positiva, mientras que con su papá y con algunos hermanos era dificultosa.

Problemática

La problemática que él manifestó fue en cuanto a la relación familiar. Por ser muchos hermanos, su papá no le ponía la atención que él necesitaba, sobre todo durante el periodo de la adolescencia. Eso creó en él inseguridad y desestabilidad emocional, incluso rechazaba a su papá porque no se sentía cercano a él, especialmente en los momentos cuando él más lo necesitaba. Pino se sentía utilizado por sus hermanos, porque decía que sólo lo buscaban por interés, cuando ellos necesitaban algo. Él manifestaba que eso lo hacía enojar, pero no sabía cómo poner límites.

Pino decidió ingresar al seminario y su situación personal lo acompañó. El tener contacto con sus compañeros de seminario a través de las relaciones interpersonales era muy difícil para él, pues venía arrastrando lo que había vivido en su familia, sobre todo en la etapa de la adolescencia. Se mostraba como una persona insegura, tímida, que evitaba enfrentar los conflictos, decía a todo que sí, se refería poco o nada de sus emociones, mostraba cierta ansiedad por su historia personal y evadía hablar de lo que le estaba pasando interiormente. Ésta era la situación que estaba viviendo cuando inició el taller.

Proceso de cambio en lo que respecta del autoconocimiento de sí mismo

En la primera sesión de la intervención Pino manifestó, con respecto a su autoconocimiento: “Conocerme es aceptarme, aceptarme no es conformarme; por lo tanto, me siento llamado, incluso obligado por el bien de los otros, a cambiar” (Pino, s1, B1, R228, 05/09/12). Este participante, estando en la etapa del noviciado, sigue su proceso de conocimiento como lo manifiesta Cencini (1999). Pues esta etapa no sólo es tiempo de conocimiento, como en la fase precedente, sino de experiencia, de sentir profundamente que ya no puede evitar el cara a cara con aquel que le llama y abre su vida hacia horizontes nuevos que él sería incapaz de imaginar, con aquel que es un misterio y sin el cual todo es un enigma.

Sobre el proceso de cambio dice Rogers: “Cuando el cliente se siente comprendido, aceptado con agrado y recibido tal como es en los diferentes aspectos de su experiencia, los constructos de la tercera etapa adquieren gradualmente más flexibilidad y los sentimientos comienzan a fluir con mayor libertad; esto caracteriza el movimiento progresivo a lo largo del continuo” (1964: 127).

Lo que explica Rogers ilustra muy bien en qué etapa del proceso se encontraba Pino; además, “no cabe duda de que esta etapa y la siguiente constituyen la mayor parte de la psicoterapia, tal como la conocemos. Estas conductas son muy comunes en cualquier tipo de terapia” (Rogers, 1964: 129). Esto indica que se va realizando el proceso de acuerdo con lo que la persona está experimentando interiormente y cómo se va sintiendo con la facilitación.

Continuando con el proceso del autoconocimiento, Pino expresó que: “Dar una respuesta concreta es difícil, pues estoy en continuo cambio somos en nuestro comportamiento impredecibles. Sin embargo, hoy puedo decir que soy un hombre en busca de su propia identidad y en busca de sentido. Un hombre con sentimientos, cualidades, defectos que configuran una única e irrepetible personalidad” (Pino, s2, B2, R142, 12/08/12). Con lo que manifestó, se puede ubicar fácilmente en la quinta etapa: “si en la etapa anterior el cliente ha llegado a sentirse recibido en sus expresiones, conductas y experiencias ello determina un aumento de la flexibilidad,

de la libertad y del flujo organísmico... los sentimientos se expresan en tiempo presente” (Rogers, 1964: 129).

Como se puede ver, hubo un movimiento progresivo en Pino. Él continuó su autodescubrimiento, mientras los otros le ayudaban en este proceso. Esto se puede notar en el siguiente párrafo: “El otro me ayuda a fortalecer y desarrollar capacidades que desconocía que poseía en mi persona. Me ayuda a ejercitar la paciencia y a descubrir que somos diferentes y podemos convivir sin algún problema” (Pino, s3, B3, R126, 19/09/12). Así, de acuerdo con lo que dice Rogers, “si el cliente sigue sintiéndose plenamente recibido en la relación terapéutica, elementos de la quinta etapa serán remplazados por una fase distintiva” (1964: 135). Era claro que a Pino la terapia le estaba ayudando al proceso de conocimiento porque se sentía en confianza y en un clima de aceptación. Vocacionalmente hablando, dice Arrieta (1998), la vocación religiosa no se puede desestimar, ni juzgar situaciones, no se puede forzar el proceso, quemar etapas, encontrar nitidez. Todo se tiene que ir dando conforme el tiempo de la persona que está en crecimiento.

Pino habló de esta aceptación: “En la medida que me acepto como soy, soy capaz de hacer parte de mí al otro tal y como es” (Pino, s4, B4, R189, 21/09/12). En relación con lo anterior, comenta Rogers: “Percibirse a uno mismo como objeto de consideración positiva incondicional de otra persona es darse cuenta de que esa persona considera todas las experiencias relativas al concepto que uno tiene de sí mismo como igualmente dignas de consideración positiva” (1985: 41). Esto evidencia cómo Pino estaba comenzando poco a poco a conocerse y aceptarse, según se puede comprobar en el siguiente fragmento:

En cada persona es distinta la oportunidad que le doy para conocerme, soy yo el que decido qué cosas quiero que conozcan de mí. Conozco a los demás en la medida que puedo salir de mi persona para ir al encuentro de otra, ciertamente en la medida que el otro me permite conocerlo. Me esfuerzo por conocer más aquellas personas que me interesan y que son significativas en mi vida (Pino, s9, B9, 24/10/12).

Y con relación a lo que comentó Pino, Rogers manifiesta que:

Esta apertura a la experiencia interna y externa se relaciona estrechamente con una análoga actitud de aceptación hacia las demás personas. A medida que el cliente adquiere la capacidad de aceptar su propia experiencia, también se halla en condiciones de aceptar la experiencia de otros. Valora y aprecia su experiencia y la ajena por lo que ésta es (1964: 158).

Continuando con este proceso, Pino señaló lo siguiente:

[...] sin duda, siendo claro y asertivo al colocar los límites. Ser capaz de expresarme sin miedo al juicio, sino con el anhelo de ser maduro y crecer. No esperar a las últimas estancias para poner mis límites de forma violenta; por el contrario, propiciar un ambiente de libertad, diálogo y respeto. Saber que no somos una comunidad de ángeles, somos seres humanos con las circunstancias que esto implica (Pino, s5, B5, 3/10/12).

En este momento, Pino se mostró realista. En su intento por ser transparente para mejorar sus relaciones interpersonales, quiso propiciar un ambiente de libertad y diálogo. Todo esto fue el resultado de la apertura que había venido manifestando desde el inicio de la intervención. Para entender mejor este asunto, Rogers explica:

En una situación nueva es capaz de aceptar los hechos tal como son y no los distorsiona con el objeto de que se ajusten al modelo que le sirve de guía. Como es de esperar, esta capacidad de abrirse a la experiencia lo vuelve más realista en su actitud frente a la gente y a las situaciones y problemas nuevos. Ello significa que sus creencias pierden su anterior rigidez, y que puede tolerar la ambigüedad y soportar gran cantidad de pruebas contradictorias sin verse obligado a poner fin a la situación. Pienso que esta apertura a la percepción de lo que existe en este momento de uno mismo y

en la realidad es un elemento importante en la descripción de la persona que emerge de la terapia (Rogers, 1964: 110).

Como se ha visto en el proceso de Pino, en cuanto al autoconocimiento se ha logrado y ha emergido una nueva persona. Religiosamente hablando, Cencini (1999) diría que se ha hecho una opción que ha cambiado la vida, ha de extenderse a toda la vida y a todos los ámbitos de la personalidad. En la medida en que esta opción es confirmada por la existencia y por las pequeñas y grandes decisiones cotidianas, la libertad se va transformado poco a poco en una gran riqueza de deseos y en la capacidad de asimilarlos a los deseos de Dios.

Continuando con este camino de autoconocimiento, Pino señaló que, como toda persona al inicio de cualquier relación, había máscaras para proteger la vulnerabilidad por la que estaba pasando:

Considero que hay ocasiones que son necesarias, pero otras tantas estorban. En lo personal, al sentirme vulnerable me escudo en ellas (máscaras), a no sentirme seguro y en momentos de ira y tristeza. Quisiera mostrarme más espontáneo, así eliminar rigidez en mi persona, sentirme más alegre y libre que determinado o predecible. Auténticamente necesito mostrar más flexibilidad, así quitaré algunas máscaras caracterizadas por ser rígidas, estructuradas, establecidas (Pino, s6, B6, 10/10/12).

Comenta Rogers: “Comienza a abandonar las falsas fachadas, máscaras o roles con que ha encarado la vida hasta ese momento. Parece tratar de descubrir algo más profundo, más propio de sí mismo y empieza a despojarse de las máscaras que usaba conscientemente” (1964: 104). Para esta persona no había sido fácil llegar a este grado de conocimiento, había tenido que seguir su proceso de crecimiento personal y grupal.

En lo que corresponde al reconocimiento y expresión de sus emociones

Pino comentó al final del taller:

¿En qué momentos experimento la soledad y cómo la enfrento? Cuando tengo que tomar decisiones que comprometen mi vida, cuando me siento excluido del grupo o cuando no siento el apoyo que esperaba recibir de los demás. Enfrento la soledad dejando o permitiendo experimentar las emociones que siento, buscando ayuda para no entrar en un cuadro depresivo. Cuando siento la soledad me siento desganado físicamente, con sueño, poco apetito, pocas ganas de compartir (Pino, s10, b10, 31/10/12).

En esta última sesión, Pino tocó un tema que más de una vez había comentado conmigo. Se ve que, poco a poco, está creciendo la conciencia de poder expresar lo que sucede interiormente. Arrieta (1999) asevera que el grado de consciencia que predomina en la persona, en un momento dado, hace que se focalice ahí la atención para procesar desde ese nivel lo que la persona vive y ayudándole a avanzar, interesándose por los aspectos más relevantes que requieren orientación.

Externar este tema en la intervención fue un logro, pues encontraba dificultad para hacerlo por su historia personal; sin embargo, aprendió a escucharse y aceptarse tal como era. Esto lo ilustra mejor Rogers:

A medida que aprende a escucharse, también comienza a aceptarse. Al expresar sus aspectos antes ocultos, descubre que el terapeuta manifiesta un respeto positivo e incondicional hacia él y sus sentimientos. Lentamente comienza a asumir la misma actitud hacia él mismo, aceptándose tal como es y por consiguiente se apresta a emprender el proceso de llegar a ser. Al operarse estos cambios que le permiten profundizar su autopercepción y su autoaceptación y volverse menos defensivo y más abierto, descubre que

finalmente puede modificarse y madurar en las direcciones inherentes al organismo humano (Rogers, 1964: 67).

En cuanto a la relación con los otros, Pino también tuvo avances en su conocimiento, como él mismo lo manifestó: “En el otro me descubro yo, es quien hace capaz de que me vea cual soy cuando me relaciono. Incluso mi relación con el otro sería en medida del reconocimiento del yo y del otro. Si no hay otro, no puede haber un yo, porque necesariamente soy en relación al otro” (Pino, S4, B4, R189, 21/09/12). Dice Rogers al respecto: “La aceptación no significa nada si no implica comprensión. Se trata de la libertad de explorarse a sí mismo tanto en el nivel consciente como inconsciente, tan rápidamente como sea posible embarcarse en esta peligrosa búsqueda” (1964: 41).

Actualización en su autoconocimiento

Pino logró actualizar su autoconocimiento a través de su propia aceptación y comprensión empática. Al terminar el taller, él se encontraba más consciente y abierto a los demás; también adquirió herramientas para relacionarse mejor con los demás. Él mismo lo manifestó al finalizar el taller: “La importancia de conocerme para poder conocer y aceptar al otro, la necesidad de revisar constantemente la historia personal para evaluar que comportamientos obstaculizan la relación” (Pino, evaluación final 31/10/12).

En el comentario de Pino se puede notar que la intervención fue importante dentro de su proceso de conocimiento para conocer y aceptar a los demás. Es claro que logró lo que se propuso desde el inicio del taller: conocerse y aceptarse para poder hacerlo con los otros. Por otro lado, en cuanto a la actualización de su conocimiento, también dijo: “Creo que el conocimiento de sí mismo y la aceptación es un proceso largo, por ello considero que ésta es el inicio de un largo camino” (Pino, evaluación final 31/10/12). Se puede notar que Pino tuvo grandes avances en cuanto a su conocimiento personal, lo que favoreció mucho a su personalidad, pues amplió su conciencia, en especial en la problemática que traía: “Establecer

límites, porque me abrió el horizonte, me brindó herramientas para saber establecer parámetros que permitan la sana convivencia” (Pino, evaluación final, 31/10/12).

Como se puede notar, Pino llevó a cabo un proceso de actualización en cuanto a su conocimiento; adquirió la capacidad de cambio, como lo dice Rogers:

El individuo se acerca paulatinamente a la fluidez y adquiere la capacidad de cambiar, reconocer y aceptar sus sentimientos y experiencias, formular constructos provisionales, descubrirse en su propia experiencia como una persona cambiante, y establecer relaciones auténticas y estrechas; en fin, se convierte en una unidad y alcanza la integración de sus funciones (1964: 67).

En este momento, Pino se encontraba en ese lugar. En resumen, vivió un proceso de conocimiento personal durante la intervención y fue capaz de tener un cambio significativo en su vida.

Actualización en sus emociones

En el transcurso del taller, Pino pudo actualizar sus emociones a través de conocerlas y manejarlas. No fue fácil, pero dio los primeros pasos en un camino que tal vez hasta ese momento había sido desconocido para él. Como se explicó en la problemática, le costaba manifestar sus emociones o sentimientos; sin embargo, al final de la intervención pudo lograrlo, como él mismo lo dijo: “Me ayudó a expresar con más seguridad mis sentimientos, a establecer límites cuando sea necesario y a derribar aquellos límites que he puesto para protegerme” (Pino, evaluación final, 31/10/12). Pino se escuchaba seguro y es evidente que actualizó sus sentimientos. Esto favorece el desarrollo de la persona y la hace más libre.

Como toda persona, Pino persiguió el sentirse ser él mismo. Así lo dice Rogers: “Aparentemente, el objetivo más deseable para el individuo, la meta que persigue a sabiendas o inconscientemente, es llegar a ser él mismo” (1964: 104).

Pino había seguido el transcurso de actualización de sus emociones, eso favoreció el hecho de validarse como persona, protagonista de su propio

crecimiento, que lo hacía capaz de ser él mismo. El taller le ayudó en este recorrido; él lo expresó de la siguiente manera:

Me ayuda a ser consciente de mis comportamientos, a comprender y analizar el porqué de mis reacciones. Además, a ser protagonista de mi vida y actuar con libertad, independientemente de lo que los demás esperen de mí. Asimismo, me ayuda a comprender los comportamientos de los demás y a descubrir que proceden de una historia diferente a la mía (Pino, evaluación final, 31/10/12).

Rogers ayuda a comprender lo que dice Pino: “el individuo se vuelve más abiertamente consciente de sus propios sentimientos y actitudes, tal como existen en él en el nivel orgánico. También advierte con mayor facilidad las realidades externas, en lugar de percibirlas según categorías preconcebidas” (Rogers, 1964: 110). Este movimiento no es fácil de asimilar o llevar adelante, es difícil y complejo. “Todo movimiento es un cambio, es capacidad de reacción. No existe un único movimiento, sino muchos, y configuran modos de comportamiento totalmente diferentes. La forma de reaccionar ante un estímulo es la resultante de un complejo proceso” (Arrieta, 1999: 55).

Con esto se puede concluir que la actualización de emociones en Pino se fue dando de manera paulatina, conforme se desarrollaba el taller, lo que llevó a un cambio evidente en este sujeto.

El siguiente cuadro ilustra el proceso de cambio de Pino.

	Problemática manifestada durante el taller		Proceso de cambio	Avances en su proceso de actualización	
	En relación consigo mismo	En relación con los demás		En relación consigo mismo	En relación con los demás
Pino	*Inseguro. *Desconfianza en su propio proceso. *Miedo a mostrar sus emociones. *Dice a todos sí, sin importar cómo se siente interiormente. *Poca valoración de sí mismo. *Se invalida a sí mismo. *Habla poco de sus necesidades.	*No pone límites a los otros. *Miedo a lo que dicen los otros de él. *Introyectos personales según los demás. *Le importa la opinión de los otros en cuanto a su modo de ser. *Se siente rechazado por los demás cuando no hace lo que quieren que haga.	*Autoconocimiento más real de su persona. *Aceptación de sí mismo. *Inicia conocimiento de sus emociones. *Inicia el manejo de emociones. *Crece el conocimiento personal desde su experiencia.	*Poner límites ayuda al crecimiento personal. *Acepta su vulnerabilidad como persona. *Creció su seguridad en sí mismo. *Pone más atención a sus emociones.	*Las relaciones mejoran cuando se ponen límites. *Se puede ser más asertivo en la comunicación. *Aumento en la confianza con los demás. *Ser empático con los compañeros.

	*No atiende sus emociones.				
--	----------------------------	--	--	--	--

5.1.3 Mi experiencia como facilitador

Okun (1997) explica que el propósito de una relación de ayuda es satisfacer las necesidades de la persona que ha acudido en busca de ella, no las de quien la proporciona. Este señalamiento ofrece una verdad que pude comprobar en esta intervención. Para desarrollar este trabajo, intentaré dar respuesta a la siguiente pregunta de análisis: ¿qué habilidades puse en práctica para propiciar los cambios en el autoconocimiento, identificación de emociones y relaciones personales de los participantes, y cuál fue mi contribución como facilitador?

En este taller puse en práctica las habilidades que fui aprendiendo a lo largo de la maestría; como facilitador, pude identificar que es necesario contar con las herramientas fundamentales para poder acompañar a los participantes del taller. Durante la intervención me sentí tranquilo y en confianza, a pesar de que al inicio experimenté nerviosismo y preocupación acerca de cómo iban a salir las cosas, pues conforme se fueron dando empecé a sentirme relajado y dejé que fluyeran las sesiones. Esto lo pude aprender de mi propia experiencia. Okun lo ilustra muy bien: “una relación de ayuda beneficiosa es un proceso de aprendizaje conjunto en que participan la persona que recibe la ayuda y otra u otras personas” (2001: 45). Eso fue para mí la intervención: un aprendizaje recíproco.

Creo que se logró el objetivo de la intervención, lo que me da tranquilidad, me hace sentir motivado y seguro. Desde la segunda sesión se empezaron a notar algunos cambios de actitudes. Esto lo reflejaban algunos novicios, que hablaban de cambio de actitudes personales y grupales. También pude darme cuenta de que el acompañar es un arte que no puede hacer cualquiera. Implica una preparación integral del facilitador para hacerlo con profesionalidad y responsabilidad. Algo que

me funcionó durante el taller fue poner en práctica las actitudes de escucha atenta, la empatía, la congruencia y la aceptación incondicional; creo esto hizo posible que ellos fluyeran con libertad.

La teoría de la terapia según Rogers (1985) se puede aplicar a todos los campos de experiencia de la conducta humana, como la vida familiar, la educación, el liderazgo de grupos y los conflictos grupales.

[...] pienso que todos los que trabajamos en el campo de las relaciones humanas enfrentamos el mismo problema respecto de la manera en que deseamos emplear los conocimientos adquiridos [...] debemos usarlos como parámetro para evaluar nuestra propia experiencia y luego formular hipótesis personales, que serán usadas y examinadas en nuestras relaciones posteriores (Rogers, 1964: 55).

A lo largo de las sesiones, me sentí en paz y en confianza de poder compartir mi experiencia con los participantes y acompañarlos en sus procesos de cambio. Algunos me buscaban para hablar de algo que se había movido en su interior durante la sesión. Siento que ellos me tenían confianza, pero también sentían miedo de abrirse y hablar delante del grupo de sus experiencias. Me he sentido reconfortado con lo que dice Rogers:

[...] me siento algo temeroso ante él, temeroso de sus profundidades, tal como me ocurre con las mías. Y sin embargo, a medida que habla, comienzo a experimentar respeto hacia él, a sentir mi vínculo con él, siento cuánto lo asusta su mundo y los ingentes esfuerzos con que intenta mantenerlo en su sitio. Quisiera captar sus sentimientos y que él advierta que los comprendo. Quisiera que sepa que estoy a su lado, en su mundo estrecho y oprimido y que puedo observarlo relativamente libre de temor (1964: 69).

Lo que manifiesta este autor, me resultó muy útil para poder continuar con esta intervención.

Comprobé que los participantes se habían sentido motivados por el proceso que vivieron en la intervención. Esto me daba la sensación de que la contribución que les brindado al acompañarlos tendría resultados positivos para su vida y hasta para la mía. Me reflejo en que dice Rogers:

Sería bueno poder acompañarlo en el espantoso viaje que debe emprender hacia su propio interior, a encontrar los temores ocultos, el odio y el amor que jamás se ha permitido sentir. Reconozco que éste es un viaje muy humano e imprevisible para ambos y que quizá yo mismo eluda en mí, sin saberlo, algunos de los sentimientos que él irá descubriendo (1964: 69).

Estas actitudes me dieron seguridad y confianza en el proceso personal que yo también estaba viviendo.

En lo personal me sentí contento y a gusto impartiendo este taller; lo viví tranquilamente, sintiéndome identificado con el proceso que los participantes estaban siguiendo. Sentí que se trataba de una oportunidad que me estaba sirviendo para crecer como persona. Fue una experiencia gratificante porque aprendí mucho de la experiencia de los demás. Todo esto fue la recompensa del esfuerzo, la entrega y la disponibilidad con la que preparé las sesiones y el plan que me había propuesto para que se dieran las condiciones necesarias para crear un clima de confianza.

Me siento agradecido hacia cada uno de los participantes, porque ellos me enseñaron con su proceso a darme cuenta de que puedo seguir desarrollando habilidades para facilitar. Las habilidades que había seguido desarrollando eran la escucha atenta, la aceptación incondicional y la congruencia. Creo que me faltaba acompañar más de cerca a las personas, siendo cauteloso y prudente para no ser invasivo. También me he dado de cuenta que poniéndome en camino de crecimiento personal junto con los participantes ha sido una manera de involucrarme y crear un clima de confianza y apertura.

En este taller me di cuenta de que tengo que conocerme más, porque hubo situaciones en que los participantes hablaron y a mí me hicieron ruido. Creo que fortifiqué mis aprendizajes, porque me fui dando que había aprendido de ellos a ser más congruente, empático y a poner más en práctica la aceptación incondicional. También tuve algunos cambios.

Me di cuenta de que durante el taller sentía enojo por la actitud de un participante. A través de este trabajo descubrí que esta persona tenía algo que me reflejaba y que no aceptaba. Lo empecé a trabajar, acepté lo que sentía, cambiaron las cosas y me sentí más tranquilo y sereno en relación con esta persona. Todos estos cambios los noté porque cambiaron mi conducta. También aprendí que tengo que ser más concreto en mi hablar, pues considero que hablo mucho y escucho poco. Ésta fue la experiencia que viví durante el taller y que me sirvió para mi crecimiento personal y para contribuir al crecimiento de los participantes del taller.

VI. DIÁLOGO CON LOS AUTORES

En este capítulo se dará a conocer la relación existente entre lo que ocurrió en el taller y lo planteado en el marco teórico, con el objetivo de confrontar la práctica con la teoría, y bajo esa luz observar los resultados obtenidos en la intervención.

En el contexto de la época actual, la formación de los jóvenes candidatos a la vida religiosa es de vital importancia ya que se vive una época bastante peculiar de la sociedad. Los jóvenes deben enfrentar convulsiones de tipo social, económico, político, religioso y cultural, lo que condiciona, modifica y modula sus relaciones consigo mismos y con el mundo.

Los candidatos que entran en un proceso formativo religioso poseen los aspectos propios de las actuales generaciones de la sociedad, lo mismo que cualquier otro joven. Si bien por un lado buscan para sí y para todo ser libres, sinceros y auténticos, por otro es evidente una cierta fragilidad psicológica, dificultades de relación y problemas de indecisión, tal vez generadas por una deficiente educación en los ambientes familiares y escolares.

El título del taller que se llevó a cabo como sostén de la presente investigación fue: “Descubriéndome interpersonalmente”. Allí se expresa justo lo que se pretendía en esta intervención: que los participantes tomaran conciencia de su situación actual y mejoraran aspectos de sus vidas, a través del descubrimiento de ellos mismos y de su relación interpersonal en su proceso de formación. Asimismo, se buscó que utilizaran aquellas habilidades que poseían para mejorar como personas en relación con los demás y con ellos mismos.

6.1 Educar, formar, acompañar: tres realidades en diálogo

La persona humana vive en constante transformación, ya que la vida es un devenir de la existencia; esto se puede experimentar en lo interior del ser humano, que está en constante movimiento y cambio. Desde ese entendimiento, la educación es un proceso que promueve el cambio y la transformación. El movimiento se realiza en el interior de la persona, viene desde dentro hacia fuera; esto se clarifica con lo que dice Scalabrini:

La palabra educar posee algo en sí que debe ser estudiado. Es una palabra derivada de la lengua latina y significa sacar afuera lo que está adentro, abrir y desarrollar lo que está encerrado y en germen. Ahora bien, aplicando al hombre esa palabra, corresponde decir que la educación es la forma de desarrollar los gérmenes que están depositados en el corazón humano y traer a la luz lo que está escondido en esos gérmenes. Este modo de hablar presupone que Dios ha puesto en el corazón del hombre algo que se asemeja al germen desde donde sale luego la flor tierna y fragante (1997: 279).

A la luz de estas palabras, se puede comprender que la educación es una acción importante para todo ser humano, en especial, para aquéllos que se dedican a una misión específica. Los formandos a la vida religiosa, en su misión, se consagrarán a servir a sus semejantes; por consiguiente, se forman para hacerlo con libertad, entrega y generosidad. Con la educación recibirán la ayuda necesaria para poner en práctica todas las herramientas que poseen a fin de que sean capaces de llevar a cabo esta empresa. Y con la asimilación y práctica van desarrollando el “germen de la vida interior”, como dice Scalabrini.

El joven que entra en el seminario necesita seguir desarrollando su educación, porque ésta le es útil para saber quién es y cómo es, comprender que puede mejorar sus relaciones con los demás. Es como un diamante que necesita ser pulido para dar su mejor brillo. Éste fue el proceso que se vivió en el taller, en donde los participantes tuvieron la oportunidad de continuar con el desarrollo de la germinación de valores y

cualidades; además, se hicieron conscientes de sus situaciones de angustia y vulnerabilidad.

Los jóvenes que entran en un camino formativo inician un programa de discernimiento vocacional y reciben una educación integral, porque ésta es necesaria para la persona que tomará una opción de vida.

Apelando a lo que dice Moreno (2002), es necesario señalar que la educación abarca a la persona en su totalidad y, por supuesto, esto incluye el ámbito afectivo. La educación es un proceso delicado y gradual, en donde se dan las relaciones interpersonales. Durante la intervención se evidenció que los jóvenes que están en proceso vocacional religioso reconocen la necesidad de educar sus emociones, sentimientos, relaciones, conocimiento personal y aceptación.

En el taller, los participantes señalaron que en la educación religiosa que estaban recibiendo durante su proceso formativo les estaba ayudando a que ampliaran su conciencia para crecer de manera integral, pero que aún necesitaban continuar haciendo un camino de autodescubrimiento para lograr más estabilidad en sus relaciones interpersonales. Ellos experimentaron la libertad de expresar lo que sentían en su interior y se dieron cuenta de que estaban viviendo en un ambiente de confianza y apertura; en las sesiones, no se sentían amenazados y eso les permitía hablar libremente. Rogers señala a propósito de este tema: “en las relaciones humanas y en el crecimiento humano que reconoce que el potencial para aprender y el poder actuar está dentro de la persona y no en un experto que lo controle ni en un sistema de control” (Rogers, 1980: 105). A lo largo de la intervención, los participantes descubrieron que contaban con ese potencial del que habla Rogers. Con esto, se puede afirmar que la educación es también el darse cuenta del potencial que cada sujeto tiene para aprender nuevas cosas y actuar de una manera diferente a la acostumbrada.

Del interior de la persona viene la libertad, como lo dice el PGFS: “La libertad es el núcleo central de la persona humana. La experiencia vocacional de quien ha hecho una opción radical de vida en la Congregación requiere la formación en el uso responsable de la libertad” (2006: 64). La formación promueve la libertad humana, porque resalta la elección y decisión libre del candidato a una opción de vida.

La formación, dice Cencini (2009), no es automática y mecánica, sino que requiere de atención a distintos aspectos de las personas candidatas a la vida religiosa. La formación no consiste sólo en el conocimiento de uno mismo, sino también el descubrimiento de un nuevo y verdadero yo, modelado de acuerdo con la verdad de la persona. La formación es un proceso inicial y permanente, que lleva al ser humano a un conocimiento personal y profundo de sus capacidades humanas y espirituales. Mediante la formación, el ser humano asciende a un estado que le permite ponderar el ser propio de los asuntos de su desarrollo personal. Con la formación se amplían los horizontes de tal manera que se ayuda al conocimiento personal y grupal.

El acompañamiento es la unificación de la educación y formación del ser humano. Según Arrieta, “acompañar es un arte y una ciencia” (1999: 21). Es un arte porque se va esculpiendo la persona para darle una forma; es una ciencia porque a través de la investigación y el estudio se le puede acompañar para su autoconocimiento. Según Rogers:

La ciencia es así como la terapia y los restantes aspectos de la vida, tiene sus raíces y su base en la experiencia subjetiva e inmediata de una persona. Surge de la vivencia organísmica, interna y total que sólo puede comunicarse de manera parcial e imperfecta; es una fase de la vida subjetiva (Rogers, 1964: 199).

En el caso aquí presentado, se trataría del caminar del formador junto con el formando para lograr un desarrollo equilibrado de ambos. El formador debería ser facilitador del conocimiento, transformador cultural y social; el que acompaña y promueve valores, y capta significados profundos de la misión a la que el ser humano está llamado; un potenciador del conocimiento y modelo ético–axiológico, ya que ésta es la razón de ser de su labor en el acompañamiento. En palabras de Rogers, se diría que las relaciones humanas son valiosas y gratificantes, por lo cual se entabla un tipo de relación que se conoce como terapéutica. En ella, los sentimientos y el conocimiento se funden en una experiencia unitaria que se vive, no se estudia, la conciencia no es reflexiva y yo soy un participante y no un observador. Ésta sería la tarea del formador que comparte el pan del camino del crecimiento personal, a través de la relación de los que acompaña.

Las posibilidades y cualidades de la formación dependen de la presencia de estos elementos y de la armonía con que se integren en un diseño único.

6.2 La experiencia de las relaciones humanas como crecimiento personal

Una de las capacidades que deben tener los candidatos a la vida religiosa es la de entablar relaciones personales; esto se debe a que el estilo de vida como religiosos exige vivir en comunidades, en donde se comparte un mismo objetivo y se vive un solo ideal. A fin de que estas relaciones sean auténticas y profundas, tienen una base humana que se construye en confianza, como elemento principal del crecimiento personal. A través de las relaciones interpersonales, la persona se puede descubrir y crecer cada vez más como ser humano en constante crecimiento. Cuando esto se da, hay un movimiento interno que la persona experimenta como bienestar personal y comunitario. Para que este movimiento tenga lugar, la persona debe tener creatividad para propiciar un ambiente en donde se generen auténticas relaciones interpersonales.

Cuando las relaciones personales no han funcionado en el seno familiar, será más difícil que funcionen en otros ámbitos. Los conflictos personales con los padres marcan las relaciones con los otros. A propósito, Rogers comenta: “No siempre es fácil comprender el mundo en que vive el niño. Lo que constituye el medio o la realidad del niño es la representación que se hace el niño del medio en que vive, no una ‘realidad verdaderamente real’ que pueda postularse desde algún punto de vista filosófico” (Rogers, 1985: 64). Desde niños se vive una realidad distorsionada por la influencia del medio ambiente con el cual cada sujeto se relaciona.

El propósito del taller era que los participantes aprendieran a relacionarse mejor consigo mismos y adquirieran un mayor desarrollo de sus personas. Antes de esto, tendrían que darse cuenta de la vulnerabilidad en las relaciones interpersonales que venían arrastrando o lo que podrían mejorar con los demás. No es fácil comprender al niño, como afirma Rogers, porque el infante vive en su propia realidad, mientras que el adulto impone su propio modo de pensar y de percibir las cosas. Éste fue el caso de un participante del taller, a quien desde pequeño su papá le había impuesto su propia realidad. Esto había causado en él un desequilibrio emocional, psicológico, afectivo y

relacional, que le produjo inseguridad y desconfianza para tomar decisiones. A través del taller se dio cuenta de esta realidad que aún estaba viviendo y que representaba un obstáculo para vivir auténticamente sus relaciones interpersonales.

La historia personal se lleva con cada uno, a donde quiera que se vaya. Nadie se puede deshacer de ella fácilmente. Ya sea positiva o negativa, es la propia historia. En otras palabras, todos experimentamos la vulnerabilidad. Haciendo eco a lo que dice Rogers: “Cuando el individuo se encuentra en estado de incongruencia sin tener conciencia de ello, es potencialmente vulnerable a la angustia, la amenaza y la desorganización” (1985: 35). En el taller se vivió esta parte porque como seres humanos no estamos exentos de pasar por estos momentos difíciles de la vida. Es necesario pasar por esto para tomar conciencia de la necesidad que existe de recibir ayuda del otro para poder salir de esta situación de incongruencia.

6.3 Comunidad formadora de personas

Durante el taller se acrecentó el sentido de pertenencia a la comunidad, a través de la comunicación y el conocimiento personal; se evidenció que todos los participantes corrían el riesgo de exponerse al otro, al darse a conocer cómo eran, al quitarse las mascarás y sensibilizarse delante de la humanidad del otro.

Señala Rogers, al respecto de las comunidades: “la mayoría de sus miembros experimenta un profundo sentido de su propio poder, así como de acercamiento de una unión respetuosa hacia los demás miembros” (1987: 82). El sentido de pertenencia es parte de la vida del religioso, porque vive en comunidad y en ésta se dan también los conflictos, pero cuando se afrontan sirven para el crecimiento personal y el comunitario.

Todo ser humano necesita pertenecer a un grupo porque a través de éste se va relacionando con otros que comparten un mismo sentir y un mismo pensar, respetando cada uno su propia individualidad, a pesar de que viven bajo el mismo techo. En la comunidad religiosa se dan situaciones divergentes, en las que existen los conflictos personales, pero esto no quiere decir que no se pueda crecer. Por el contrario, como lo dice Roger, si en un grupo de individuos, por muy antagónicos y hostiles que sean sus miembros, están dispuestos a reunirse bajo un mismo techo, están dotados de la pericia

y la actitud necesarias para que avancen hacia una comunicación en la que impere el respeto mutuo y para que lleguen finalmente a conformar una comunidad (Roger, 1987: 101).

6.4 El formador como agente de facilitación

El formador, como parte del proceso de la formación, acompaña, motiva y refuerza el camino de todo candidato a la vida religiosa; está invitado a ser protagonista y no espectador del desarrollo de los futuros religiosos. En otras palabras, es un facilitador de procesos para los otros, pero también aprende de los otros, y este aprendizaje se fomenta cuando se relaciona con los formandos que acompaña.

Rogers asegura que “los líderes, o personas a quienes se perciba como figuras de autoridad en dicha situación, deben sentirse lo suficientemente seguras de sí mismas y de su relación con los demás, para confiar realmente en su capacidad de pensar y de aprender por sí mismos” (Rogers, 1987: 140). En el taller, como facilitador yo viví esto que manifiesta Rogers, porque en mi papel de formador representaba la autoridad para los formandos que estaban participando, lo que me causó inseguridad al inicio, pero conforme iban pasando las sesiones logré sentirme cada vez más seguro, gracias a que fui coherente con lo que sentía y a que empecé a tener más confianza en mí mismo y en mis capacidades de aprender de los demás. Esto hizo que se alcanzara el propósito del taller. Por consiguiente, “la verdadera autoridad no violenta a nadie, no obra por imposición, sino por convicción. Su fuerza brota del mismo fondo de la vida” (Remolina, 2000: 1). Es así como el formador tiene que acompañar, que significa dominio del conocimiento y fuerza moral que brota de su experiencia y autenticidad. De esto surge el testimonio de vida y la congruencia de quien acompaña los procesos formativos.

Como parte de mi experiencia como facilitador, esto me ha ayudado a crear un ambiente de confianza, en donde se promueva más la apertura hacia el encuentro interpersonal; se desarrolle en los participantes la creatividad, valoración, aceptación, relación y el autoconocimiento personal.

El taller fue una buena oportunidad para poner en práctica las competencias que había adquirido en la Maestría de desarrollo humano. También se evidenció un

movimiento personal y grupal que benefició a todos, en especial a aquellos formandos que tenían conflictos personales e interpersonales, al darles más seguridad y confianza en sí mismos para enfrentar estas situaciones desagradables, pero provechosas para su crecimiento. Al respecto, explica Rogers que “las mayores tensiones y exigencias tienen una mayor probabilidad de ser solucionadas en un clima humano de comprensión y respeto mutuo (Rogers, 1987: 101). Esto es lo que se experimentó en el taller, la mayoría a un cierto punto llegamos a la comprensión y respeto mutuo, lo que ayudó a solucionar los conflictos.

Reconozco que mi aportación como facilitador favoreció a que se dieran la solución de conflictos y la aceptación de la persona como tal.

Este taller infundió en mí un cambio de actitud, en lo personal como formador pude experimentar que cuando se confía en los demás pueden cambiar las cosas y mejorar los ambientes grupales; se trata de tener una actitud de esperanza, como lo dice Yalom: “la terapia de grupo no sólo se diseña partiendo de una mejora general de los efectos positivos de las expectativas del paciente, sino que también se beneficia de la fuente de esperanza que es inherente únicamente a la modalidad de grupo” (Yalom, 2000: 26). El simple hecho de que el formador camina con el grupo implica mantener viva la llama de la esperanza que cada persona tiene en su interior.

CONCLUSIONES Y PROPUESTAS

Haciendo una evaluación de lo ocurrido en el taller, me doy cuenta de que fue muy positivo y rindió muchos frutos tanto para mí como para los seminaristas participantes. Concluyo que fue así porque al final de la intervención se notaron cambios significativos en cada uno de ellos. Además, pude darme cuenta de que el más beneficiado de esta intención fui yo.

Se encontraron evidencias de cambio y de logro de los propósitos porque las relaciones personales e interpersonales mejoraron, hubo mayor conocimiento de sus emociones, se acrecentó la confianza en sus procesos de desarrollo, adquirieron una actitud positiva delante de los retos de la comunidad, se inició con una aceptación incondicional, se fomentó la empatía y se lograron relaciones interpersonales más auténticas y verdaderas.

El ser humano está llamado a ser persona, es decir, en la medida que seamos más humanos, seremos más persona y haremos más gratificante la vida. En este trabajo se promovió este llamado a través del enfoque centrado en la persona, porque el mundo padece graves carencias y no toma en cuenta al ser humano como persona. El hombre es el único ser que puede llegar a ser persona, a través de la relación por medio del diálogo, y esto se debe a que es un ser que posee carácter individual racional y relacional. Con el otro hombre se da cuenta de que tiene tantas posibilidades como el amor, puede decidir y ser libre. Al contar con estas habilidades el hombre no es, de hecho, alguien completamente realizado; debe crecer en la dirección de su desarrollo como persona, en su totalidad, y éste es el gran reto de la formación del desarrollo humano. El hombre tiene que apoderarse de sí mismo y convertirse en un ser para la libertad y felicidad.

La formación es un reto, ya que no es fácil formar a alguien más, pero es más difícil todavía dejarse formar. Dentro de cada persona hay barreras que a menudo no le permiten crecer. Se puede estar persiguiendo una imagen idealizada y falsa que ocasiona un rechazo de lo que se es en realidad. Si se busca crecer, es necesario estar en contacto consigo mismo, con las incongruencias que pueden conducir hacer daño a sí mismos y a los demás. No se puede quedar toda la vida

inmaduro y no se llega nunca a un nivel de madurez en el que se pueda decir que cada quien toma la responsabilidad de su vida.

El trabajo sobre uno mismo siempre ha sido difícil y seguirá siéndolo, es un trabajo que nadie puede hacer en lugar de otro. Cada uno de nosotros puede y debe asumir la responsabilidad de su propia vida y hay que aprender a dirigirla hacia la obtención de una auténtica felicidad. Nuestra responsabilidad como individuos es llegar a ser hombres y mujeres de verdad, sobre todo conociéndonos y aceptándonos como somos. Para promover el crecimiento, el desarrollo y la formación de la persona, se requiere de muchas habilidades que se deben poner en juego. Este trabajo ha sido muy gratificante a nivel personal y humano, porque me he dado cuenta de que tenemos que ser capaces de ver todo lo que no nos gusta de nosotros mismos, y lo que no nos gusta cambiarlo para ser mejores cada día. La formación es un proceso de liberación que dura toda la vida. Se debe aceptar la historia personal propia. Si no nos damos cuenta de la realidad de nuestras emociones, pensamientos y comportamientos, corremos el riesgo de proyectarlos en los demás. Lo que no es asumido no es redimido. Pero para hacer frente a la plena verdad de nuestra vida, no basta con sólo echar un vistazo superficial, sino que se debe interiorizar para que el cambio sea significativo y profundo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Arrieta, L. (1999). *Acoger LA VIDA, acompañando la vía. El acompañamiento en la vida cotidiana*. España. Frontera.
- Bianchi, D. (2006). *Proyecto general de la formación Scalabriniana*. Roma: Ingegno Grafico.
- Bourret, M. (2011). *El poder de la empatía. Una solución para los problemas de relación*. Maliaño: Sal Terrae.
- Cabarrús, C.R. (2000). *Cuaderno de Bitácora, para acompañar caminantes: guía psico–histórica–espiritual*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Cabarrus, C.R. (2003). *Ser persona en plenitud. La formación humana desde la perspectiva ignaciana*. Guatemala: Universidad Rafael Landívar.
- Cantelmi, T.; P. Laselva, y S. Paluzzi (2004). *Psicologia e teologia in dialogo*. Milano: San Paolo.
- Cascón Soriano, P. y C. Martín Beristain (2000). *La alternativa del juego I. Juegos y dinámicas de educación para la paz*. México: El perro sin mecate.
- Cascón Soriano, P. y C. Martín Beristain (2000). *La alternativa del juego II. Juegos y dinámicas de educación para la paz*. México: El perro sin mecate.
- Cencini, A. (2000). *Reto en comunidad: reto y maravilla. La vida fraterna y la nueva evangelización*. Salamanca: Sígueme S.A.U.
- Crea, G. (2005). *Gli altri e la formazione di sé*. Bologna: EDB.
- Crea, G. (2006). *Diagnosi dei conflitti interpersonali nelle comunità e nei gruppi*. Bologna: EDB
- Crea, G. (2007). *Patologia e speranza nella vita consacrata: formazione affettiva nelle comunità religiose*. Bologna: EDB.
- Cucci, G. y H. Zollner (2010). *Chiesa e pedofilia : una ferita aperta : un approccio psicologico-pastorale*. Milano: Angora.
- De la Torre, J. (2007). *La comunicación auténtica que lleva a relaciones interpersonales de calidad en un grupo de seminarista*. Tesis de Maestría en Desarrollo Humano. Guadalajara: ITESO.

- De León, J.J. (2007). *¿Como los demás? Vida religiosa y condición humana*. Madrid: Publicaciones Claretianas.
- Egan, G. (1981). *El orientador experto. Un modelo para la Ayuda Sistemática y la Relación Interpersonal*. Nueva York: Wadsworth Internacional Iberoamérica.
- Finkler, P. (1984). *El formador y la formación para la vida religiosa*. Madrid: Paulinas.
- Frankl, V.E. (2005). *Uno psicologo nei Lager*. Milán: Ares.
- Freire, P. (1983). *Pedagogía del oprimido*. México: Romont.
- Freire, (1997). *Pedagogía del oprimido*. México: Publimex.
- Fritzen, S.J. (1987). *La ventana de Johari. Ejercicios vivenciales de dinámicas de grupo de relaciones humanas y de sensibilización*. Santander: Sal Terrae.
- Gadamer, H.G. (1990). *Hermeneutik. Wahrheit und Methode*. Tübingen: J.C.B. Mohr.
- Goleman, D. (1995). *La inteligencia emocional*. México: Javier Vergara.
- Gómez, M.R. (2011). *Reflexiones sacerdotales de ss Benedicto XVI. 60 años de fidelidad a Cristo y a la Iglesia*. Guadalajara: Comisiones Diocesana, espiritualidad sacerdotal.
- González, A. (1983). *Antropología cristiana*. México: Progreso.
- Isingrini, V. (2004). *Para ser formador no basta el amor*. México: Paulinas.
- Jäger, W. (1992). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lafarga, J. (2013). *Desarrollo humano. El crecimiento personal*. México: Trillas.
- López, L.; L. Rodríguez, y M. Székely (2004). *Medición del desarrollo humano en México*. México: PNUD.
- Manenti, A.; S. Guarinelli, y H. Zoller (2007). *Persona e formazione*. Bologna: EDB.
- Morales, L. (2006). *Ser la persona que uno realmente es. Cambio en el autoconocimiento y relación consigo mismo y con los demás en un grupo de seminaristas de Guadalajara*. Tesis de Maestría en desarrollo humano. Guadalajara: ITESO.
- Powell, J. (1989). *¿Por qué temo decirte quién soy? Sobre auto-conocimiento, maduración personal y comunicación interpersonal*. Santander: Sal Terrae.
- Powell, J. (1996). *El verdadero yo: ¡en pie!* Santander: Sal Terrae.

- Powell, J. (1998). *El enigma del yo. Guía del auto-conocimiento*. Santander: Sal Terrae.
- Raad, Y. (2004). *Formación para la vida y el amor*. Bogotá: Paulinas.
- Ravaglioli, A.M. (2006). *Psicologia: studio interdisciplinare della personalità*. Bologna: EDB.
- Rogers, C.R. (1961). *El proceso de convertirse en persona. Mi técnica terapéutica*. Buenos Aires: Paidós.
- Rogers, C.R. (1980). *El poder de la persona*. México: El Manual Moderno.
- Rogers, C.R. (1985). *Terapia, personalidad y relaciones interpersonales*. Buenos Aires: Nueva visión.
- Rupnik, M.I. (2000). *Il discernimento. Verso il gusto di Dio*. Roma: Lipa.
- Scheler, M. (1947). *Bildung und Wissen*. Frankfurt: Schulte.
- Sen, A. (1979). *Equality of what?* Stanford: Stanford University.
- Serrao, C. (2006). *Il discernimento della vocazione religiosa: formare per trasformare*. Roma: OCD.
- Sierra, G. y J. Verduzco (1985). *La educación personalizada y los grupos de crecimientos movimientos complementarios*. Tesis de Maestría en desarrollo humano. Guadalajara: ITESO.
- Vargas, X. (2001). *El crecimiento del docente: beneficio que retorna de formar alumnos*. Tesis de Maestría en desarrollo humano. Guadalajara: ITESO.
- Vásquez, A. (2006). *Causas del abandono de la vocación al sacerdocio desde la perspectiva de ex seminaristas del seminario mayor diocesano de Guadalajara*. Tesis de Licenciatura en psicología. Guadalajara: UNIVA.
- Vergara, F.A. (1988). "Paideia", en *Universitas Philosophica*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Yalom, I.D. (2000). *Psicoterapia existencial y terapia de grupo*. Buenos Aires: Paidós.